

# MUJERES DE FUEGO

Alonso Salazar J.

1993

MUJERES DE FUEGO

Primera Edición: Marzo de 1993

Carátula:

Jaime Roldán

Diseño y Diagramación:

Sergio Valencia R. - Región

Composición y preimpresión:

Pregón Ltda. A.A. 55775

Impresión: Editorial Colina

Impreso en Medellín, Colombia

© Corporación Región para el desarrollo y la democracia

Tel: 254 80 25 - 254 26 09 A.A. 67146 Medellín, Colombia

*A mis padres, Carlos y Magnolia,  
a los que casi todo les debo.  
A Maru, que me ha acompañado*

*en estos años de amor e incertidumbres.*

*Quiero agradecer a Francisco Betancur  
y Aydee Tamayo que contribuyeron  
a ordenar la información.  
A Sergio Valencia por sus sugerencias  
y la corrección del texto,  
y a la Corporación Región por haber  
hecho posible la realización de este trabajo.*

## ÍNDICE

Presentación

Introducción

Las Milicianas

Las Huellas de la Vida

Operación Cirirí

La Nostalgia de la Calle

La Casa de los Fantasmas

## PRESENTACIÓN

Cuando uno termina de leer este bello libro de Alonso Salazar, le asalta una idea por lo demás inquietante; cómo es posible que en este país de violentólogos, criminólogos y expertos en ciencias políticas, donde los análisis y las interpretaciones sobre el tema, tanto en los medios académicos como en los periodísticos, retoñan como los hongos después de la lluvia, sepamos tan poco sobre lo que ha significado para los hombres y las mujeres de estos tiempos nublados convivir, confrontarse, ejercer, controlar o juzgar la violencia.

Sabemos con detalle cuántos muertos ocurren cada día, la contabilidad es casi perfecta; nos informan también los lugares en donde fallecieron a manos de sus semejantes y hasta el arma que usaron para arrebatarnos la vida; no faltan las categorías analíticas para pensar e interpretar la violencia en tanto que objeto de conocimiento, para escudriñar su multicausalidad y para medir sus impactos en los diversos órdenes de la vida social.

Conocemos bien su estructura, las formas organizativas a través de las cuales se actúa, hemos reconstruido con detalle y preciosismo las territorialidades de los conflictos y las estadísticas de asesinados, desaparecidos, muertos en combate, torturados o secuestrados e incluso es posible conocer sobre las actividades y oficios de las víctimas, sus edades y sexos, y en ocasiones hasta su actividad política y partidista.

En fin, poseemos un saber sobre la violencia colombiana, sujeto a los más prístinos dictámenes de la madre ciencia: La objetividad, la verificación, la cuantificación y la generalización entre otras, ¿pero qué sabemos de sus actores? ¿de la interpretación que les dan a sus acciones y al sentido de sus vidas? ¿qué sabemos de la manera única, particular e irreplicable como asumieron sus dramas cotidianos? ¿qué conocemos de esas existencias, que como las de otros muchos, están cruzadas por la ternura y la rudeza; por afectos intensos y odios pertinaces, por sueños de vida y muerte, por actos heroicos y por mezquindades?

Para empezar a saberlo, era necesario que alguien con la sensibilidad y la agudeza de Alonso Salazar, condensara en unas cuartillas impresas esos relatos fascinantes que se van desgranando a través del hilo de los recuerdos y los sueños de mujeres del común, que nos van descubriendo en su trasegar por ámbitos muy diversos, facetas nuevas e invisibles de un país desconocido. Imágenes caleidoscópicas plenas de verdad y fantasía que rescatan de manera simple y franca la otra historia de Colombia, esa que no está en los libros ni en las bibliotecas sino en las canteras inagotables de la memoria individual y colectiva.

En esta oportunidad, Alonso Salazar incursiona en el mundo de las mujeres, rescatando "las historias de vida" de algunas, que por diversas razones, se encontraron con la violencia, el terror y la muerte; situaciones complejas y siempre dolorosas que las llevaron —a veces sin proponérselo— a asumir papeles protagónicos y a ocupar lugares

estratégicos en el macrodrama de la violencia colombiana, pero que en sus ámbitos afectivos y cotidianos, en sus mundos de sueños y de nostalgias, de amores y desamores, son como cualquier mujer de su misma edad y condición social.

La estructura de los relatos, sin pretensiones interpretativas o explicativas del fenómeno y realizadas con un infinito respeto por parte del autor, permiten descubrir la multidimensionalidad de la condición femenina; aquello que nos hace iguales permitiéndonos alguna identidad de género y aquello que nos diferencia e individualiza haciendo de cada una un ser único e irrepetible y por tanto necesitado de la comunicación y del discurso para contarles a los otros la verdad y la realidad de sus vidas.

Los relatos presentados en forma de "historias de vida" y en lenguaje oral, que es el de las subjetividades y las vivencias, en el que se expresan las mentalidades y los sentidos comunes, dan cuenta —sin rupturas o discontinuidades— tanto de la macrohistoria nacional como de la vida diaria de mujeres corrientes a quienes estos tiempos de guerra les impusieron retos y les tendieron trampas de las cuales era difícil evadirse dada la omnipresencia de la violencia y de la intolerancia, y la debilidad de un estado cómplice que no ha logrado nunca ser real factor de orden y organización social.

Por estas páginas circulan perfiles de MUJERES DE FUEGO, de distintas edades, quehaceres y condiciones sociales; las milicianas, entre niñas y adolescentes, ángeles vengadores, para quienes la justicia se convirtió en su actividad privada y su responsabilidad personal ante la inoperancia y corrupción de las autoridades, unida al acorralamiento que impusieron a sus vecindarios las bandas del crimen organizado y los pequeños delincuentes consumidores de drogas; quinceañeras que juegan con osos de peluche y se aterrorizan con los ratones pero que no tiemblan para ajusticiar a alguien que consideran dañino para su barrio y su entorno social.

La soledad de las jueces de la república, investidas de la potestad de impartir justicia y confrontadas en su tarea profesional con el terror del narcotráfico, interesado en impedir por todos los medios su ejercicio, y con las inercias burocráticas y las ambivalencias de los últimos gobiernos que cambian de criterio a golpes de opinión pública o a golpes de fuerza bruta.

Otra bien distinta es la percepción que de la justicia puede tener la madre de un desaparecido, que lo busca incansablemente por entre un laberinto burocrático, civil y militar, nacional e internacional, en el que todo parece volverse noche y niebla; o la de las jóvenes integrantes de bandas de distribuidores de basuco y jaladores de carros, para quienes la justicia y los encargados del orden público no son más que una mercancía devaluada y obsoleta que puede adquirirse a precios moderados en un mercado abierto y disponible; o la mirada de la mujer guerrillera que busca a través de una vida llena de sobresaltos,

heroísmo y locuras iluminadas, el imperio de la justicia social y el advenimiento del reino socialista, del cual ella pudiese ser... la partera de la revolución.

Vidas azarosas, peligrosas, sembradas de riesgos y de aventuras, donde la muerte acecha a la vuelta de cada esquina y el miedo se viste con todos los ropajes de la calle; mujeres guerreras, con cicatrices y marcas de muchas batallas, ganadas unas, perdidas otras pero que el final dejan más vacíos y ansiedades que satisfacciones; mujeres muy viejas y también muy sabias aunque algunas de ellas no lleguen todavía a la adolescencia y otras no superen la escuela primaria; para ellas, el tiempo se puso las botas de las siete leguas y crecieron y se maduraron prematuramente en el dolor y en la desesperanza.

Mujeres que buscan sin descanso ni pausa, bien un hijo desaparecido en la bruma de una montaña cafetera, bien el dinero que lo compra todo y lo permea todo, llave liberadora de las coyundas familiares y de las limitaciones económicas, o también la dignidad perdida por una infancia de miseria e irrespeto en los inquilinatos y los barrios de invasión o quizá el sueño mesiánico de una sociedad más justa e igualitaria donde las mujeres puedan conciliar sus responsabilidades políticas y públicas con la ternura cercana del hijo y el ser amado.

Los perfiles de estas mujeres retratan de cuerpo entero la Colombia de hoy; a través de sus ojos uno puede asomarse a los abismos de la intolerancia, el autoritarismo y el irrespeto pero también inclinarse reverente ante el valor, la tenacidad y la dignidad con los cuales le han hecho frente a estos tiempos difíciles.

A través de estas historias plurales y diversas, con muchos rostros y muy distintos "mundos de vida", se puede adivinar a LA MUJER en singular; sus relaciones de pareja, los afectos y desafectos familiares, sus maternidades frustradas, inconclusas o realizadas pero siempre plenas de esa mezcla de amor, de culpa y de ansiedad que traen los hijos; los sueños, los imaginarios y esa dimensión mágica y mítica de la vida, expresada en "las corazonadas", las intuiciones, los sueños premonitorios y todo ese saber no racional que ancestralmente hemos tenido las mujeres para conocer las gentes y anticipar los acontecimientos; en fin, mujeres comunes y corrientes como las demás de su género.

Los relatos de Alonso Salazar, permiten lecturas en múltiples direcciones; a través de ellos se pueden reconstruir los principales hitos de la historia de Colombia; la violencia de los años cincuenta tan presente en los recuerdos de Doña Fabiola Lalinde y que de alguna manera orientó sus pasos de migrante de la población cafetera de Belalcázar a la floreciente Medellín de la mitad del siglo XX.

De la mano de María Eugenia Vásquez asistimos al nacimiento del M-19, a sus momentos épicos y dramáticos, destructivos y reconstructivos, a su martirologio y a las señales de muerte y vida que dejaron

regadas por toda la república para llegar como en una elipse a su triunfo político de los últimos años.

Érika y Sandra ilustran con sus historias de vida los estragos que produjo el narcotráfico y la delincuencia organizada, en el tejido social de las grandes ciudades y más específicamente en toda una generación de jóvenes, hombres y mujeres, deslumbrados por el dinero fácil y por la prepotencia que otorga el uso de las armas.

Desde la otra cara de la moneda, el relato de las jueces permite seguir la historia de las guerras, los sometimientos a la justicia, las evasiones y las nuevas confrontaciones de los "Dones" del narcotráfico con los gobiernos de turno en la última década.

Violencias entrecruzadas de muchas cabezas y largos tentáculos que lo permean todo y lo confunden todo; tiempos que se repiten, escenarios que se desplazan, actores que se transforman en su contrario o que se alían con viejos enemigos de acuerdo con las nuevas coyunturas; gobiernos que se suceden sin que nada parezca cambiar, y en medio de todo aquello, mujeres de todas las edades y clases sociales cuyas vidas hubiesen sido muy distintas de no haberse visto envueltas por la vorágine de las guerras.

Además del hilo cronológico de la historia de los últimos cincuenta años, el texto soporta una lectura transversal, espacial y territorial; se puede ir de la dimensión nacional de los conflictos a la microhistoria de los vecindarios y las barriadas; del horizonte restringido de los asentamientos urbanos a las extensiones vastas y continuas de las selvas, los ríos y los bosques de niebla; del mundo campesino tradicional y seudobucólico, a la sordidez de los prostíbulos, a la desesperanza de las cárceles y a las zonas deterioradas de las ciudades, habitadas por travestis, mendigos y pequeños maleantes; de los cielos abiertos y diáfanos a las oscuridades de los lugares de reclusión y de tortura.

La lectura de MUJERES DE FUEGO nos deja un sabor agridulce, muchas preguntas a flor de labios y muy pocas certezas; es el derrumbe de visiones maniqueas desde donde se puede dividir el mundo en buenos y malos; por esta vía y sin que el autor se lo propusiese, se está facilitando la comprensión de la otredad y de la alteridad, cuando descubrimos que en todas las mujeres que desfilan por las páginas de este libro, hay mucho de nosotros mismos, más de lo que pudiera pensarse y de lo que estamos dispuestos a aceptar.

María Teresa Uribe de H.

Enero de 1993

## INTRODUCCIÓN

*El testimonio camina,  
deambula silencioso,  
constante, histórico,  
de pie y gestos específicos  
que necesitan cobrar vida,  
respirar de nuevo,  
volver al hoy  
para encontrarse en el tiempo  
sembrando caminos.*

Alba Lucía Morales

Este libro presenta una serie de testimonios de mujeres que desde diversas posiciones han estado envueltas en los fenómenos de violencia que han sacudido al país en los últimos años. Están las historias de mujeres que dedicaron su vida a la lucha guerrillera, de las jóvenes que participan de las Milicias Populares, de las que vivieron en el mundo del sicariato y el narcotráfico, de las madres y familiares de los desaparecidos, de las jueces.

Este trabajo tiene las posibilidades y las limitaciones propias del testimonio como género del periodismo. Cada historia es generalizable en el sentido de que toda vida es a la vez resumen de múltiples circunstancias sociales, pero es al mismo tiempo excepcional: Cada relato revela una dimensión personal e irrepetible. Los textos corresponden a la verdad de las informantes, no se ha añadido ningún dato que no exista en la narración original y se ha procurado conservar todos los elementos recogidos en las entrevistas. Nuestra preocupación ha sido ordenar un conjunto de hechos, sensaciones, creencias y opiniones, sin juzgarlas. Lógicamente, en algunos de los relatos, han sido cambiados los datos que pudieran afectar a las informantes. Estos cambios no implican sin embargo variaciones sustanciales en las historias.

Son historias de mujeres, unas conocidas y otras anónimas que reflejan parte de la compleja trama de violencias que nos han azotado en nuestra historia reciente. Las presentamos porque, de manera contraria a lo que tantas veces se ha dicho, creemos que en Colombia hace falta narrar, entender y colectivizar los conflictos violentos que han maleado nuestra vida personal y colectiva. En algunas ocasiones, cuando la paz pareció posible, se idealizó la realidad y se quiso echar tierra sobre el pasado, pero la terapia del olvido no ha dado resultado. Hace falta que las reflexiones sobre nuestra historia, y específicamente sobre nuestras violencias, que son tan pródigas en los últimos tiempos, se difundan hacia toda la sociedad y motiven los cambios necesarios que nos acerquen a la paz.

Alonso Salazar J.

*Me estremecieron mujeres  
que la historia anotó entre laureles,  
y otras desconocidas, gigantes,  
que no hay un libro que las aguante.*

*Me han estremecido un montón de mujeres.  
Mujeres de fuego, mujeres de nieve.*

Silvio Rodríguez

## LAS MILICIANAS

El barrio fue construido alrededor de lo que hasta hace unos pocos años fue el basurero de Medellín. El gran cerro de desechos es el recuerdo de una época en la que los habitantes de Moravia vivían de escarbar entre los desperdicios de la ciudad. Ahora no está el olor insoportable de las basuras, las calles están cubiertas de adoquines y la mayoría de las casas han remplazado el cartón y la tela de asfalto por el cemento, el adobe y las tejas. Pero a los lados del cerro y a lo largo de la avenida que corre paralela al río, aún quedan centenares de tugurios.

Claudia y Janeth están sólo de paso en Moravia. Desde hace unos once meses viven aquí con otros milicianos que bajaron desde Villa del Socorro para limpiar el barrio. Un grupo de la comunidad buscó durante varias semanas a Richard, uno de los jefes milicianos, hasta que lo encontraron.

—Nosotros queremos que vayan a nuestro barrio, ya no soportamos más a las bandas, llegamos al límite. Estamos dispuestos a hacer lo que nos toque pero los necesitamos —le dijeron.

Las milicias respondieron al llamado. Instalaron un grupo dentro de la comunidad e iniciaron los operativos para desalojar las bandas del sector. Según los habitantes, ahora el barrio se asemeja a un paraíso, no porque les falten los problemas, que en realidad son muy abundantes, sino porque hasta hace unos pocos meses vivían en el infierno de la violencia. Hoy todo parece distinto, como lo muestra la multitud concentrada al lado de la cancha de fútbol con motivo de la inauguración de las olimpiadas comunitarias. El sol de la tarde pega con fuerza sobre los adobes de barro colorado. Por los altoparlantes se escuchan mensajes de las organizaciones que hablan de acabar la violencia y reivindicar la vida, en medio del rumor de la música y el pregón de los venteros. Es una fiesta deportiva y cultural que hacía mucho tiempo no se podía realizar porque una destacada líder de la

comunidad fue asesinada y los otros habían sido desterrados por las bandas.

Al llegar la noche, la rumba continúa en la taberna. En la penumbra, bajo la luz de lámparas rojas y azules, un centenar de jóvenes beben y bailan apretujados en completa calma y tranquilidad. Suenan temas que van desde las baladas americanas, que se sollan las parejas con sus cuerpos apretados en una cadencia lenta y en completo silencio, hasta la música de carrilera que todos cantan con energía.

En una de las mesas se sienta Richard, un hombre de unos cuarenta años, con aire patriarcal. Es el jefe de las milicias en el sector. Lo acompañan un pastor de una iglesia protestante, algunos vecinos y una señora de clase alta que visita desde hace algún tiempo el barrio, según dice, para llenar muchos vacíos de su vida. Cuando empieza a sonar la canción "Nadie es eterno en el mundo", Richard se levanta y empieza a seguirla a todo pulmón y accionando con fuerza sus manos:

*Nadie es eterno en el mundo  
ni teniendo un corazón  
que tanto siente y suspira  
en la vida y el amor.  
Todo lo acaban los años,  
dime qué te llevas tú,  
si con el tiempo no quedan  
ni la tumba, ni la cruz.  
Cuando ustedes  
me estén despidiendo  
con el último adiós de este mundo,  
no me lloren que nadie es eterno,  
nadie vuelve del sueño profundo.  
Sufrirás, llorarás,  
mientras te acostumbras a perder,  
después te resignarás  
cuando ya no me vuelvas a ver.  
No lloren por el que muere  
que para siempre se va,  
velen por los que se quedan  
si los pueden ayudar.*

Cuando termina, mientras la gente lo aplaude, se queda silencioso y con la mirada perdida. Vuelve en sí cuando un grupo de la policía llega a la puerta y pide que se enciendan las luces y que se apague la música. Mientras se adelanta la requisita minuciosa, la gente sigue conversando con aparente indiferencia, pero cuando la policía se retira se siente un rumor generalizado de protestas.

—Y saber que cuando esto estaba lleno de delincuentes no hacían nada, y ahora que las milicias lo organizaron, ahí sí se aparecen a joder —dice una de las señoras que acompaña a Richard.

Claudia y Janeth entran a la taberna arrastrando las miradas de los hombres, parecen vestidas como para la celebración de unos quince. Claudia tiene la cara maquillada, el pelo cogido con una hebilla, aretes grandes de color plateado, una camiseta blanca con dibujos y una minifalda. Janeth tiene el pelo cogido en una trenza y en su rostro pálido sobresalen los ojos y sus espesas cejas negras. Viste un bluyín azul y camiseta. El jefe miliciano habla con orgullo de sus dos principales pupilas; ellas se sienten a su vez felices de que Richard las valore como auténticas milicianas.

Las milicias han crecido en las barriadas pobres como una autodefensa ante el desamparo del Estado. Su historia se remonta al año 89, cuando un grupo de ex-militantes de organizaciones guerrilleras y sindicalistas subieron a la parte alta de la Comuna Nororiental. Según afirman, su vocación revolucionaria los movió a comprometerse con la defensa del derecho a la vida que era lo apremiante. Las milicias se asentaron en un terreno fértil y se reprodujeron con rapidez. Desde 1985 muchos barrios populares quedaron bajo el poder de las bandas juveniles, asolados por el saqueo y la violencia. Miles de personas murieron.

—En Villa del Socorro se hizo un balance en dos o tres manzanas y nos encontramos con doscientas viudas —señala El Negro, uno de los líderes milicianos.

En este barrio realizaron su primera acción con dos escopetas calibre 12 y una subametralladora Ingrand prestada, con el objetivo de eliminar algunos miembros de la Banda del Hueco. Desde ese momento se impusieron las nuevas normas: se prohíbe matar, robar y distribuir droga dentro de los barrios populares. Con algunas bandas se llegó a arreglos amistosos, pero a quienes se resistieron se les eliminó o se les desterró. Así, durante dos años colonizaron territorios silenciosamente hasta que empezó el *boom* en los medios de comunicación.

Las acciones de los nuevos "justicieros" encontraron eco entre las comunidades. Muchos habitantes de los barrios populares hablan de ellos como unos redentores. Rosa, una mujer de 32 años que en tiempos pasados fue expendedora de basuco, terminó siendo una colaboradora. Ella vive en El Limbo, un barrio de ladera al que se sube después de caminar unos quince minutos desde la calle principal.

—Nosotros por aquí no podíamos vivir tranquilos, se habían organizado unos combitos que cogieron de su cuenta a todo el mundo. Sabíamos que las milicias estaban operando hacia abajo y los buscamos.

Doña María vive con su esposo, dos de sus hijos y cuatro nietos en una casa humilde con tres pequeños cuartos. Hace treinta años invadieron ese terreno y construyeron el rancho donde vivieron tranquilos hasta que la violencia los arrinconó en 1986. Hoy ella les presta su casa como lugar de reuniones y refugio para los milicianos.

En las paredes hay algunas fotografías, entre ellas sobresale la de un agente de la policía.

—Es mi hijo —explica la señora—, lleva ocho años en la policía. Hace unos días estuvo por aquí, le contamos cómo nos había favorecido lo de las milicias y él me dijo que si eso era así, estaba bien que los apoyáramos.

Don Juan, un tendero que recibió un tiro en la cabeza por traer las milicias a su barrio, regresó del más allá para seguir colaborándoles. Organiza rifas para comprarles changones.

—Mejor muertos que arrodillados —afirma.

No es fácil encontrar voces inconformes. Algunas personas rumian silenciosamente su malestar por lo que llaman arbitrariedades.

—Empezaron bien pero están matando a cualquiera por cualquier cosa, quién sabe en qué irá a parar esto —dice una madre de un hogar comunitario.

Sorprende que hasta algunas madres de jóvenes que han sido "ajusticiados", aceptan con resignación la situación.

—Era mi hijo y me duele, pero él se lo buscó —concluyen.

Las nombres de diversas milicias se ven en las paredes de innumerables barrios de Medellín y los municipios vecinos. A los ojos de los pobladores, las milicias son una sola cosa, pero en realidad son varias organizaciones independientes unas de otras. Los dos grupos más representativos son "Las Milicias del Pueblo y para el Pueblo" y "Las Milicias del Valle de Aburrá" (que aparece con diferentes nombres de acuerdo al sector). Existen otros grupos como: Las Milicias Bolivarianas, Las Milicias 6 y 7 de Noviembre, Las Milicias de la Resistencia Popular, los Comandos Revolucionarios Milicianos y Milicias Populares de Liberación.

Aunque sus modos de actuar militarmente coinciden en muchos aspectos, son un mosaico de opiniones políticas e ideológicas. Unas tienen relaciones orgánicas con la guerrilla, otras relaciones indirectas, y las demás aclaran que son totalmente independientes.

Las milicias son catalogadas de muy diversas maneras. Sus dirigentes las definen como una organización político-militar con fines revolucionarios. Afirman que no son sólo un grupo de limpieza: quieren educar políticamente al pueblo para lograr un cambio social. Las autoridades militares dicen que son la subversión armada de las ciudades, y los pobladores las defienden por su eficacia como grupo de limpieza. Los taxistas que han vuelto a recorrer las calles de los barrios altos lo constatan: "Ellos tienen esto limpiecito, ahora se puede ir más fácil a las comunas que a El Poblado".

La limpieza social se mueve con una lógica implacable. Ante la ausencia de una justicia estatal se opta por la eliminación física de los delincuentes por agentes privados. Limpiar es un verbo que se ha conjugado con mucha frecuencia en Medellín en la última década. Nunca se sabrá cuántos supuestos delincuentes han sido ejecutados

sumariamente por los escuadrones de la muerte, las propias bandas de sicarios y diversas formas de autodefensas.

—O sobreviven los delincuentes o sobrevive la comunidad, hay que elegir —afirma Richard para sustentar sus acciones.

Hoy las milicias controlan amplias zonas de la ciudad, y seguirán creciendo porque el Estado aún no logra recuperar legitimidad. A pesar de las innumerables declaraciones de los gobernantes sobre la necesidad de fortalecer la justicia, la realidad sigue igual: predomina la impunidad y una enorme desconfianza en los agentes oficiales por su arbitrariedad y su corrupción.

Los puestos militares instalados en algunos barrios y los operativos de policía no han mostrado eficacia para enfrentar un enemigo invisible que se repliega y se disuelve fácilmente entre la población. Por ello, aunque con frecuencia se habla de la detención de jefes milicianos, la verdad es que son palos de ciego. Las autoridades están impotentes, y muchas de ellas tolerantes, ante el auge de las milicias.

En una sociedad donde el Estado es carente de legitimidad y existe interiorizada una mentalidad autodefensiva, el pez se mueve en el agua. Incluso algunos sacerdotes les han dado la bendición y aún en estratos sociales medios y altos se escuchan con frecuencia opiniones favorables a la acción miliciana. "La seguridad no es esconderse y vivir en las alcantarillas sino ganarse la confianza del pueblo", afirma Richard. Por eso los milicianos, aunque aparecen encapuchados en la prensa y la televisión, andan totalmente descubiertos en las actividades cotidianas en sus barrios. Toda la población los reconoce y los busca para plantearles los problemas que normalmente se le debieran plantear a los gobernantes: "Mi hijo no tiene escuela", "mi marido me pega", "no tengo trabajo", "mi hijo está haciendo diabluras", "hay un delincuente en la entrada del barrio"...

Los patrulleros, que día y noche vigilan las calles, tienen un promedio de edad de dieciocho años. Son muchachos decididos a todo que portan debajo de sus camisas anchas o en sus mochilas, desde armas cortas hasta armas largas como changones, charangas, subametralladoras y fusiles.

Hay cosecha de milicianos. El semillero de colaboradores lo componen una gallada de niños y niñas que van de los trece a los dieciséis años de edad. "Está de moda ser miliciano como en otros tiempos la moda era ser sicario. Da respeto y simpatía tener armas" dice René, dirigente de uno de los grupos de milicias. Y él mismo expresa su preocupación por la facilidad con que algunas milicias definen la muerte de una persona.

No podrá saberse nunca la cantidad de muertos que ha costado la "pacificación". Son centenares, la mayoría de ellos jóvenes como Ricky, un sardino de 14 años que vimos tirado sobre la carretera, cubierto con una sábana blanca teñida por un rojo oscuro. Bajo la luz

de neón un pequeño grupo de personas velaba su cadáver en espera del levantamiento judicial. Lo mataron a las seis de la tarde.

—Seguramente les toca esperar hasta las siete de la mañana —dijo con indiferencia un miliciano que nos servía de guía. —Estaba robando cualquier cosa para soplar basuca.

Este joven que habla con perfecta tranquilidad de la justeza de su gatillo, hace parte de las Milicias del Valle de Aburrá, una organización que dice agrupar más de tresmil personas en 18 barrios de Medellín y dos municipios vecinos, y que hace parte de una organización nacional con presencia en las siete principales ciudades de Colombia. Sus hombres también se mueven en zonas como el distrito de Agua Blanca en Cali y Ciudad Bolívar en Bogotá.

—Somos una nueva izquierda y nuestro objetivo es construir un poder popular; que la gente del pueblo defina su destino —dice Richard sobre su organización.

Claudia y Janeth no tienen tanta claridad política pero defienden con energía a las milicias. Ellas hacían parte de un grupo de diez mujeres que ingresaron hace poco más de un año a la organización. Las otras compañeras han desertado pero ellas dos se sienten cada día más comprometidas con su decisión. En el barrio se les ve participando en reuniones de jóvenes, organizando cine-foros, encabezando los ensayos de la banda marcial, conversando con los niños... y también recibiendo charlas de formación socio-política, practicando el manejo de armas, o rastreando la huella de algún pillo que quieren cazar.

Las palabras y gestos de estas dos mujeres parecen a veces de un par de adolescentes que hablan ingenuamente de amores, peluches y sueños; y otras veces, de un par de veteranas curtidas por una realidad demasiado patética: La guerra.

## **1. Janeth**

Yo conocí en forma las milicias cuando mataron a mi hermanito. Él se llamaba James, tenía solo dieciséis años, uno menos que yo; era un atravesado tremendo. Se crio en ese ambiente torcido de los pelaos que no les gusta trabajar y piensan sólo en hacer maldades. Eso fue lo que aprendió con un combito de cochinos que se dedicaban a robar desde el carro de la leche hasta los pelaos de la escuela, para comprar mecha y rumbiar. Era muy titino, un bombón: cejiunido, moreno, motilado a lo tombo, alto, fornido y con ojos color miel. Se acostumbró a tener plata y cuando estaba líchigo se desesperaba, y sólo pensaba en hacer travesuras.

Los fines de semana tenía la costumbre de pegar para los bares del parque de Aranjuez. A veces me llevaba, porque me gustaba ir a bailar y a cuidarlo, pero otras veces, cuando pensaba en hacer maldades, me devolvía tallada.

—Despegala de aquí que esto tiene muy mala reputación —me decía.

Yo me venía para la casa y más de una vez las amigas me decían que James y su bandita le habían hecho el revolión a alguna pelada. Me daba chispa con él pero también con las peladas que andaban detrás de esos pillos sabiendo cómo eran las cosas. Bobas. Hay sardinas que ven pelaos con plata y creen que van a coger el cielo haciendo lo que les digan, los siguen a todas partes y ellos aprovechan para hacerles la vaca muerta, las cogen en un lote o en una terraza y hacen fila para violarlas. A mí me daba mucha rabia cuando me contaban esas historias, me llenaba de ironía y cuando me encontraba con James le hacía el reclamo.

—¿A usted le gustaría que me hicieran eso? —le preguntaba.

Él se quedaba callado y se iba.

Por todas esas maldades yo pensaba que James no iba a durar mucho. Él además nunca oyó los campanazos de alerta. Una vez los de la Banda de la Cancha estaban buscando a Chilapo, un pelao que se les torció y que era muy llave de James.

—Oí home, ¿dónde está Chilapo? —le preguntó Nene.

—Yo no sé. Y aunque supiera no les diría, yo no soy el hombre rana.

Nene de una le puso un popo en la boca y le disparó.

—Adiós gonorra —le dijo.

Todos pensaron que había quedado de muñeco pero fue tan de buenas que el tiro se le incrustó en el lado izquierdo de la mandíbula. Se salvó de esa. Yo me dediqué a cuidarlo hasta que se recuperó, ahí fue cuando le cogí más cariño. Uno por naturaleza quiere a los hermanos, pero al verlo así se volvió mi hermanito del alma; se puede decir que me convertí en su mujer porque le lavaba la ropa, le planchaba, le cocinaba y le hacía todo. Así son las cuchas, al hijo más torcido es al que más quieren. El temor de perderlo me hizo cuidarlo como una porcelanita. Éramos tan parceros que me enseñaba a manejar el revólver, hacíamos polígono en el patio de la casa.

Lo que me gustaba de James, aunque estuviera tan dañado, y aunque de vez en cuando se fumaba un cigarrillo y cada ocho días bebía, es que no era vicioso; por eso lo quería, porque si algo odio son los viciosos. Lástima que no le valieron los sustos. Al que coge el oficio de malo no lo para nada, ni nadie, después de eso el hombre se volvió más plaga. Ya no sólo robaba sino que, como era tan altanero, nadie lo podía mirar feo porque se lo llevaba por delante. Por eso se ganó más de una enemistad y cuando usted se llena de culebras se tiene que mantener en guerra, cuidándose de todo el mundo, porque el que menos piense le dispara. Esa es una vida muy azarosa, hay que tener ojos de gato para salirle adelante a los enemigos. Pero llega el día en que alguno aprieta el gatillo primero.

A James lo mataron justo el día que celebramos la misa por una tía recién muerta. Cuando íbamos bajando lo vi en la esquina de la casa y le hice señas para que nos acompañara, pero no quiso. Llegamos a la

iglesia, varias cuadras abajo, y en plena elevación se desató una plomacera. Yo salí a brujiar y pillé a las milicias candeliando con la banda de Basuquito; los sorprendieron asaltando un granero. De todas maneras, como llevada por un presentimiento, llamé a preguntar qué sabían de James.

—¿Quihubo de mi hermanito?

—Lo acabaron de herir —me respondieron de la casa.

Subí corriendo y de una lo monté en un carro. Le pegaron cinco tiros, tres en el estómago, uno en el pecho y otro en el brazo. En el recorrido le di respiración y como sentía que reaccionaba pensé que se iba a salvar. En la policlínica ayudé a subirlo en la camilla y me desmayé. Cuando desperté, mi mamá estaba a mi lado.

—Tranquila que se va a salvar —le dije.

—Ya está muerto —me respondió llorando.

Yo me paré a reclamarle a los médicos y a caminar por los pasillos llenos de camillas con heridos sin saber qué rumbo coger. Y al mismo tiempo con la tristeza me fui llenando de ironía, de ganas de venganza.

En ese momento entraron en camilla a Nene, que se había voltiao para las milicias, y lo habían herido los de Basuquito en el chumbimbeo de la tienda.

—No se quedó con las ganas de matar a mi hermanito —le dije.

—¿Sabe qué? No me lo achaque que yo estaba en otro cuento —me dijo.

—Fresco que yo con ésta no me quedo.

—Tranquila que yo en ésta me muero.

Pero no se murió.

Me puse a investigar quién y cómo había matado a James. Resulta que en el mismo momento en que las milicias se daban bala con Basuquito, un pelao Javier le disparó. Ana, una parcera de James que estaba cerquita, corrió a levantarlo y ese cochino le disparó para que no lo socorriera. Pero la pelada fue tan valiente que de todas maneras se quedó ayudándole.

Al velorio llegó el jefe miliciano con unos escoltas. Ese pelao Javier llegó detrás de ellos.

—Necesitamos que retire la denuncia contra Nene, él no tuvo nada que ver en lo de su hermano.

—Yo no he puesto ninguna denuncia, no sea idiota, aquí no venga a joder, déjenos enterrarlo en paz— y le tiré la puerta en las narices.

Después me llegaron con el rollo de que Javier estaba en las milicias y había matado a James porque era de la banda de Basuquito. Más chispa me dio porque yo no me comí esa historieta, pero de todas maneras averigüé con los parceros de mi hermanito.

—Nosotros sí estamos con Basuquito, pero James no. El sólo se parchaba pero no hacía trabajos —me dijeron.

—¿Entonces por qué Javier dijo eso? —les pregunté.

—Ellos tenían una bronca vieja porque su hermanito lo cascó la otra vez y ahora quiere pasar de amigo de las milicias diciendo que James era del combo de abajo —me respondieron.

Yo trabajaba en la parte alta del barrio cuidándole los niños a un tío, y pasaba por la oficina donde el jefe se mantenía con otros milicianos fuertes. Yo lo veía por ahí en las esquinas y lo miraba con bronca porque todo el mundo me decía que nunca podían matar a nadie en el barrio sin su permiso. Para acabar de ajustar, ellos se dieron cuenta que yo era novia de un cabo del ejército. En fin, esos manes también estaban muy azarados por los comentarios que yo hacía. Un día Martín, que era el segundo al mando, me paró.

—Usted no puede subir por aquí —me advirtió.

—Yo voy a seguir subiendo porque aquí es mi trabajo. Ustedes no me van a pagar lo que me paga mi tío —le aclaré.

Tuvimos una discusión agria pero seguí subiendo a trabajar común y corriente. Le comenté el caso a mi tío y él mandó a llamar al jefe para aclarar todo.

—Mucho gusto, soy Richard —se presentó.

Él es muy pinta y de mucho verbo, pero con la rabia que tenía no le comí de nada.

—¿Por qué mató a mi hermanito? ¿Usted es que es bobo? Mi hermanito no se había metido con ustedes. ¿Qué les pasa? —le pregunté.

—¿Usted por qué me dice esas cosas? ¿Si yo no conocía a su hermanito cómo lo iba a mandar a matar? —me respondió.

—Lo mató Javier, un pelado que trabaja con ustedes.

Él se comprometió a investigar el caso. Días después llevó a Javier para que me dijera lo que había pasado. Y cambió la película: Ese pelao realmente no era de las milicias sino que se aprovechó de unos primos milicianos para que le prestaran un revólver. Mató a mi hermanito de su cuenta pero con revólveres milicianos.

—Yo no me iba a dejar cascar de esa gonorra —dijo Javier.

—Ah, todo bien. Yo me cobro esa —lo bravié.

—¿Cómo así? Haga el favor y nada de amenazas —me recalco Richard.

—Ah, de malas. Yo tarde o temprano la cobro.

—Mató a un pelao, que no era sano, pero lo mató injustamente. Si vuelve a cometer un error nos toca proceder contra usted —le dijo Richard a Javier.

Yo todavía estaba resentida y los miraba como yo sé mirar.

—Y usted puede seguir subiendo a trabajar pero cualquier cosa que pase cae bajo su responsabilidad —me dijo.

—Me da mucha pena pero, si algo les pasa, a mí no me importa —le contesté.

Como Richard me aclaró todo y se comportó tan formal, con el tiempo me dio pena seguir de grosera y a la final fuimos entrando en

amistad. Él pasaba por la casa a saludarme y a tomar tinto. Algunas veces llevaba las muchachas de las milicias para que conversaran conmigo, y viendo que eran tan serias y tan chéveres, me entraron ganas de ser miliciana.

Por mi amistad con Richard, los de Basuquito decían que me había vuelto una sapa y que me la iban a cobrar. Mi nombre figuraba en una lista de peladas que pensaban violar. Yo le comenté el caso a Richard.

—¿Usted es que es boba? Para hacer eso esos manes tienen que subir hasta aquí y no se van a arriesgar.

Pero para ir a estudiar tenía que cruzar por la zona de Basuquito. Ya no podía salir de mi casa para abajo sino para arriba, para donde los milicianos. ¿Entonces qué más podía hacer? Me retiré de noveno. No podía permitir que esa gallada de desatinados, que se vuelven como locos y son felices violando, acabaran con mi honra por ahí contra un muro o un barranco. Yo no iba a pasar por el sufrimiento de tantas peladas que no se han podido quitar esa herida de la cabeza.

Durante ese tiempo Richard me estuvo analizando, y como vio que yo era muy seria, y como sabía que mi hermano había sido un pillo, pensó que era capaz de muchas cosas. Entonces me propuso que trabajara en forma con ellos.

—Le toca desde el primer nivel que es de colaboradora —me dijo.

Yo pensé que a la final era mejor estar en algo, ayudar a arreglar el barrio, y de una acepté. Decidí ser miliciana porque entendí que era muy injusto que tuviéramos que vivir a órdenes de los pillos, que ellos robaran, mataran o violaran a quien les provocara.

La decisión no fue difícil porque no tenía que rendirle cuentas a nadie. La única opinión que me interesa de mi familia es la de mi abuelita que fue la que me crió. Mi mamá ni me va ni me viene. Ella tuvo su primer hijo con un señor que no distingo. Luego vivió con otro señor que es mi papá, a quien tampoco conozco. Cuando nací, a ella no le gustó que se apareciera una mujer porque quería hombres al zoco, por eso nunca me quiso y nunca me aceptó como su hija. Pero lo peor fue que cuando estábamos niños nos abandonó, nos dejó en manos de la abuela y dijo que se iba para Cartagena con una amiga. Sinvergüenza, ¿sí o qué? No sé que hizo por allá todo ese tiempo pero cuando regresó trajo dos hijos más. Ella dice que somos del mismo papá, pero qué orgullo para uno decir que es hija de un señor que no conoce. Sabrá el patas cómo resultó con los dos pelaos.

Mi papá debe ser de esos doblados que no le importan los hijos, a estas alturas no sé si está vivo o muerto.

—Mami, ¿él cómo es? —le preguntaba cuando estaba niña.

—A usted que le importa, deje a ese tonto por allá —me respondía.

Nunca le volví a preguntar. Yo ni siquiera lo odio, de pronto estoy resentida, pero sobre todo tengo una gran curiosidad por conocerlo y saber cómo es.

Con mi mamá sinceramente estoy llena de resentimiento porque es tremenda vaga y nos ha tratado muy mal. Mi hermanito mayor se murió cuando tenía nueve años por una maldición que ella le echó. Él se mantenía con un carrito de rodillos pa'riba y pa'bajo y las viejas chismosas venían a la casa a decir que habían visto el pelao debajo de las llantas de un carro, que se iba a matar, y por eso le pegaba tremendas muendas. Pero a él no le valía nada, seguía con su carrito montando por esas calles llenas de curvas.

—Ojalá te mate un carro a ver si dejás de joder de una vez —le dijo mi mamá.

Por ahí al mes lo mandó a comprar pescados al centro de la ciudad. Cuando volvió, la descarada lo hizo devolver porque había traído muy poquito. El pelao, por ahorrarse el pasaje de subida, intentó montarse a un bus por la puerta de atrás. Como el carro estaba arrancando, se cayó y otro carro que venía detrás lo cogió.

Mamá trabaja en una casa de familia, la veo de vez en cuando pero ni siquiera conversamos de las cosas que nos pasan a las dos. Ni a ella le importa lo que hago ni a mí me importa su vida. Yo reconozco a la abuela como mi verdadera mamá, para todo me entiendo con ella porque es la única que se preocupa por mí, siempre fui su consentida y sé que se la pasa rezando por mí. La cuchita se alegra mucho cuando la visito.

—¿Usted dónde está viviendo? —me pregunta.

—En un rancho —le respondo.

—Pero si usted tiene su casa, su cama, su familia.

—Mamita, déjeme trabajar en esto que es lo que yo quiero.

El otro que me preocupaba para meterme a las milicias era mi novio, el cabo del ejército; pensé mucho para decírselo pero le solté la noticia. Se quedó como paralizado.

—¿O sea que yo tengo una novia guerrillera ? —me preguntó.

—Tampoco, no exagere.

Se asustó pero me comprendió y seguimos la relación normal. Lo que le atormentaba era que algún día nos tocara un enfrentamiento.

—Fresca que si me mandan para esa zona me hago el loco. Yo no le voy a dar bala a mi propia novia —me decía.

Yo me encontraba con él y también pensaba en esa posibilidad. Pero eso nunca iba a ocurrir porque a él no le tocaba en la base que cubre mi zona y nosotros tampoco nos mantenemos en plan de enfrentarnos con el ejército o la policía. Hacemos lo posible por evadirlos. A veces pasan por aquí, y aunque vayan poquitos y den papaya, no los tocamos. Para tropeliar con la ley tiene que ser que nos los encontremos de frente y no tengamos más remedio.

A mi cabo lo trasladaron y el muy idiota no me volvió a llamar, pero ya no me importa, con las milicias inicié una vida nueva, muchas cosas cambiaron, aquí encontré el verdadero amor, un amor por el que me juego todo.

Empecé a colaborar en junio del 91 haciendo cosas sencillas como guardar las armas cuando terminaban un operativo o llevarlas de un lado a otro, para que los pelaos no se banderiaran, vigilar reuniones, guardaespaldas a los jefes. Luego me dieron instrucciones, nos llevaron a hacer polígono, y nos explicaron todo lo referente a las armas.

Por un error participé en un enfrentamiento cuando todavía me lo tenían prohibido. Ese día un pelao me pidió que le llevara una subametralladora Uzi para evadir la ley que estaba raquetiando en la zona. Íbamos bajando desprevenidos por un callejón cuando sentimos las balas zumbando por todos los lados. Unos bandidos parapetados en las terrazas nos habían emboscado. No tuve tiempo de entregarle el arma al compañero porque lo hirieron en un brazo, entonces no me quedó más remedio que disparar mientras nos cubríamos. Sinceramente no me dio miedo, en cierta forma estaba preparada por todos los enfrentamientos que había visto entre las bandolas y por lo que me enseñó mi hermanito. En medio de la balacera me preocupé sobre todo por el herido; yo siempre he sido así, me importa más la suerte de los compañeros que la mía. En la primera ocasión entregué el fierro, recogí al compañero y me embarqué para el hospital. Sabía que no lo debía dejar identificar. Le saqué los papeles del bolsillo y lo inscribí con otro nombre.

—Es mi hermanito. Lo hirieron porque no se dejó atracar —le dije a los policías que toman los datos en la entrada.

A ese pelao lo suspendieron porque incumplió el reglamento llevándome a esa acción y a mí me advirtieron que si no cumplía las normas no podría seguir en la organización. Con el tiempo aprendí que las normas son muy importantes para garantizar la vida propia y la de los compañeros, para que si uno va a un trabajo y se encuentra con la ley o con los pillos sepa reaccionar en forma y no se muera de bisoñada.

En el trajín de las milicias me inicié con Claudia, que se convirtió en la gran amiga de mi vida. Con ella patrullaba, entrenaba, conversaba, en fin, hacía casi todas las cosas de la vida. También hice por primera vez amistad con algunos hombres. Antes pensaba que todos eran doblados, pero en las milicias encontré compañeros que lo tratan a uno con respeto.

Empezó a gustarme la acción, no por el placer de matar, sino por el placer de saber que se acaba con alguien que perjudica a todo un barrio. Cuando me hablan de un pelao que fastidia la gente, aún sin conocerlo ya lo odio y anhelo encontrármelo para matarlo, para saber que acabé con ese problema. A mí me gusta el procedimiento de las milicias porque no matan a la ligera. En Villa ellos hablaron con las cuatro bandas del sector, que se mantenían en una guerra loca. El cura de la iglesia de arriba invitó a los tres jefes de la parte alta a una

reunión. Todo se hizo de una manera seria, garantizándole la vida y el respeto a los que iban. Richard les expuso las reglas.

—Entreguen las armas y hagan las pases o los aniquilamos. Mejor dicho o se controlan o se mueren —les dijo.

Y eso es así. Las milicias tienen mucha capacidad porque son muy numerosas; aunque en una zona haya poca gente, si necesitan más personal traen de otros lados. Las tres bandas se acogieron al pacto y dos pelaos de la banda de la 45 terminaron trabajando como colaboradores. Así acabó una guerra tremenda que había entre esas galladas en la que murieron muchos.

A Basuquito le mandaron tres citas y no las había cumplido. Un pelao al que le decían Muerto, por la cara que tenía, lo convenció para que hablara con El Negro, uno de los jefes milicianos. Le plantearon las reglas y trataron de convencerlo de que no siguiera haciendo tropelías contra el barrio.

—Me perdona pero usted es muy güevón, no podemos seguir peliando entre pobres, si quiere robar vaya donde los ricos —le explicaba El Negro a Basuquito.

Inicialmente dijo que aceptaba el acuerdo, pero cuando se le planteó que tenía que dejar el negocio del vicio se rebeló.

—Yo no como de milicias, ni de puta mierda

Y se desató una guerra tesa con ese combo. A Basuquito no lo han cazado porque es más liso que una liebre. Es pequeño, carirredondo, calvito, con ojos saltones y movimientos de azarado. Le pegaron tremendas encerradas y se escapó, parece que tuviera cruces con el demonio. Richard se lo encontró una vez de frente y le clavó un tiro de Galil en la cabeza. Todos en el barrio se pusieron felices creyendo que el hombre ya era difunto pero en el hospital le hicieron el milagro. Parece que quedó como ido de la cabeza y anda rodando por el centro, hace días que está perdido. Basuquito es un pelao de quince años más malo que Caín, pero hay que decir que es un varón y un hombre pa la pelea, no es de los que disparan y corren, se para en la raya y da plomo parejo. Pero si sigue en guerra con las milicias tarde que temprano lo cazan. A pesar de que no lo hayan matado lo hicieron huir y ahora Villa vive en completa calma.

Aquí el trabajo marcha muy bien y eso me tiene contenta, pero en las cuestiones personales las cosas van regulares. Estoy mal con el amor y con Claudia. Últimamente hemos tenido algunas diferencias...

## **2. Claudia**

Desde muy niña he aparentado más años de los que tengo, apenas voy a cumplir quince pero la mayoría de la gente me pone dieciocho. No estoy muy vieja pero he vivido mucho, en estos catorce años he tenido muchos momentos tristes pero también muchas alegrías y

realizaciones. ¿Quiere que empecemos por las cosas buenas o por las malucas?

¿A qué le tengo más miedo en la vida? Aunque le parezca mentira y se ría, le tengo pánico a los ratones. Veo un ratón y me pongo como loca, porque me acuerdo que cuando vivíamos en un inquilinato en Lovaina, por las noches veía unos ratones inmensos caminando por las paredes y los techos. Me imaginaba que si me dormía, esos ratones iban a caminar sobre mí y me iban a morder y entonces gritaba llena de miedo. Como mi mamá llegaba muy tarde, mis hermanas eran las que me consolaban.

Ese inquilinato era una casa larga con un corredor oscuro y una cantidad de piezas a lado y lado. Las paredes eran de bahareque y las puertas medio pintadas de un color azul. Ahí vivía todo tipo de gente: sopladores, maricas, putas y gente pobre como nosotros. Veía muchas cosas que no entendía.

—Amá, ¿esa señora por qué se viste tanto y por qué de noche mete hombres a dormir ahí? —le preguntaba.

Ella no me respondía, pero cuando se iba mis hermanas me explicaban todo.

—Ella no es una mujer sino un hombre —me decían.

Y como yo quedaba más confundida, me explicaban con ciertas suposiciones.

—Negra, por ejemplo usted se le monta a otra mujer encima, porque le gusta, usted es arepera. Ellos son hombres y se visten como mujeres porque les gustan los hombres, son maricas...

—Pero yo no entiendo —les decía.

Y me explicaban hasta que entendía. Esos maricas tenían unas piezas muy bonitas, con tapetes, equipo de sonido, televisor... en cambio mi mamá no tenía nada.

—Mami, ¿por qué ellos tienen tantas cosas y nosotros no?

Mi mamá llevada por la timidez permanecía en silencio. Mis hermanas me explicaban que ellos también eran ladrones y que por eso se daban tantos lujos y que en cambio mi mamá lo que conseguía era trabajando.

Lovaina es un barrio supermiedoso. Recuerdo que una vez me mandaron a comprar una panela y cuando cruzaba por la esquina vi que le pegaron dos tiros en la cabeza a un muchacho. Aunque estaba muy pequeña eso se me quedó grabado, si cierro los ojos veo otra vez patente lo que sucedió. Yo empecé a gritar como loca y a correr hasta que llegué a la casa temblando. Me dio tan duro que estuve trastornada como tres días; en la noche veía el muerto en los sueños y en el día se me venía la imagen de ese muchacho tirado en el suelo y la sangre regándose por el pavimento en hilitos rojos. Al verme así, mi mamá me llevó donde un médico que me mandó una droga para tranquilizarme. Me compuse un poquito pero seguí pensando en eso

mucho tiempo; de vez en cuando me acordaba y me cogía la tembladera en todo el cuerpo. Yo creo que por eso quedé sufriendo de asfixia.

Nosotros vivíamos allá porque mi mamá llevaba la obligación y no podía pagar una casa en otro sitio. En total somos cuatro hermanos. Tuvo las dos mayores, que son gemelas, con un señor que trabaja en las Empresas Públicas, del que se separó por los malos tratos que le daba. Estuvo dos años sola y se apareció un policía que la quería mucho y le daba gusto en todo hasta que la embarazó. De ese embarazo nació yo. A los ocho años nació el menor, que también es hijo de mi papá. Mis hermanitas más o menos me explicaron que mi mamá trabajaba en un bar y se encontró con él un tiempo después, se le entregó borracha y quedó en embarazo.

A mi papá lo vine a conocer cuando tenía doce años. Un domingo vi que mamá discutía afuera de la casa con un señor. Él quería entrar pero ella le cerró la puerta y se entró.

—¿Quién es ese señor que usted no lo quiere dejar entrar? —le pregunté.

—Se llama Ignacio y es su papá.

Quedé paralizada pensando en todo lo que había querido conocerlo y que de repente estaba ahí, en el momento menos pensado. Me puse a mirarlo con atención y me impresionó porque es igualito a mí: alto, trigueño, de ojos cafés y pequeños, de pelo castaño, mejor dicho, tenemos la misma pinta. Como siguió insistiendo, a la final mamá lo dejó entrar.

—Perdóneme, yo he recapacitado —me dijo.

—Ya es muy tarde, yo ya soy una mujer. ¿Usted qué viene a reclamar?

—Yo quiero que usted viva conmigo —me insistió.

—Si mi mamá me crió con tanto sacrificio, luchando por darme lo que necesitaba, ya no necesito ayuda suya.

En cierta forma me dio alegría conocerlo, yo creo que todos en el mundo queremos conocer el papá, pero también me puse a pensar que nos había abandonado y que no lo podía aceptar. Al verme tan convencida, me dio un beso y se fue, nunca más volvió. Mi mamá con todos los defectos que tenga es la que se ha matado por nosotros. Es que el abandono es muy duro y no se puede olvidar simplemente porque pidan perdón; imagínese que a mi mamá le tocó trabajar en bares de mala muerte para criarnos. Siempre le advirtió a mis hermanas que no me dijeran dónde trabajaba porque le daba vergüenza.

Después de Lovaina vivimos en el Popular, en la parte alta de la Comuna Nororiental, un barrio un poquito más calmado pero que también tenía su buena calentura. Por ejemplo un día estábamos en la casa cuando sentimos gritos en la calle. Mi mamá miró por una ventana y vio un grupo de hombres encapuchados pasando casa por casa buscando gente. Todos nos metimos debajo de una cama y nos quedamos conteniendo la respiración. Los tipos entraron a la casa pero

ni siquiera se asomaron a la pieza. Al momento sentimos disparos afuera. Miramos por las rendijas y vimos unos pelaos tirados en la calle. Dijeron que los habían matado por ser de una banda.

Otro día se metieron unos pillos a la casa, nos cogieron de quietos y nos robaron el equipo de sonido que era lo único valioso que teníamos, salieron muy frescos y se montaron en un taxi.

En unas cosas mi infancia fue muy común. Empecé en la escuela a los seis años, tenía mis amigas, jugaba golosa, catapis, materile, jugaremos en el bosque mientras el lobo está... Pero en otras cosas fue muy accidentada. Imagínese que cuando tenía nueve años una niña del barrio, de una familia muy picada, me gritó que mamá era puta y yo llena de sentimiento le clavé unas tijeras en la cara. Realmente no sé por qué lo hice, tal vez porque esa niña hirió con sus palabras una parte sagrada como es mi madre, y también porque esos barrios me enseñaron a ser altanera. El caso es que a los tres días llegó la policía a preguntar por mí.

Me puse a llorar desconsolada.

—Tiene que ir con nosotros a un juzgado de menores, móntese al carro —me dijeron.

—Tranquila que yo la saco más tarde —me gritaba mamá mientras el carro arrancaba.

Me llevaron a una oficina donde me preguntaron muchas cosas y me tomaron fotos de frente y de lado. Luego me pasaron a una finca bastante agradable: tenía canchas, mangas y piscina. Estuve exactamente treinta días de vacaciones, porque nos manteníamos como en recreo todo el día.

Pero en ese reformatorio las cosas se ponían color de hormiga por la noche. Dormíamos en una camita pequeña en un salón repleto de camarotes. La segunda noche, unos minutos después de que apagaran la luz, una muchacha se acostó a mi lado. Yo me quedé quieta y callada, pero cuando empezó a acariciarme las piernas, le reviré.

—Oíste, ¿es que no tenés cama?

—Mamacita, es que usted está muy buena.

—Váyase de aquí que yo no soy arepera.

—¡Ah!, vos sí sos tocada.

Ella era una pelada como de 17 años que se quería aprovechar de mí por nueva y por niña, pero me le puse de frente y se tuvo que ir. No pude dormir tranquila ni esa ni las otras noches, tenía que mantenerme en guardia porque había una manada de areperas. Por la noche sentía el corre-corre por esas camas.

Yo con las lesbianas he tenido mala suerte, ya van como cinco peladas que me han intentado violar. Una vez fui a Heliconia a visitar una tía. Como a medianoche a una prima le dio por la misma: venga mi amor que usted está muy buena, que venga para acá. Siguió y siguió hasta que me tocó gritar y llamar a la tía. Esa misma noche la echaron de la casa. Otra noche en Villa, una amiga me cogió y se

emberracó a darme besos. Esa mujer tenía mucha fuerza; me salvé porque mi mamá llegó a preguntar por mí. En fin, he sido saladita para las mujeres.

Así me ha tocado la vida, con algunos tropiezos, creciendo en medio de ese descontrol. Cuando terminé la primaria no quise seguir en el colegio, me retiré porque a mí el estudio me entra por un lado y me sale por el otro. Yo no le veo sentido a sentarme en un salón a escucharle toda la caspa a los profesores sabiendo todas las cosas que hay para hacer. Entonces me dediqué a trabajar. Mi mamá me pagó unas clases de costura y filetiadora, pero como no conseguí trabajo en eso, me coloqué en una casa de familia. Iba cada ocho días al barrio, pero en ese oficio es muy difícil amañarse porque lo tratan a uno muy mal.

Cuando llegaron las milicias a Villa, trabajaba en una fábrica de zapatos. Me acuerdo que un domingo por la noche pasaron repartiendo un librito donde explicaban sus objetivos y a mí me fascinó. En el barrio mandaban las bandas y estaban acabando hasta con el nido de la perra, nos teníamos que mantener encerrados por huir del candelero. Las milicias empezaron a actuar y se ganaron el apoyo de la gente.

—Ellos sí van a arreglar esto —murmuraban los vecinos.

Me surgió un gran deseo de conversar con ellos. Un día el jefe estaba jugando con unos niños y le dije a un amigo que me lo presentara.

—Buenos días. Yo quiero ser de las milicias —le dije de una.

—¿Usted es honrada? —fue la primera pregunta que me hizo.

—¿Y cuántos años tiene?

—Trece.

—Usted está demasiado niña para entrar a las milicias.

Me explicó que no podía aceptar niñas pero cada que lo veía le pedía la oportunidad. Hasta que un día me llamó.

—Ser miliciano no es una cosa tan fácil, tiene que trabajar y luchar —me dijo.

Al inicio les colaboré los fines de semana. A veces que me necesitaban durante la semana pedía permiso en el trabajo. Les fui cogiendo un gran cariño porque en ellos encontré una verdadera familia y en Richard el padre que nunca había tenido. Desde el inicio se convirtió en mi confidente. Por eso me retiré del trabajo para poderles responder en forma.

Cuando me llevaron a las primeras actividades sentí algo de miedo, pero al ver la seguridad con la que actuaban me llené de confianza. Las milicias son muy organizadas porque las normas son muy estrictas. Uno aprende a ser serio, cumplido, a tener amor por las cosas, a organizar el pueblo, a ayudar a los pobres y acabar con los pillos. Se trata de trabajar y ser honrados para que el pueblo no tenga quejas de

nosotros. Y uno se mete en la cabeza que tiene que cumplir porque da mucha tristeza recibir una sanción.

Desde el primer nivel nos dan formación política, física y militar. Aprendemos todas las rutinas necesarias para hacer inteligencia, para detectar a los pillos, para saber cómo comportarnos en un interrogatorio de la ley. En estos momentos, como estoy en segundo nivel, manejo armas y participo en los operativos, pero no me gusta hablar de eso, los milicianos debemos ser reservados y además son cosas que no vale la pena recordar; me siento mal diciendo si he matado o no he matado, mejor me quedo calladita. Lo que sí le digo es que cuando uno coge un pillo siente mucho miedo, y a la vez tristeza, y a la vez rabia. Se pone a pensar que es muy triste quitarle la vida a un pelao, pero también piensa que todo el mundo lo señala, que le ha robado a una pobre viejita una máquina de coser y cosas así. En ese momento la tristeza se transforma en rabia.

—Yo soy sano, trabajador, yo no hago eso —dicen los pillos cuando los cogemos.

Hay otros que simplemente se persignan.

—Me llegó la hora, que mi Dios me perdone por todo lo que hice —imploran.

Me acuerdo de dos pillos que sacamos de una casa; primero empezaron con la carreta de todos: Que nosotros no somos, que somos manes trabajadores, y tales... Y cuando vieron que ya no tenían salvación lloraron como unos niños, se dieron besos y se abrazaron.

—Hermano, nos van a matar —le decía el uno el otro.

En el camino siguieron implorando perdón, pero teníamos pruebas de que azotaban la comunidad haciéndose pasar por milicianos para extorsionar. La cometieron muy grave y se la ganaron. Las milicias no van matando a cualquiera por cualquier cosa, primero se investiga bien con la gente de la comunidad, se llama la atención dos veces al acusado y si no hace caso, con mucho pesar y todo... pum. Los ejecutamos en otro lado, en un sitio solitario. Diez o veinte pillos no pueden acabar con un barrio.

Las actividades militares me parecen chéveres pero prefiero el trabajo político: ayudar a formar equipos de fútbol, microempresas, acciones comunales, grupos juveniles, jugar con los niños... Se trata de que los niños vuelvan a sonreír, que los padres los respeten, que los hombres les den un derecho a las mujeres.

Pero para poder hacer esas cosas hay que someter las bandas y eso no se logra con consejos. Por ejemplo en esta zona nos tocó tropeliar con la banda de Omar, El Cabezón; la banda del Ronco, especializada en el robo de taxis; la banda de La Salida, que eran piratas terrestres; y la banda del Bosque o de Carvajal, sicarios profesionales. Unos combos feroces a los que hubo que ponerles el tatequieto a punta de fierro.

Nosotros limpiamos el barrio y el gobierno ayuda a ensuciarlo. Algunas de las bandas que hemos frentado están conectadas con la ley. Por eso no me gustaría pedirle cacao al gobierno, más bien que ellos nos lo pidan a nosotros. Si yo pudiera hablar con el gobernador le diría: ¿Usted quiere dialogar con nosotros? Páguele un salario justo a las personas, dele trabajo al que lo necesita, ayude a los pobres, no roben tanto. Le diría todo lo que siento y le explicaría por qué no creo sino en las milicias.

Porque las milicias son mi verdadera familia. Eso es lo más seguro que tengo porque lo demás es muy dudoso. A mí no me gusta quedarme quieta, sin nada qué hacer, porque las cosas me dan vueltas en la cabeza. Me tiro a la cama, agarro este oso de peluche, me pongo a oír música y a pensar en todo lo de la vida, en el amor, y también, a veces, en la muerte. Pienso que voy a morir como los que hemos matado, creo que mi muerte va a ser horrible, con seis o siete balazos en la cabeza. Cuando pienso en eso me digo: ¡Ah! a la final nadie nació pa semilla, el día que me toque morirme me muero tranquila porque estoy luchando por algo justo.

Con mi mamá viven mis dos hermanas mayores que son casadas y mi hermanito que tiene seis años. Las mayores son evangélicas y se dedican a rezar parejo. Cada que voy las encuentro con sus escándalos de ¡aleluya! ¡aleluya! Más de una vez me han echado de la casa porque me río de los gritos que pegan. Que mi Dios me perdone pero me dan risa esos fariseos.

—Si ustedes se creen tan buenas personas porque le pegan a la mujer. ¿Díganme? —le pregunté en estos días a los hombres que estaban orando.

Y todos se quedaron callados.

—Hermana, siga con la oración —dijo uno de ellos.

Mamá no se ha metido a la cuerda de los evangélicos, todo lo contrario, desde que se murió mi abuelita se volvió una mujer grosera y amargada. Esa muerte le dio muy duro porque ella la bañó, la vistió y le dio de comer hasta que tuvo 99 años, pero por desgracia cuando murió estaba en la cárcel. El enredo fue así: Una señora le dijo a mi mamá que yo no era señorita, entonces me hizo examinar de un médico. Cuando abrió el sobre y vio que yo era virgen salió como alma que lleva el diablo a buscar esa señora. Le pegó tres puñaladas y le dañó la cara por mentirosa. Mejor dicho, casi se la lleva. Le tocó pagar cuatro meses en el Buen Pastor y faltando dos días para salir se murió la mamita, no le tocó verla por última vez. Cada que ella se acuerda se pone a llorar. Ahora trabaja en una tienda pero cuando le va mal se emborracha y tira la casa por la ventana.

Ella se siente a la vez contenta y triste de que yo esté en las milicias. Le gusta porque sabe que Richard me hace entrar temprano y no puedo andar loquiando hasta tarde de la noche, además le gusta porque estoy

luchando por una causa justa. Pero se mantiene nerviosa pensando que en cualquier momento le van a decir que me mataron.

La quiero porque me ha brindado muchas posibilidades en la vida, pero creo que a ella la mata la desconfianza: a toda hora me advierte que no me le entregue a los hombres, que espere hasta los dieciocho años. Yo no me mantengo muy dedicada a los asuntos de los hombres; aunque hay muchos que me coquetean, los trato con indiferencia. Al último que me hizo la propuesta porque me vio de minifalda le fue mal.

—Uy mamasota ¿qué es para mí? —me preguntó mirándome de arriba a abajo.

—Respéteme hermano que yo soy una mujer. ¿Usted me cree una puta? —le pegué una cachetada.

—Esta mona sí da duro, no la casco porque es miliciana.

—De malas.

Conmigo se chocan porque yo no quiero ser como tantas peladas que solo piensan en los novios, peladas extravagantes que se ponen esos chicles transparentes con unas tanguitas negras y una blusita cortica, para tentar a los hombres; que me perdonen pero se visten como prostitutas.

Pero no crea que yo no me enamoro. Le voy a contar algo de mis sentimientos pero no le voy a decir las personas, mejor dicho, le cuento los milagros pero no los santos. Tuve una gran amiga que me comprendía en muchas cosas y me apoyaba, pero la carta se voltió porque esa amiga jugó con mis sentimientos. A mí me conquistó uno de los compañeros de las milicias, un hombre que me fascinó desde que lo vi porque me trataba con ternura. Pensaba que enamorarme de él era como querer una loción fina que se echa mucha gente, porque es muy bonito en el físico y se tira unas palabras que enamoran a más de una... ¡ah! Es súper.

Sin embargo un día empecé a salir con él y lo primero que hice fue contarle a mi amiga lo bueno que pasaba y ella me aconsejaba que lo quisiera y que tales. Pasaba el tiempo y yo cada vez más enamorada y la amiga me seguía dando consejos. Pero un día me dijeron que ese pelao era novio de mi amiga. Yo no podía creer que ella jugara así con mis sentimientos pero quedé con esa espina clavada. Entonces la puse a prueba.

—Tengo unas ganas de entregármelo a aquel —le dije.

Yo sabía que con eso me tenía que decir la verdad. Y preciso.

—No vaya a hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque él es novio mío.

No podía creer que una compañera me hiciera esa crueldad, yo como una idiota contándole todo: Anoche me vi con aquel, tan chévere, si vos vieras... Si me hubiera dicho desde el inicio: ese es mi novio, todo hubiera sido muy distinto. Desde ese día dejé de creer en las amigas. Me dio tanta rabia que seguí saliendo con él para desquitarme.

Me dolió mucho porque ella era mi parcerera. La sigo admirando porque es una mujer llena de iniciativas que se entrega con todo el corazón al trabajo. Parece muy dura pero en realidad es noble y tierna, en cambio yo doy la apariencia de ser noble pero me hacen cualquier cosa y la cobro doble.

Yo le temo mucho al amor porque pienso que me van a pagar mal, que me van a sabotear con otra y yo no soy mujer de compartir el hombre con nadie, prefiero la soledad. Claro que beata no me voy a quedar, algún día encontraré el hombre de mi vida. Yo sé que es mucho pedirle a un hombre, y sobre todo al que quiero, que se case conmigo, pero sí le puedo pedir que sea sincero, que no haga falsas promesas para estar conmigo, prefiero entregarme por amor y no porque me estén prometiendo cosas que no van a cumplir.

Me imagino que, si Dios quiere, voy a seguir en esto toda la vida, hasta que me muera, o hasta que se acaben las milicias. Para mí es un gran orgullo ser miliciana y me preparo todos los días para hacerlo mejor. Con los consejos de Richard he cambiado mucho. Mi aspiración es ser como Marleny, una de nuestras dirigentes. Una mujer preparada en todo, que sabe tropeliar, que sabe hablar, que se hace respetar, que se puede comparar con cualquier hombre.

### **3. Janeth**

A Villa subió una comisión de la comunidad de Moravia para pedirle a las Milicias que bajaran a organizar la zona que estaba sometida al descontrol de las bandas. Richard les dijo que había que esperar porque todavía arriba quedaban pendientes muchas tareas. Pero insistieron tanto que se decidió formar una comisión.

Se vino Richard con algunos compañeros y Claudia.

—Janeth, usted todavía no la llevo porque es colaboradora, sólo voy con gente de primer nivel, más adelante de pronto —me dijo.

—¿Sabe qué? Si no me lleva, mejor me retiro —le respondí.

Yo no quería quedarme con gente que no conocía, quería seguir con el mismo grupo con el que había empezado. Entonces decidí ascenderme y a los pocos días me integré a este trabajo. La guerra por aquí fue dura porque había unas bandas muy pesadas, pero poco a poco se les ha ido quitando el terreno y la mayoría están derrotadas. Los más duros fueron los del Bosque pero ya cayó la fuerte, una mujer a la que le decían La Zarca, y los compinches se desparramaron. Algunos de ellos se fueron para Ciudad Bolívar en Bogotá y aparecieron en la prensa como responsables de una masacre de doce personas. Ahí les ve la calidad a esos bandidos.

Cuando alguien de la comunidad viene y nos dice que en tal parte están los pillos, nosotros salimos de una, a cogerlos de sorpresa y cascarlos. El jefe selecciona el personal y distribuye las tareas: Usted por tal lado con tal arma, y usted por este otro con este 38... A veces las bandolas se enteran y montan la resistencia, pero siempre llevan las

de perder porque vamos con buenos fierros y muy organizados, en cambio esos chichipatos por lo general responden a la loca. En un operativo, nosotros sabemos muy bien a quién se le da, porque si se comete un error como matar un inocente, se paga con una suspensión. Es mucho lo que uno tiene que saber de normas, porque hay que hacer todo como a la medida.

La otra ventaja es que la comunidad nos apoya, nos pasan identificaciones precisas, nombres, apellidos, señales, sitios donde se mantienen y hasta fotos. Entonces nosotros salimos de raqueta y los detenemos. Si comprobamos la identificación los llevamos a una parte desierta para que la gente no vea y los cascamos. Aquí se han ejecutado muchos pelaos, pero a mí no me gusta ver esas escenas, me produce una sensación maluca ver una persona indefensa. Yo sólo le disparo a una persona en un enfrentamiento, si me la ponen de frente para que la truene no soy capaz, no me gusta verla pidiendo clemencia: Mire vieja, yo no tengo la culpa, yo no lo hice, perdóneme. Por eso cuando cojo a un pillo lo entrego a cualquiera de los compañeros y me voy.

Y más angustia me da si es un menor.

—Ahí hay una presa suya —me dijo un día el jefe.

Miré y era un sardino.

—No, no soy capaz.

Es que me siento incapaz de matar sardinos, qué pecao. Me pongo a pensar que apenas están empezando la vida, que están estudiando y pienso también en la mamá y se me frunce el corazón. No me gusta matarlos porque me traen el recuerdo de mi hermanito. Me lo imagino por ahí haciendo sus travesuras y se me revive todo el amor que le tuve a pesar de ser tan pillo. Tal vez por ser tan malo lo quería con toda el alma. Es raro que aunque peliáramos tanto también nos quisiéramos; cuando él me faltoniaba lo cascaba al piso hasta que lo ponía a llorar. Pero después me daba pesar y le lambía para contentarlo. Eso fue hasta que tuvo quince años, de ahí el cogió su vuelo y ya no lo podía tocar. Cuando murió lo veía que bajaba del cielo y se ponía a jugar conmigo; me hacía a la idea de que estaba vivo o que resucitaba. Esos sueños eran como verdaderos y me atormentaban, no me dejaban tranquilo el pensamiento. Fue tanta mi angustia que busqué un cura para que me aconsejara. Me dio unas oraciones para que James me dejara descansar y en realidad nunca lo volví a soñar.

Tampoco volví al cementerio. Allá me ponía a llorar y me daba mucha rabia que la gente me mirara. Me da pesar no visitarlo, pero sé que si voy ese dolor que tengo atrancado se me vuelve a salir. De solo recordarlo se me vienen las lágrimas.

Por eso no ejecuto sardinos, porque me traen esos recuerdos. Puede que a un adulto, aunque me ponga carita de ángel, sea capaz de dispararle, pero a la larga es mejor matar la gente en combate y no tener que dispararles indefensos.

Hay algunos compañeros que se aceleran con esa cuestión de matar.

—Hace días que no casco a nadie —dicen.

—¿Es que querés actuar a lo sicario? Calmate —les digo.

Porque el hecho no es matar por matar ¿entiende? Las milicias simplemente matan porque no hay más opción, pero no porque les agrade.

Yo tengo la conciencia de que nunca matamos inocentes, solo matamos pillos, por eso no me arrepiento. Claro que a veces se cometen errores, pero esa es la excepción. Nada más aquí un día un pelao nos dijo que había un pillo y un compañero fue y lo mató. Después vino la familia.

—¿Por qué lo mataron si él era sano y trabajaba con el papá?

El jefe averiguó que el pelao realmente era sano. Hablamos con el que había pasado el informe y se le advirtió que si volvía a mentirnos se le castigaría. Esa es una falla, que la gente a veces nos utilice para solucionar problemas de rencillas personales; nosotros no funcionamos para esos asuntos. Si alguno de las milicias utiliza su puesto para arreglar broncas personales se le sanciona.

Matar es lo único que yo hago que va contra la ley de Dios y sé que es el pecado más grave que se puede cometer, pero que Chuchito me perdone, él sabe que lo hago por el bien de la comunidad. En otras cosas hago lo posible por no contrariar la religión. Hasta que estuve en el colegio me encantaba ir a la misa de María Auxiliadora en la iglesia de Santa Cruz. Pero con el tiempo me dio pereza escuchar la misma carreta, ya me la tenía más aprendida que el mismo cura y me cogió la jartera. También dejé de confesarme porque me puse a pensar que era bobada contarle mis secretos a un cura, que es humano igual que yo, ¡huf! Además el cura que se ponga a escucharme las historias no daría misa esperando que yo terminara. Mi pensamiento ahora es que uno siendo pecador ofende más al Señor entrando a misa.

Yo soy de carne y hueso, siento miedos y temores como cualquiera. Cuando voy a un operativo me da un temblorcito por todo el cuerpo, se me ponen las manos frías y sudorosas, pero cuando llega la acción me lleno de valentía y me olvido de todo. Siento más miedo cuando los muchachos salen a un trabajo y no me llevan; sinceramente sufro más por ellos que por mí. Cuando estoy en un operativo me olvido de mí y me preocupo porque los compañeros salgan ilesos.

A la cárcel le perdí un poquito el miedo porque ya la conocí. Un día iba con Richard a acompañarlo a una reunión y él con el instinto que se tira sintió un runrún de motos.

—Esa es la ley.

De una me entregó un radio de comunicaciones y arrancó por un callejón con el fusil que tenía. Se evaporó. Yo en cambio, de sana, me quedé paralizada. Los tombos cayeron y la Janeth ahí. De una para el CAI del bosque, después para la policía de Manrique y al final para el F-2. Yo monté el video de que un man había pasado corriendo y me

había entregado ese aparato, que no sabía siquiera para qué era eso. Toda ingenua la niña, con carita de asustada. Les esquivé una manada de interrogatorios que me hicieron y salí.

Hace un tiempo fui con dos compañeros a ajusticiar un bandido que vivía cerquita de un puesto militar. Lo pillamos en una esquina y lo matamos de rapidez. Salimos caminando y nos metimos por unos matorrales buscando la orilla del río Medellín. Cuando asomamos a la playita vimos unos soldados que nos apuntaban con los fusiles. Entonces decidimos tirar con disimulo los fierros al agua. Pero un señor de los que sacan arena y piedra, cogió uno de los revólveres y se lo entregó a la parca. La suerte fue que buscaron mucho rato pero no pudieron encontrar sino un revólver más. Entonces cuadramos la trama así: los pelaos como eran menores de edad asumieron toda la responsabilidad del caso y estuvieron como cuatro días en la guandoca. Yo estuve ocho días en el Buen Pastor y listo.

A lo que le tengo más miedo en esta vida es a las ratas, en eso nos parecemos todas las mujeres. Es que esos animales son muy feos, ¿sí o no? Primero, bendito sea mi Dios, también le tenía el pavor a la muerte, lloraba por el solo hecho de pensar que me iba a morir. Ahora en cambio me produce risa. Me imagino todas las escenas de mi muerte: que voy a quedar con los ojos abiertos y la lengua afuera; que mi familia me va a llorar, que me van a llevar algunos ramos... Qué le vamos hacer, al fin todos nacimos para morir.

Yo no me canso de esta guerra aunque a veces nos toca hacer sacrificios, aguantar hambre y dormir en ranchitos donde la gente nos brinda hospedaje, porque se ve todo el bien que se le hace a la comunidad. En un barrio se encuentra de todo, la mayoría de la gente es trabajadora y juiciosa, pero desafortunadamente no faltan los viciosos que son los que dañan todo el parche. Para arreglar un barrio lo primero que hay que acabar son los expendios de droga porque desde ahí empiezan muchos males. La gente que vende vicio dice que no tiene otro trabajo, pero no se puede admitir que una familia solucione sus problemas llevando a todo un barrio a la perdición. Usted sabe que una persona enviciada llega al punto en que hace lo que sea para conseguir plata, se roban desde el sueldito hasta los electrodomésticos. Los sopletes llevan a los expendios los equipos de sonido, los televisores, las licuadoras, todo lo que le han saqueado a la comunidad para cambiarlo por basuco.

Nosotros le decimos a los expendedores que suspendan el negocio y les damos un plazo, si no cumplen la norma procedemos. Nada más anoche un compañero fue donde una señora a decirle de nuevo que no podía vender vicio.

—Yo no les tengo miedo, y voy a vender hasta que a mí me dé la gana —le dijo la señora y le pegó un machetazo en un brazo.

El pelao vino herido donde el jefe a comentarle la situación.

—A esa vieja ya le habíamos advertido pero no solo no hace caso sino que está muy agresiva, ¡mátela! Que descanse en paz —le dijo el jefe.

Y descansó en paz.

Los resultados se ven. Hace un tiempo la calle se mantenía desolada, mire y compare, ahora los niños están jugando futbolito, montando en bicicleta, los viejos echando carreta en las tiendas y en las puertas de las casas; pregúntele a cualquier persona si antes eso era posible. Lo bueno es que la gente es muy agradecida y vive pendiente de cuidarnos de los bandidos y de la ley. Tenemos antenitas por todas partes, entonces es muy difícil que entren personas extrañas al barrio sin que nos demos cuenta. Y si nos caen de sorpresa no falta quien nos ayude a salir. Para nosotros el barrio es como una casa grande en la que nos movemos con mucha confianza.

La gente del gobierno dice que mantenemos al pueblo amenazado, pero es al contrario, por aquí a lo que le tienen miedo es a la ley. Nosotros respondemos con hechos, en cambio el gobierno es bla, bla, bla... Cambian y cambian de presidente y todo igual, nada para la pobrecía. Si yo fuera presidente tiraría a acabar con la pobreza, a repartir mejor las cosas, que los ricos siguieran en sus casas pero que no hubieran tantos pobres. Es que si usted se mete por allí ve la cantidad de familias que viven en tugurios y que no tienen agua, ni alcantarillado. Y ese es un problema generalizado en Medellín: hay mucha gente que no tiene el techo ni la comida. Mire hermano: en El Poblado y en los barrios ricos hay manes que tienen billullo de sobra, más de una casa, fincas y tales, en cambio aquí la gente vive en condiciones jodidas. Eso me saca la piedra. Yo pregunto: ¿Para qué sirve esa manada de ladrones que tenemos como gobernantes?

Por eso a mí no me trama lo del diálogo del que hablaron algunas milicias. Que entrega de armas, que paz, eso es puro cuento. ¿Cuál diálogo? Para eso tendrían que cambiar muchas cosas. Si quiere que le diga la verdad yo no sé bien como es la carreta de todos los grupos de milicias que hay. Al principio creía que todos éramos del mismo combo y resulta que hay varios grupos. Yo no sé cuál es el descontrol ahí sabiendo que todos somos una misma masa.

Y más confundida quedé cuando mataron al compañero Martín, en un enredo con las Milicias del Popular. La historia fue así: Los de Villa y los del Popular son de dos grupos distintos, entonces se habían puesto unos límites, un santo y seña para la identificación y así evitar que se terminaran dando chumbimba por equivocación. Un día los de arriba mandaron una comisión a realizar un trabajo a Villa. Cuando Martín y otros compañeros los pillaron les cantaron el santo y seña y ellos no respondieron. Cada grupo se azaró y se armó la plomacera. Cayó Martín y un pelado de ellos. La muerte de Martín le dolió mucho a la comunidad porque él fue uno de los fundadores de las milicias. El entierro fue espectacular. Gente a la lata, flores a la lata, periodistas

de radio y televisión, banda marcial... El ataúd era como de un rico, grande, lujoso y abullonadito. Ese man quedó más bien atendido..., como si se hubiera muerto el presidente.

A él, a Richard, a Marleny y a las cabezas de las milicias se les debe que el barrio esté tranquilo. Lo que ellos hicieron en Villa también lo estamos haciendo aquí y en muchos barrios más. Moravia está bastante pacificada, cada vez hay menos boleo y cuando no hay acción empiezo a aburrirme, por eso estoy pendiente del traslado para ir a otro sector a seguir acabando con los pillos. Vamos a abrir otro frente en el barrio La Milagrosa y yo voy a tener mucha responsabilidad en ese trabajo.

Yo deseo seguir en las milicias porque con ellos he aprendido la disciplina y el trabajo. Sé que estando en esto le causo sufrimiento a mi abuelita, que piensa que algo me va a pasar, pero realmente más sufrimiento le causo viviendo con ella por lo loquita que soy. Cuando vivía en la casa me mantenía andando la calle con las amistades y nunca llegaba antes de las once de la noche. Ese mal lo tengo desde pequeña, cuando era niña me quedaba jugando bate y quimbo con todos los pelaos de la cuadra hasta que me entraban tallada. De ahí me quedó el tirito de la calle, por eso mi abuelita dice que se siente más tranquila conmigo aquí porque sabe que el jefe no me deja llegar tarde.

—Yo sé que Richard la hace entrar temprano —me dice.

Mi abuela es la persona que más quiero en la vida, la que me ha llenado de mimos y comprensión. Yo dormí con ella hasta que tuve quince años. Vivíamos nueve personas en una casa de material, con cuatro piezas. Yo tenía en un rinconcito una repisa llena de muñecos de peluche de los que son brujitos y feos, con los pelos parados. El peluche más feo que usted vea, ese me gusta a mí.

También quiero seguir en las milicias para no ser como tantas peladas de estos barrios que parecen pirañas buscando hombres para acostarse con ellos. Una mujer que se valore se tiene que ganar el respeto de los hombres, esperar a que la busquen y saberse comportar. Eso lo he aprendido con los cursos de formación que nos han dado, no solo recibimos instrucción política y militar, también nos dan conferencias con sicólogas para la madurez personal.

En las milicias las mujeres tenemos iguales derechos que los hombres y nos tratan a lo bien, no pueden ver que nos falten porque se ponen pilas. Aquí todos trabajamos por el mismo ideal y nos tratamos de igual a igual. Cuando empezamos en Villa éramos diez mujeres, ahora sólo quedamos Claudia y yo. Las otras eran peladitas muy inmaduras, muy visajosas, que se dedicaron a enamorar los compañeros porque creían que teniendo relaciones con ellos iban a quedar más acreditadas. Creyeron que ser milicianas era una moda, pero qué va... a la final fueron saliendo porque no mostraron condiciones. Algunas de ellas se dañaron en el vicio y estaban perjudicando a la comunidad y las propias milicias las hicieron ir. Nada más ayer me contaron que les dijeron váyanse para no tener que tocar con ustedes.

Claudia y yo fuimos las más serias, las más correctas, las más maduras. Desde el inicio hicimos una gran amistad, a todas partes íbamos juntas y nos contábamos los secretos. En las milicias aprendí a valorar la amistad de los hombres, porque los compañeros son muy chéveres, no son como la mayoría que les falta respeto.

¿Sabe a mí cómo me gustan los hombres? Altos, acuerpados, zarcos, como los modelos pintositos, mejor dicho, que sean unos galonados. Pero ahí está para encontrar un hombre así, por lo menos por aquí no hay de qué hacer un caldo. Con el geniecito que me mando, cuando resulta un pelao que me echa un piropo lo despego de una; claro que si alguno me gusta me las pico, me pongo bien bonita y me hago la loca. Si me dice alguna cosa me voy para otra parte para ver si me sigue.

En realidad solo hay una persona que me ha dado en el coco, que me mantiene trastornada y me ha hecho sufrir mucho. Vea le cuento la historia.

Yo llevaba charlando ochos meses con ese hombre que es la adoración de mi vida y le hablaba a una amiga de ese amor sin decirle quién era la persona. Y ella también me contaba de un pelao con que salía, pero tampoco me decía quién era. Yo la aconsejaba como amiga, le decía haga esto y no haga esto. Hasta que un día ella se enteró de que estábamos saliendo con la misma persona.

—Qué bandera sos vos que no me dijiste que ese era el novio tuyo —me dijo.

Aunque me dolió mucho a la final quedamos como amigas porque las dos estábamos engañadas. Pero ella siguió buscándolo y ahí sí me pareció una torcida. Mejor dicho los dos son un par de desvirtuados, él también es un doblado porque sabía que ella era mi amiga. Claro que ella es más torcida, al fin el hombre se deja encontrar. No voy a hablar mal de ella porque todavía la quiero mucho.

Yo soy capaz de jugarle la vida por él pero me da una dificultad inmensa compartirlo con otras. Sé que un hombre no es para una sola, pero tampoco acepto que tenga una novia en cada esquina y se enovie con las amistades de uno.

Ese amor me mantiene atormentada, por eso y por el recuerdo de mi hermanito cargo mucha tristeza y un genio muy difícil, en un mismo día puedo estar tres veces radiante de felicidad y tres veces aburrida de la vida. Yo soy muy dura, pero en realidad quiero mucho la gente. A veces parezco sin corazón, otras veces tengo la ternura alborotada, pero usted siempre va a ver en mis ojos la lucecita de la tristeza, esa es mi manera de ser más permanente.

Algunas noches me subo a la terraza a recordar y termino llorando. Pienso que la vida es un remolino que lo va llevando a uno y me dejo llevar. No sé lo que quiero en el futuro, no pienso en la vida para adelante, vivo el día.

¿Sabe qué sueño grande tengo ahora? Conocer el mar. Hasta ahora no he salido sino a dos o tres pueblos que quedan entre estas montañas.

Un día de estos recojo plata y me voy a meterme a ese mar, para ver las palmas, las olas y la inmensidad. Tampoco es tan lejos, ¿sí o no?

## LAS HUELLAS DE LA VIDA

Hace un tiempo Sandra tenía un largo pelo teñido de rubio, su cara maquillada con colores y bases fuertes y vestía con camisas sisas y pantalones ceñidos al cuerpo. Era una trigueña-rubia despampanante. Pero ahora su figura es completamente extraña: su rostro sin base deja ver una profunda palidez, su pelo negro esta recortado casi a ras y su menudo cuerpo flota en un ancho overol de color azul que tiene por uniforme.

Esa transfiguración la sufrió tras varios meses de encierro en un centro de rehabilitación donde lleva una vida semejante a la de una carmelita descalza. En ese centro, Sandra pretende rehabilitarse de la adicción y de los problemas de personalidad que le han torcido la vida. La terapia, que busca convertir los espíritus desaforados, es tan fuerte que no solo hay que pensar mucho el ingreso sino que además se requiere valor para mantenerse.

—Lo duro no son las privaciones de lujos y cosas superficiales, sino que nos tenemos que escarbar y decir ante el grupo las miserias y falsas imágenes con que hemos construido nuestras vidas —dice Sandra.

Érika, su entrañable amiga de la vida, no piensa que sea útil contar las cuitas a desconocidos que puedan regarlas por el mundo, prefiere cargar un silencio que le amarga la vida.

Sandra y Érika son dos jóvenes, hijas de hogares de clase media desbarajustados; han estado envueltas en una trama común desde que se conocieron hace unos cinco años. Hacen parte de una generación que se dejó seducir por la aventura y el deseo de riqueza. Han vivido tan aceleradamente que a sus veinte años se sienten viejas.

Ellas nacieron a inicios de los años 70 cuando el narcotráfico apenas era una incipiente y artesanal empresa. Pero cuando llegaron a la adolescencia, el negocio de la coca era el más próspero del mundo y había trastocado la vida de la ciudad de Medellín. La mafia logró asentarse con relativa facilidad en estas tierras. La exportación de cocaína fue una continuidad del tradicional contrabando que prosperó en la región desde la década de los sesenta. Muchos ricos y pobres se complacieron con la posibilidad de los ingresos fáciles; y los guardianes del orden social sucumbieron ante la misma tentación.

En Medellín, el crecimiento del negocio se conoció por el trueno de las balas. Desde el año 75 fueron frecuentes las noticias en que los llamados pistolocos asesinaban a personas en ajustes de cuentas. Era la muestra clara de que el tráfico de cocaína se estaba centralizando y que solo sobrevivirían los fuertes. Ya en 1980 dos grandes organizaciones colombianas controlaban todo el ciclo de la cocaína: desde la compra de hoja en cualquier lugar de las selvas amazónicas hasta la distribución en las grandes ciudades de Estados Unidos.

Las nuevas fortunas se exhibían por las calles de la ciudad. La abundancia de dólares le permitió a los reyes, los duques y los condes del narcotráfico desempeñarse como mecenas sociales. Equiparon algunos barrios con canchas deportivas, construyeron viviendas para tugurianos y repartieron dinero en las catástrofes; organizaron fiestas en las barriadas... Sus empleados de origen humilde recibieron regalos o préstamos para arreglar viviendas y montar negocios. Quienes viajaron al exterior regresaron con un plante respetable y deslumbraron a sus vecinos. La fama de los nuevos mecenas se extendió por todas las latitudes.

Simultáneamente las armas apuntaron contra los policías y los funcionarios públicos que se atravesaron en su camino.

—¿Qué quiere? ¿un cheque o un sufragio? —le preguntaban las llamadas anónimas a los amenazados.

Bajo la mirada impávida del país cayeron también periodistas, ministros y magistrados de la corte y del consejo de Estado. Más tarde, como una epidemia, la "plomonía" se extendió como una peste antigua por la ciudad. Un espíritu atávico se despertó en las almas, por mil motivos se disparó: por capricho, por honor, por amor, por odio, por robar, por amedrentar, por limpieza... Sin que nadie pareciera interesado en parar el desenfreno.

Así el dinero y la fuerza se impusieron como dos valores esenciales para la sociedad. Nuevos ídolos al mismo tiempo arrogantes y generosos trastocaron las bases de la convivencia social.

—Aquí para ser alguien hay que ser rico o peligroso —resumió alguna vez un joven del barrio Aranjuez.

Los emergentes generaron un estilo de vida que giró alrededor de los santuarios, las discotecas, las exposiciones equinas, las corridas de toros, las salas de velación y las fiestas con orquestas exclusivas donde abundaron el polvo y los licores finos. En ese mundo figuraron muy bien las sardinas que aparecieron de todos los rincones cotizando con sus rostros y cuerpos espléndidos. Se les vio desfilar en autos fantásticos o de parrilleras en ruidosas motos. Algunas corrieron con la suerte de conquistar el corazón de un hombre que las convirtiera en su mujer principal, pero al poco tiempo quedaron viudas. Otras pasaron de mano en mano hasta quedar desahuciadas y terminaron ofreciendo sus amores a postores cada vez menos interesantes.

De esa generación del acelerare también eran los del combo de Chumbi. Un grupo de pelados acelerados de distintas clases sociales, unidos por la farra y la aventura, que se alquilaban para matar. Donde ellos llegaron Sandra y Érika, después de realizar algunas travesuras. Allí lograron ampliar sus relaciones y recorrer nuevos caminos que las llevaron más lejos de lo que habían imaginado.

De su álbum de recuerdos Sandra muestra fotografías donde aparece con abrigos de pieles, con su rostro encendido por el maquillaje y rodeada de otras jóvenes colombianas que lucen vestidos excéntricos.

—Estas fotos son del reino de los ojirrasgados...

Sandra estuvo en el Japón como una ficha más en la expansión del narcotráfico hacia nuevos mercados. La mafia colombiana se conectó con la Yakusa, una organización secular que cuenta con cerca de noventa mil personas, organizadas en tres mil pandillas y que por su tradición cuenta con la tolerancia del Estado. Estos hombres de cabeza rapada y gestos ceremoniales viven de especular en el mercado bursátil, de chantajear a las empresas y de los juegos de azar. Se estima que por estos negocios perciben ingresos anuales cercanos a los diez mil millones de dólares.

—Los pandilleros de occidente roban carteras, roban a la gente, asesinan. Nosotros no hacemos cosas tan vergonzosas. Es equivocado decir que somos lo mismo que ellos —aseveró hace poco un Yakusa en una rueda de prensa, donde defendió sus actividades.<sup>1</sup>

Pero esa es solo una verdad a medias. Miembros de la Yakusa se han inmiscuido desde hace unos años en campos tan poco respetables, según sus códigos tradicionales, como el tráfico de estupefacientes y la trata de blancas. Los nuevos y turbios negocios han traído agrias disputas entre los clanes degenerando en violentas guerras y han obligado al gobierno a extremar los controles.

Sandra regresó al país y se asomó al campo oscuro de la muerte donde están la mayoría de compañeros de viejas andanzas. Se reencontró con Érika y siguieron unidas, hasta que hace unos meses decidió iniciar una nueva vida. Érika anda hoy como siempre: buscando afanosamente un amor, quemando uno que otro barillo para evadir la depresión, criando con desazón a su hijo y haciendo locuras para salir por fin de la "pobreza" que tanto la atormenta.

## **1. Sandra**

Llegué del Japón en abril del 90 y el 18 de mayo, en Mercurio, una discoteca de la calle Colombia, me pegaron unos tiros. Fue por una ridiculez mía, por ponerme de alzada. Es que a mí por histérica, me sacan la rabia y me agarro a pelear con el que sea, donde sea y no como de nada. Vi unos locos cascando a un sardino y los encendí a cantaleta.

—Dejen de ser picados —le dije a uno de ellos.

Ese man quedó muy ofendido y al rato brincó.

—Oí, maricona...

—¿Maricona quién?, home pichurria —le contesté y le solté tremendo golpe.

Cayó al piso y desde el suelo empezó a dispararme, luego se paró y terminó de vaciar el tambor. Por la borrachera solo me pegó dos tiros, uno en el estómago que me afectó la columna y otro en una pierna. Yo sentí un calambre y me derrumbé. Una amiga se me tiró encima y también se ganó un tiro en el pie.

—No me dejen morir —gritaba desesperada.

Me salían chorros de sangre, los amigos que me montaron al carro llegaron todos ensangrentados al hospital. Cuando vi al médico, lo cogí de la corbata.

—Doctor, me quiero morir dopada, sin sentir nada.

Imagínese la energía mía que aún con ese tiro en la columna brincaba en la camilla como a tirarme al suelo. Tenía una blusa chiquita y me la quite del desespero.

—Niña, sea pulcra, aquí hay hombres —me dijo una enfermera.

Le mandé una patada al estómago. Yo qué me iba a poner con decencias en ese estado.

—Cálmese negrita, usted no se va a morir, le voy a poner esto en la cara, va a respirar hondo, se va a dormir y no le va a pasar nada —me dijo el médico.

Me puso la careta con el oxígeno y me dormí. Desperté en cuidados intensivos, llena de aparatos, unas horas más tarde. En una mano me aplicaban suero, en la otra sangre, tenía una sonda en la vejiga, otra en la nariz y un tubo en la boca para respirar. El pronóstico era reservado, me había salvado pero tenía grandes riesgos de quedar inválida. Entredormida alcancé a ver a mi mamá y me sentí acompañada. Ella nunca lloró delante de mí, se encerraba en los baños y en los closets a chillar.

En la mañana de ese día le llevé a mamá un cañón con ensalada de piña; ese día la mimé, no me faltó sino montarla en un altar, cosa rara porque yo no soy melosa. Como tenía un vestido muy delgadito y no me sentía bien, me puse una correa gruesa de cuero y salí. Esa correa me salvó porque evitó que la bala saliera y me desangrara.

Como entre cielo y tierra no hay nada oculto, después me di cuenta quién fue el atarbán que me hirió. Lo pillaron en un atraco a un banco y fue a parar a la cárcel Bellavista, al mismo patio de Quique, un pelado que me carretió un tiempo. Es tan debuenas que el Quique salió a los dos días y no le pudo terminar de hacer el cajón. A ese man finalmente se la perdonaron porque un fuerte habló por él.

—Esa pelada fue muy grosera, se puso a meterse en lo que no le tocaba —le dijo al Caratejo, que era el patrón.

—Dejemos la cosa así, pero dígame a ese marica que él no tiene por qué andar por ahí disparándole a las mujeres.

Yo no le puse denuncia porque no le deseo la cárcel a nadie. Además por mi parte ese pelao pagó lo que le tocaba. Le pegaron un tiro por el ano y le subió hasta el estómago. Lo sacaron medio muerto del hospital y así se lo llevaron para la cárcel.

Cuando empecé a caminar con bastón, mi mamá me echó de la casa. Tuvimos una discusión y me tiró la ropa por el balcón. Me fui para donde una amiga, vendí mi moto y terminé de feriar lo que me quedaba. Volví a la vida callejera.

Yo comencé a loquiar desde los 14 años. Mi familia ha sido un completo despelote: Mi mamá no es capaz de vivir ni con su sombra; mi papá llegaba cansado y encontraba era un cocodrilo echando cantaleta. No le arreglaba la ropa, en un guayabo no era capaz de llevarle un vaso de agua a la cama. Y por la jartera bebió cada vez más hasta que se alcoholizó. Uno sabe que si se casa es para atender al marido, por eso yo no me caso. Si ella sabía que no servía para eso no debió haberse casado y mucho menos tener hijos. Se casó porque creyó que iba a vivir con la profesión de mi papá, pero no lo quería, y claro, se separaron cuando yo tenía cuatro años. Mi abuelita nos aguantó en su casa por pesar, pero se trataban como perros y gatos.

Hice sexto en un colegio de monjas, gané el año pero me echaron por plaga. Entonces me mandaron para Cali donde un tío que no me dejaba salir ni a la puerta, eso era una clausura de convento y me devolví. Cuando cumplí los quince años le pedí un permiso a los cuchos para ir al mar con unos amigos. Me dijeron que sí y me prometieron la plata para el viaje, pero el día antes me hicieron pistola. Entonces les robé unos floreros grandes de cristal de la casa, los vendí y me fui para la playa. A mí lo que se me mete entre ceja y ceja lo hago, no importa lo que me digan. Pasé muy bueno, pero no me la perdonaron.

Un día llegué del colegio como a las dos de la tarde. Vi un carro muy bonito y unos tipos muy bien vestidos, y pensé que eran amigos de un tío que nos visitaba con frecuencia.

—¿Usted es Sandra? —me preguntó uno de ellos.

—Sí —le respondí.

—Tenemos una orden de captura contra usted, tiene un denuncia por hurto en el juzgado 23.

La cucha me había puesto un denuncia por los floreros. Salí corriendo por las escalas y me encerré en la pieza. Ellos abrieron la puerta y me hicieron cambiar el uniforme.

—¿Qué va pasar con la niña? —preguntó mi abuela.

—La vamos a llevar para tomarle una declaración.

Me llevaron primero a un juzgado, luego al Centro de Observación de Menores que queda en el barrio La Floresta y finalmente a un centro de drogadictos. Mi mamá creía que yo tiraba vicio, por la manera de comportarme, pero después de hacerme unas pruebas, vieron que no

consumía droga. A los ocho días mi madrastra se hizo cargo de mí. Me fui a vivir con mi papá al apartamento y cambié de colegio.

No me había estrenado el uniforme todavía cuando me metí en tropeles con una compañera. Discutimos y ella se vino como a darme un golpe, yo me anticipé y le di con una silla. En ese momento llegó el profesor de matemáticas y le tire la puerta en la nariz. Después empujé a la directora por unas escalas y casi la mato. Me echaron del colegio y de la casa.

Me fui del todo, me nacieron las ganas de volar. Empezó a gustarme el vicio de la calle, sentirme libre. Uno conoce gente que se mete a esta vida loca por la pobreza, porque no tienen a dónde mirar y les toca seguir y seguir. Entre más pasan los años más embalados, empiezan robando y cuando robando no les alcanza, arrancan a matar, y cuando tampoco les alcanza, secuestran... Ese no es mi caso. Mi familia a la final siempre me apoya, yo sé que de hambre no me van a dejar morir. Claro que ellos ni se imaginan lo que he hecho sin necesidad.

Por ahí loquiando en un pueblo conocí a Érika, una sardina descarrilada igual que yo, que se volvió mi mejor amiga. Con ella he pasado por todas, o casi todas. Érika tiene una hermana que vivía con Jimmy, un mafioso al que ya mataron, con quien visitamos por primera vez un sitio llamado La Estación, donde vendían vicio. Allí conocimos a Chumbi y empezamos a frecuentar esa casa. Uno entraba y encontraba veinte o treinta hombres fumando marihuana y basuco. Llegaban con motos robadas, con armas.. en fin un despelote tremendo. Yo nunca había visto una cosa así.

Como a Érika también la echaron de la casa, las dos fuimos a parar a La Estación. Nosotras aseábamos la casa y hacíamos de comer. Conocimos en forma a todos esos atravesados que se parchaban allá; entre ellos a Jorge, un pelao de una familia bien al que le dio por meterse a sicario y a vicioso. Muy desubicado. Él me cuidaba, me coquetiaba, me sacaba a rumbiar y cuando me veía mal me ofrecía billete pero no me gustaba recibirle, para no enseñarme a mantenida.

Como llegaban tantos hombres que no nos conocían empezaban a irrespetarnos.

—¿Ya tienen pollitas?

—Las peladas viven acá, son serias, así que trátenlas con respeto.

Como iban tantas locas pensaban que Érika y yo también éramos unas puticas del montón.

Me acuerdo mucho de doña María, la mamá de Gildardo, que aunque sabía en qué andaba su hijo, lo quería mucho y lo aconsejaba para que dejara esa vida. Pero a esos pelaos nadie los hacía entrar en razón. Ellos veían matar a los amigos y seguían. Él hacía cualquier gol y lo primero era la mamá, parecían un par de novios. A nosotras también nos ayudaba y nos aconsejaba mucho.

En esa casa armábamos unos parches tremendos. A veces nos quitaban los servicios, entonces nos poníamos a fumar marihuana y a

bailar *breikin* a la luz de la luna. Nos sentábamos todos alrededor del patio. Eso era muy loco. Imagínese que teníamos unos pollos que se comían las matas de marihuana, ¡qué piedra!

Había un pelaíto de trece años y era más malo que todos juntos.

—¿Saben qué? No hay mercado, me voy a conseguir —se iba y al rato volvía luquiado.

—Piquiña, ¿de dónde sacaste plata? —le preguntábamos.

—¡Ah! maté un marica allí.

En La Estación también se parchaba Patricia, una pelada que iba a comprar vicio y a trabarse. Andaba con El Caratejo, un pesado que me cogió aprecio y se portó muy bien conmigo. Una día el Caratejo me pilló llorando, porque me mantenía llevando del bulto, sin cinco y me invitó a vivir a un apartamento que le tenía a Patricia en Robledo. Allí conocí también a Margarito, Chucho, Melanio un combo de bandidos serios que rumbiaban por lo alto... nos íbamos a pasar que pa Coveñas, que pa Cartagena, a severas fincas o a tirar discotecas...

—¿Sabes qué, Caratejo? Yo me mantengo muy aburrida sin plata —le dije.

—Y vos en qué te vas a poner a trabajar si no sabés hacer nada.

—Yo hago lo que sea, no me aguanto esta vida de vegetal, quiero ganar plata.

—Coja un revólver y váyase a matar.

—Tampoco. Pero otra cosa, así sea jibaritar.

—¿Vos sí sos capaz?

—Avemaría, mi amor ¿A mí qué?

Entonces nos dio vicio a Patricia y a mí para que montáramos una plaza en el barrio Zea. Hicimos una caletica en un contador de los servicios públicos al lado de una cancha de baloncesto. Mientras jugábamos y hablábamos mierda caía la gente por perico, basuco y marihuana. Todo a lo bien, el negocio prosperó, hasta que en una ocasión dos tipos mataron un pelao en nuestras narices.

—Matemos este par de hijueputas —dijo uno de ellos mirándonos con ojos de desquiciado.

—Vámonos que vienen los tombos, que nos pillan —dijo el otro, mientras se empezó a sentir el aullido de una sirena.

Cuando llegaron los policías todavía estábamos pasmadas.

—Ustedes tuvieron que haber visto —dijo un policía.

—Nosotras estábamos mirando para la cancha y cuando oímos los tiros nos tapamos y no vimos nada.

Cuando voltiamos a ver, en la multitud estaban los dos tipos, con la ropa cambiada. Uno de esos locos me tiraba picos mientras nos interrogaban; cuando vieron que no dijimos nada se fueron. Pero no nos quedaron ganas de volver a ese parque.

Por esos días conseguí un noviecito de Castilla al que le decían Tatú. ¡Qué loco más celoso! Un día me le volé para una rumba, me

quedé hasta muy tarde y el hombre me montó guardia frente al apartamento.

—Si Tatú va a preguntar por mí dígame que estoy dormida —le dije a Patricia.

Pero Tatú la cogió entrando al apartamento.

—¿Sandra dónde está?

—Está arriba dormida.

—¿Sí? Venga yo la veo.

Subió y se parquió a esperarme. Cuando entré me recibió con una patada. Me agarré con el hijueputa, le dije hasta misa y lo eché. A los pocos días sentí mareos y náuseas, me hice una prueba de embarazo y salió positiva. Le comenté a mi familia, estaba dispuesta a tener el pelao; a mí el aborto nunca se me ha pasado por la cabeza. Pero mi Dios sabe cómo hace las cosas. Un domingo empecé con una hemorragia tremenda, fui al hospital y me dijeron que había abortado. El feto llevaba ocho días muerto.

Con Patricia conocí mucha gente y conocí la plata, que tanto me gusta. El apartamento de Robledo, lo convertimos en un jibariadero. Enviciamos una cantidad de pelaítos que vivían en esos edificios. A ellos los cohibía mucho salir a comprar a la calle, pero nosotras les vendíamos en la sala. A eso nos dedicamos: a vender y gastar plata a manos llenas. Pero como lo bueno no dura, el apartamento se nos calentó y nos tuvimos que abrir.

Luego conocí a Marcela y al Bambino, una parejita con la que me dediqué durante varios meses a llevar carros robados y armas hasta Córdoba y Urabá. Nos poníamos pinta de turistas y metíamos equipaje para despistar la ley. Allí se los entregábamos a los trabajadores de un man que era oficial retirado del ejército. Ese cruce funcionó siempre a lo bien. En Montería por ejemplo, entregábamos el encargo, nos poníamos a navegar por el río Sinú y a tirar marihuana al piso. A veces íbamos hasta una hacienda donde ese combo tenía una cocina. En ese sitio mantenían centinelas montados en las copas de los árboles para cuidar el entable. Nosotros allá nos llegamos a quedar hasta quince días o un mes de vacaciones, y en una de esas se murió mi abuelita. A mí me dolió no haber asistido al entierro, porque la quería mucho, ella se portó siempre muy bien conmigo.

La Marcela y el Bambino se gastaban su buen romance, derrochaban amor; con ellos conocí a Quique, uno de los grandes amores de mi vida. Con él trabajé en Lovaina, un barrio de maricas, putas, atracadores y sopladores a la lata, una calentura sublime. Vendíamos vicio, pero los tombos nos azotaban con las vacunas. Llegaban con el video de la requisa y cuando entraban a la casa guardaban el arma para poder recibir el chequecito.

Nosotros teníamos campaneros. Quique pagaba el de la esquina de arriba; Lady, que es un marica que vende perico, pagaba el de abajo; y en la esquina de las carnes pagaba Roger. Pero esos campaneros como

que se trababan y cuando despertaban era porque ya los tombos estaban encima. Algunas veces no transábamos porque eran tremendas pegas, nos cogían a ordeñarnos parejo. Quique me decía: entre más esconda uno las cosas, más fácil las encuentran. ¿Sabe qué hacía él? Encaletaba el vicio en un bolso y lo colgaba detrás de la puerta. Nos hicieron por ahí unos siete allanamientos y nunca lo pillaron y eso que todo el mundo sabía que vendíamos vicio.

Los tombos mamados de hacer allanamientos se aparecieron un día con un estetoscopio. Lo ponían en la pared y daban golpes con un martillo buscando los huecos.

—Ustedes nos mantienen muy cabriados, aquí no hacen sino venir carros y gente, y ustedes nunca tienen nada —se quejó uno de ellos.

Buscaban en el baño a ver si tirábamos las cosas por el desagüe. ¡Nada! Quique se paraba en la puerta y un día la voltiaron y a mí se me bajo el alma. ¡María Auxiliadora!... y esos tombos no le pararon bolas al bolso. ¡Gracias virgencita! Y la virgencita me salvó de esa y de muchas otras. Para que vea cómo son las cosas, yo que no comía de clases de catecismo en el colegio, me volví devota andando entre malos. Cada ocho días le hacíamos visita a María Auxiliadora en Sabaneta. Los martes se reunían todos los fuertes, pero después se calentó el parchecito y no se pudo volver... Yo cuando le rezo a la virgen no le pido que me ayude para cosas malas, le pido que no me vaya mal, que me dé protección. Cuando mi abuelita murió encontramos debajo del colchón un bultico de María Auxiliadora con una notica: Esta virgen se la dejo a Sandra, porque la necesita más que ninguna otra.

Yo soy un angelito para lo que he conocido. Cuando vendíamos vicio me temblaba la mano para abrir esa ventanilla; llegaba gente que me daba terror. Caían tipos a que les vendiéramos papeletas de 800 pesos con 600.

—No hermano tráigame el resto —les decía Quique.

Al rato volvían todos ensangrentados con los doscientos pesos. Quién sabe a quién cogían por ahí bien embalado y lo mataban por doscientos pesos. En una traba es así, eso desfigura totalmente a la gente. Uno ve personas muy bien plantadas que de un momento a otro se convierten en unos energúmenos, capaces de matar la mamá con tal de tener plata para soplar. Uno viviendo en el embale se vuelve muy malo.

Un día me dio por mandar a matar a una pelada que me faltoniaba mucho. Hablé con Cachas, un maloso de Sevilla.

—Conseguime quién mate esa hijueputa.

Consiguió un pelao y salieron a buscarla. Al rato me dio el desespero, me remordía la conciencia. Los busqué por todas partes y no los encontré.

—A mí me da miedo que esa faltona me jale las patas —le decía a Marcela.

—Qué va. Dejá que maten a esa hijueputa.  
Cachas volvió por la noche con cara de decepción.  
—¿Ya? —le pregunté.  
—No, no la encontramos.

Es tan de buenas esa hijuemadre que se había ido para Bogotá a hacer los papeles para viajar al Japón. Y de buenas yo que me salvé de cargar esa culpa. Mandar a matar es tanto como uno apretar el gatillo. Si la matan hubiera vivido con ese remordimiento encima.

Por esos días me buscó Marcela toda amargada.

—Estoy embarazada del Bambino y no quiero tenerlo —me dijo.

Nos recomendaron una señora de Lovaina que hacía abortos. La buscamos por la calle que lleva al cementerio de San Pedro, en una casa pintada de un color amarillo con la paredes roñosas. Nos abrió una señora de unos cuarenta años con un delantal de cocina. La hizo acostar en un cuarto oscuro, que hasta tenía telarañas, y le metió una tripa rosada por la vagina.

—Sáquesela mañana y tendrá su problema solucionado.

Al día siguiente Marcela me dijo que no tenía valor para sacarse la tripa. Nos metimos a una pieza y con los ojos cerrados se la saqué. Como a la media hora le empezó la hemorragia más hijueputa, le salían los troncos de sangre. Pensé que se iba a morir y arranqué con ella para la policlínica pero no la quisieron atender. Le pedí a una patrulla de la policía que nos llevara a la clínica del CES, donde le hicieron el curetaje y le pararon el desangre. A mí esa experiencia me dejó tan impresionada que desde ese día prometí que nunca me haría un aborto. Eso es terrible.

Cuando el Bambino supo que Marcela había abortado lloró como un niño.

—Si vos no querías el niño simplemente lo hubieras tenido y yo me hubiera encargado de criarlo.

El Bambino era una persona muy sensible y sufrió mucho. Ella le repitió que no se arrepentía pero unos días después, por las piruetas de la vida, ese mismo dolor, o mucho más grave todavía, se la llevó por delante.

Quique y yo nos robamos un Renault y se lo prestamos al Bambino mientras lo negociábamos. A los dos días se apareció ese loco todo acelerado sin el carro.

—Es que la policía nos paró y nos agarramos a chumbimba, ahí mataron unos pelaos, me logré escapar de chepa —nos dijo.

Quique no se tragó ese cuento y salió para la 45 a buscar el carro. No había tales policías ni tales muertos sino que ese marica todo borracho se chocó contra un poste del alumbrado público. A Quique le dio una piedra la hijueputa.

—Sabés qué Bambino te doy ocho días para que me pagués ese carro o vos sabés cómo te lo cobro.

Ese man dijo que iba a ver y la cosa se quedo así por el momento.

Yo no he sido muy amiga de los novios; empezando porque el temperamento no me da para eso. Quique decía que a mí no me domaba ni Mirús. Tuve noviecitos pendejitos, pero la primera relación sería fue con él. Estuvimos juntos como año y medio aquí en Medellín y en Bogotá.

El Caratejo fue el que nos invitó a Bogotá. Llegamos a la casa de Peluchín, un amigo que trabajaba con El Mexicano. Su mujer, Gloria, le administraba una residencia donde nos quedamos viviendo. A los pocos días cayó Marcela, iba en plan de quedarse un tiempo rebuscándose en la capital, pero la temporada se le acabó rápido. Un noche recibió una llamada de Medellín. Yo sentí el grito cuando iba subiendo las escalas para el segundo piso y me devolví.

—Mataron a mi Bambino —gritaba como loca.

En ese momento fue que a Marcela se le vino todo el dolor de su aborto, al sentir que había matado al ser que le podría dar la presencia del Bambino. Sólo con la muerte ella vino a saber que realmente lo amaba. A mí inmediatamente me agarró el remordimiento de conciencia de no haberle dicho al Bambino que se fuera, que no le iban a perdonar la falta. Él sabía lo que le iba a pasar, pero yo lo podría haber cogido de las mechas y obligarlo a perderse un tiempo. El Bambino había sido para mí un gran amigo y me dolía pensar que había muerto por culpa de la persona que más quería en ese momento. Me sentí tan culpable que le dije que no tenía plata para acompañarla a Medellín; no me atreví a dar la cara en ese entierro. Al otro día muy temprano la acompañé al aeropuerto. Cuando despegó el avión me quedé como una sonámbula cargada de tristeza y remordimiento.

De la gente que conocí en Bogotá, la que más me impresionó fue Gloria. Los hombres muchas veces subestiman a las mujeres, no se imaginan lo que son capaces de hacer. Gloria era una mujer muy tesa, una hembrota que se le medía a lo que fuera. En los allanamientos despistaba a la ley con la mayor tranquilidad del mundo, por eso nunca le cogieron nada. Además no se dejaba faltoniar de nadie; imagínese que hasta mató al papá de su hija porque se las tiraba de alzado. De ella se podía esperar cualquier cosa; si se le atravesaba alguien en la carretera, sacaba una pistola y empezaba a dar chumbimba.

Con Gloria y Jenifer salía a rumbiar y a vender vicio. Uno se pilla en las discotecas el visaje, es que los arañados se reconocen de vista. Así de farra en farra armamos severa plaza. Peluchín nos regalaba las rocolas de perico y nosotras lo pasábamos por una media velada para que rindiera más, lo envolvíamos en papeleticas y nos las pegábamos en la cintura. Los clientes le decían a los meseros que necesitaban tal y tal y ellos hacían el cruce. Cuando llegaba una requisa nos quedábamos frescas, como unas damas.

Esa plata no se veía. Nos gastábamos por ejemplo trescientos mil pesos en un parque de diversiones con Peluchín y un hermano de Gloria. Comprábamos ropa, tirábamos piscina en los clubes de Melgar,

comíamos como reinas... No ahorrábamos, ni manteníamos un peso. Yo entiendo a los sicarios y a esa gente porque después de que uno prueba la plata se le mete a lo que sea. Ahí no vale que le digan que lo van a matar, que lo están buscando o que va pa la cana. Nada. A las tres nos gustaba mucho la plata.

Por las noches, en esa residencia nos reuníamos una cantidad de sopletes. A ellos les gustaba chupar basuco como vampiros. Echaban base y unas brasitas prendidas en un vaso tapado con papel de aluminio, y se pegaban a aspirar. Yo en cambio prefería armar los tradicionales diablitos de marihuana y basuco en un cigarrillo. En una noche devorábamos una tacada de vicio, amanecíamos hablando mierda y riéndonos de la vida. A veces, acordándome de esas sopladas, le doy gracias a mi Dios que no me dejó enviciar del basuco; yo he fumado marihuana toda la vida y sé lo dañina que es, pero el basuco sí es la peor plaga. He conocido mucha gente que ha ido hasta el sótano del infierno por el basuco, se han soplado sus fortunas y hasta a sus familias; el basuquero legítimo quema billetes, sentimientos, amores, para que le den humo. Después se quema él mismo.

Peluchín era muy bacano con nosotras. Una vez a una pelada que vivía en la residencia le metieron el marido a la cárcel, y el abogado le quitó el carro, las joyas y además quería violarla. Era tan concha que al otro día la llamó y le dijo que no le interesaba el carro, que le diera cuatrocientos mil pesos y se lo entregaba. Pero él no sabía con qué clase de belleza vivíamos. Peluchín la acompañó al encuentro, mató al tipo, recuperaron el carro, le quitaron un Montero, se le metieron al apartamento, sacaron las joyas y lo saquearon. Así era Peluchín, nos defendía mucho.

Mientras estuve en el Japón les dio por secuestrar a un pesado. La ley se los pilló y les pegó qué matada. Se llevaron al otro mundo a Peluchín, Gloria, el hermano y a Lourdes, que era la empleada del servicio. El secuestrado, que salió sano y salvo, decidió hacerse cargo de la niña de Gloria.

## **2. Érika**

Inclusive le voy a contar algo muy personal. Tuve un novio que era un traqueto más o menos pesado de Medellín. Pongámoslo Iván. Él regresó de un viaje y me llamó al apartamento.

—Mi amor, encontrémonos —me dijo.

Fui a una caballeriza que tenía en Girardota. Lo encontré con una muchacha, llamada Maritza. Yo sabía que él tenía otra mujer y ella también sabía de mí, pero nos pareció muy descarado llevarnos a las dos al mismo tiempo y nos pusimos a hacer un plan para desquitarnos.

—Vámonos y dejémoslo solo ¿Pero sabés qué? Llevémonos el carro —le dije a ella.

Salimos en el carro de Maritza, lo guardamos en un garaje y volvimos para decirle a Iván que se nos había varado. El plan era

pedirle el carro prestado y dejarlo todo el día metido, sin carro. Que comiera mierda ¿sí o qué? Pero cuando volvimos ya se había ido y nos dejó razón con unos trabajadores: que lo esperaríamos. Después de un rato quisimos salir pero no nos dejaron. Me parecía muy rara la forma como se comportaban.

—Vamos a ir a comer porque tenemos mucha hambre —decíamos.

Y mandaban un tipo con nosotras, no nos dejaban solas un minuto.

—Acompañénnos a la oficina en Medellín, que tenemos que esperar una llamada urgente a las ocho —nos dijeron en la noche.

La oficina quedaba por los lados de Boston. A ella la llevaron en un Mercedes y a mí en una Toyota. Cuando llegamos, Iván me llamo por teléfono, Maritza cogió una extensión.

—A ti te amo. La otra no me importa —me dijo.

Más tarde la llamó a ella y le dijo exactamente lo mismo. Maritza salió de la oficina sin que me diera cuenta y quedé sola con seis tipos. Quise salir inmediatamente pero un gordito con cara de cerdo me cogió a la fuerza y me encerró en una pieza con candado. Yo tenía una minifalda blanca, una camisa azul y unos Reebok negros. El hijueputa entró y me arrancó la ropa como un salvaje. La falda la dejó deshilachada, los cucos rotos; sólo quedé con la camisa. Entraron de uno en uno e hicieron conmigo lo que les dio la gana. Todavía me da náuseas recordar esos animales, sus asquerosos sexos, sus tufos de licor y droga, sus olores de monstruo. Sólo uno de ellos no me violó.

—Yo no le voy a hacer nada. ¿Sabe qué? Perdóneme, no tengo nada que ver en esto pero tampoco puedo ayudarla.

En cambio los demás me hicieron de todo. Me sentí arruinada como persona y lloré desconsoladamente. Pensaba que todo era culpa mía, que quizás si hubiera llevado las cosas con más seriedad, que si no hubiera usado una minifalda tan corta nada hubiera pasado. Uno se gana el respeto o el irrespeto por su manera de ser.

Esos tipos se durmieron como a las cuatro de la mañana, cansados de beber y soplar. Cogí las llaves y me robé cuatro mil pesos para el taxi. Me tiré a la calle prácticamente desnuda y corrí. No me podía quedar esperando a ver si me mataban. Nunca se sabe. Además quería ir a la finca de Iván para decirle hijueputa y enfrentarlo. A unas cuadras me recogió un taxista. Pero al hijueputa le dio por mariquiarme; viéndome en esas circunstancias, en vez de entenderme y ayudarme, quería hacer lo mismo que los otros. Además se enojó conmigo porque no sabía llegar a la finca, pues en medio de mi trastorno veía todo enredado y oscuro. Después de dar muchas vueltas llegamos. Iván no estaba. Un trabajador me prestó una pantaloneta y me fui para mi casa.

A los días tuve síntomas de embarazo, pero solo cuando el resultado de laboratorio salió positivo me convencí. No podía creer que Dios me castigara de esa manera. Busqué de nuevo a Iván para pedirle ayuda pero se encogió de hombros y me echó de su casa. Nunca más lo volví a ver.

Mis hermanas me decían: tenga el hijo que nosotras le ayudamos. Yo no quería tener un hijo que me recordara que cinco tipos me habían violado. Pensaba que iba a sufrir toda la vida, sin saber siquiera cual de esos atarbanes era el papá de mi hijo. Mi mamá padeció mucho pero se portó bien, me dejó tomar la decisión. Al mes y medio de embarazo aborté, clandestinamente porque eso es ilegal. Me cobraron treinta mil pesos. Aunque eso es un pecado mortal, me sentí liberada. Mi Dios sabrá perdonarme.

Luego me enteré que esa noche Iván había recogido a Maritza en la oficina. Él sabía todo lo que iba a suceder. Seguro, es que en ese tiempo se pusieron de moda las violaciones. Los mafiosos abusaban por el poder que tenían, creció mucha caranga resucitada que se creía dueña del mundo y su gente. Por ejemplo Virulo, un hijueputa que sólo hizo cosas malas en la vida; en una noche de borrachera se paró con una metra en la mano en una taberna.

—Las mujeres se me hacen a este lado y los hombres allí y el que vaya a revirar avise de una vez —decía.

Y hacía lo que le daba la hijueputa gana con los peladas. Todo Medellín, menos sus trabajadores, se contentó cuando lo mataron. Él mandó a quebrar a más de uno, tenía un red de sicarios muy tesa. No hablemos más de eso, duele mucho.

Esa es una historia que nunca había contado. Desde ahí entendí que la vida es terrible, que no se puede creer en nadie, que detrás de cada persona se esconde un Judas. Esa fue la consecuencia de una carrera loca que inicié desde muy niña. A los once años tuve mi primer novio, Carlos Mario, hijo de un traqueto que vivía al frente de mi casa en Sabaneta. Estuve con él cuatro años y con él tuve mi primera relación sexual, en julio de 1986, cuando tenía catorce años. Recuerdo que me gasté un frasco completo de vaselina. Lo que más me extrañó es que no sangré, pero además no sentí ningún placer.

En mi familia somos cuatro hermanos, un hombre y tres mujeres. Desde que mi papá, derrotado por las quiebras, nos dejó, se armó en forma el descontrol. Como mi mamá asumió la responsabilidad, trabajaba todo el día y no tenía tiempo. Pero además no era capaz con nosotras y empezamos a hacer lo que nos daba la gana. En ese despelote de vida, me retiré del estudio cuando terminé séptimo.

Me mantenía en Acuario, Kevins... No me gustaban sino los manes de carro, odiaba a los que montan en taxi. Incluso me ennovié con un muchacho, y lo quería mucho, pero cuando me di cuenta de que andaba en un carro ajeno lo eché. Me arrepiento tanto porque era una persona muy valiosa. Pero en fin, ya está muerto y yo era así. Empecé a salir todos los días con tipos distintos, a visitar las fincas de los traquetos, a encerrarme en moteles a soplar basuco toda la noche. Tuve muy malas experiencias. A los catorce años me hicieron el primer intento de violación.

Tenía un enamorado que me recogía en un supra, un carro estilo Ferrari. Un día me invitó a un remate de corrida en un hotel. Me embutió todo el trago que quiso y perdí la noción de las cosas. Cuando reaccioné estábamos en un cuarto. El hijueputa estaba en pelota todo titino y emberracado quitándome la ropa. Lo arañé y forcejeé hasta que logré salir. Mi hermana me buscó por todos lados pero el hombre había puesto la reservación de la habitación a nombre de otra persona. Casi me corona.

A pesar de la violación y el aborto, mi vida no cambió. Empecé a mantenerme con un combito de atracadores, jaladores, sicarios, que hacían lo que fuera con tal de conseguir plata. Me llevó Andrea, una amiga que era mocita de Chumbi, un man de veinte años que era el dueño de la casa y jefe del combo. Eso allá era a lo película de Hollywood, entraban indumentaria, salían carros, motos, retrovisores, manes raros, vicio...

Eran como quince acelerados. Recuerdo a Richi un pelado de una familia bien, pero que le daba la espalda por atravesado. Él cogía perico y lo transformaba en crack, soplaba y veía tombos en todas partes. Se escondía como un loco.

—Uy, llegaron hermano, llegaron —gritaba en medio de la turra y se tiraba en plancha debajo de la cama. Era un toquis horrible.

Niche era un negrito que hacía de muchacha del servicio. Era más ladrón y más ... se nos ponía la ropa a todos. Yo me encarreté con Roger, un gordito hijo de un accionista del fútbol. Sinceramente lo que más me gustaba de él era la Toyota. Nunca llegamos a nada, solamente nos besábamos, me imaginaba rebotando ahí, entonces nunca lo dejé que llegáramos a nada.

Gildardo era mi parcerito, me cuidaba para que no me mandaran la mano esa manada de faltones. Era especialista para arreglar la marihuana: cogía un periódico y empezaban a sacudirlo como una batea para sacarle la semilla. Doña María, su cucha, era como la madre del combo. Esa vieja se merece lo mejor del mundo, nos aconsejaba mucho para enderezarnos, pero hasta empeñaba las cosas por sacarnos de apuros.

Otra cucha bacana era Doña Blanca, la mamá de Risitas. Él me regaló esta carta que ella le escribió a la cárcel Bellavista, cuando lo encanaron por un muñeco que hizo en Buenos Aires. La guardo porque todo lo que dice se cumplió:

*Son ya 19 años que cumples hijo mío, y espero que el señor Dios todo poderoso ilumine tu camino y te dé muchos años más de vida. Me senté a meditar y a tratar de expresarte todo el amor que alberga este corazón de madre por ti, y aquí me tienes escribiéndote.*

*Recordé todo lo bello que me ocurrió desde que estuviste en mi vientre. Fueron unos meses de gran ilusión, de dulce espera; te imaginaba, te soñaba, y a la vez le pedía a Dios que fueras un varón.*

*Llegó el momento esperado, el dolor que sentí se tornó dulce, cuando vi ese gran milagro de la vida. Hijo mío, te veía, indefenso, tierno, lloré de emoción, te abracé y te apreté en mis manos y aún siendo grande te sigo abrazando. Le di gracias al señor y le pedí que te bendijera.*

*Siempre he estado pendiente de ti, en tu infancia, en tu niñez y ahora en tu adolescencia. Me has dado satisfacciones, pero ahora no me explico en qué fallé, dímelo tú. No te estoy haciendo reproches, solamente te estoy hablando como madre y como amiga. Ese camino que estás recorriendo es peligroso, dura muy poco. Es mejor, hijo mío, verte a mi lado y con algunas estrecheces, que bajo tierra y con bienes materiales, que para mí de nada valen, vales más tú. Hijo, con tu actuar me estás hiriendo en lo más profundo de mi ser, ya no tengo alegría, mis noches son largas, a veces no concilio el sueño. Aún tienes tiempo de apartarte de ese camino falso que te va a llevar a un insuceso fatal, momento en que no quiero estar presente. No olvides que amigos no hay, aquel que dice ser tu mejor amigo más tarde se convierte en tu victimario, es tu enemigo.*

*Por favor piensa un poquito, si no en tu madre, en tus hermanas, tu papá, en la familia. La vida es muy bella para acabarla pronto. Lo más importante es la tranquilidad y la paz de la conciencia.*

*Que la virgen te cubra con su santo manto y no te deje pasar nada.... Tu madre que te quiere y no quisiera perderte.....*

A Sandra la conocí loquiando en un pueblo. Ella andaba por ahí, escondiéndose del papá y sin dónde dormir. Nos hicimos muy amigas, rumbiábamos como locas. Yo llegaba a mi casa a las cuatro o cinco de la mañana y si no me abrían me ponía a cantar duro. Eso era un espectáculo: Abre la puerta que ya llegué... Llevaba coro porque yo nunca llegaba a esa hora a dormir sola. Llevaba cuatro o cinco viejas. Además pagaba cuentas con las joyas de mi mamá, hasta que se cansó y me echó.

Éramos unos chichipatos aprendices. Hay gente muy tesa, muy mala, que se gana mucho billete. Nosotros no, ahí de vez en cuando hacíamos un robo. A veces sacaba cosas de mi casa y las empeñaba para llevar comida. Claro que ellos después me ayudaban para sacarlas. Éramos parranda de locos, fumábamos marihuana todos los santos días, cinco o seis baretos, vivíamos en una sola traba. Dormíamos todos en dos camas. Dos mujeres en medio de quince hombres.

Un día llegaron Catío y Boleta con un carro que le habían bajado a una cucha.

—¿Dónde podemos guardar este carro? —preguntaron.

—En la casa de mi mamá —les dije.

Arrancamos. Con tan mala suerte que el hijo de la dueña del carro vivía en la misma urbanización. A los minutos llegó la policía. Apenas sentí el barullo llamé a la portería.

—¿Que pasó? —yo lo presentía.

—Dicen que el carro en que usted entró es robado.

Me puse más nerviosa que un hijueputa y no alcancé a pensar nada. Los tombos rodearon el apartamento como si fueran a coger a la delincuente más peligrosa. Me llevaron para el parqueadero. Boleta había vuelto con Piquiña a ponerle una piyama al carro para camuflarlo y los pillaron.

—¿Usted conoce estos tipos? —me preguntaron de una.

—No, no los conozco.

Con disimulo le dije a una amiga que llamara a la casa de los muchachos para que se volaran. Nos montaron en el carro robado y a Boleta le pusieron un revólver en la cabeza.

—Habla marica o te matamos.

Me obligaron a llevarlos a la casa. Resulta que mi amiga no se pudo comunicar porque el teléfono sonaba ocupado. Cuando llegamos, todos estaban allá. Nos tiraron al piso y encontraron marihuana por todos lados y un fierro. Luego llevaron a la dueña del carro y reconoció a Catío y a Boleta. Nos alzaron a todos. Chumbi me decía:

—Érika, dígale a ese teniente que no me lleve, que yo no tengo nada que ver.

Lo agarró el miedo más teso porque ya tenía reseña en la policía. Al fin le ofreció cien mil pesos al teniente y lo soltaron con casi todo el combo. Sólo quedamos Boleta, Catío y yo. Estuve cuatro días en el F-2 de Belén, metida en un calabozo con unas viejas muy banderas, que se les veía la cara de malas. De ahí me llevaron para la cárcel del Buen Pastor. En la entrada me hicieron empelotar y me revisaron hasta la vagina. Eso es horrible. Me reseñaron por hurto calificado. Gracias a Dios me tocó en el mejor patio.

Conocí mucho; viendo las mujeres de la cárcel no me considero tan mala. Conocí una mujer del campo que picó al marido y lo enterró. Cuando la familia le preguntaba por él decía que se había ido, pero un día descubrieron el cadáver en la finca y se embolsó. Quién sabe qué ofensa le hizo ese man para que ella lo descuartizara, es que los hombres son unos hijueputas ¿sí o qué? Había tres lesbianas implicadas en un homicidio pasional; mataron a una pelada en un lote del barrio Manrique porque traicionó a una de ellas. Estaban pagando trece años. Otra loca tremenda le clavó un cuchillo con una piedra en el corazón a la mamá cuando dormía. Alma, la que fue más amiga mía, mató a un tipo porque quería abusar de ella.

El lesbianismo se ve mucho pero es prohibido. A la que pillen se va de calabozo tres días. En "Superación", las lesbianas no comen de puta mierda. "Venga para acá mamita" y le chantan un beso. Vos las ves y son unos machos.

—¿Qué se siente con otra mujer? —le pregunté a una de ellas.

—Más comprensión, los hombres son unos traidores.

En la cárcel aprendí lo de las amistades. En los tres meses solo fueron unos amigos así como a chismosiar pero nunca volvieron. La única que no falló fue mi mamá; a pesar de la situación económica siempre me dejaba algo de plata. Empecé a valorarla, a darme cuenta que era lo único que tenía. Yo a ella la trataba de malparida para arriba. La cárcel me enseñó a quererla. Ese fue un semáforo que me puso mi Dios. A veces me paraba en la ventana a ver las estrellas y a pensar muchas cosas. En la navidad me dio mucha nostalgia. El 31 insulté a toda mi familia, los mandé a comer mierda a todos y me quedé llorando.

Pensaba que íbamos a pasar varios años encerrados, no teníamos salvación, pero el papá de Catío le dio un millón de pesos al juez y salimos.

## **Sandra**

A Bogotá se apareció El Caratejo y me dijo que Chucho andaba montando una placita en el Japón.

—A esos ojirrasgados como que les gusta mucho el periquito y la marihuanita —me dijo.

—¿Entonces qué? ¿No se van a llevar las pollas? —le pregunté.

—Vos si sos loca, Sandra. Hasta que no consigás un peso no vas a quedar contenta.

—¡Ah! ¿Yo qué? Aquí no se hace nada, lo que se consigue se gasta. Y esto se está calentando mucho. Ayúdeme, yo me voy para Estados Unidos o para donde sea.

A los ocho días llamó Chucho y dijo que organizáramos todo para viajar. Como apenas tenía dieciséis años falsifiqué la cédula. Me encontré como tres veces con un cucho para la foto y la huella, fui para pasaportes y listo. Todavía no me la creía. A los quince días llegaron los pasajes en una encomienda desde el Japón. Ahí sí me dio sustico. La víspera del viaje nos pegamos una rasca y una periquiada tremenda. A las ocho de la mañana llegué a la casa a empacar maletas y a llamar a mi mamá, mi papá y Quique. En el camino al aeropuerto me metí los últimos toques.

Me monté a ese avión con la rasca viva y una revoltura de cosas en el corazón. Cuando despegamos pensé en todo lo que dejaba, y aunque me reía sin parar con Jenifer y Lucho, que iban conmigo, lo que tenía realmente era ganas de llorar. La ruta era Bogotá - los Angeles - Tokio. En Estados Unidos empecé a beber otra vez y la nueva rasca me tranquilizó. Dormí un rato y soñé con Japón como lo había visto en las películas: Pueblos pequeños, gente vestida con kimonos, samurais haciéndose el harakiri y mujeres de túnicas largas y moñas haciéndole venia a los hombres. Después de treinta y cinco horas de vuelo llegamos al monumental aeropuerto de Tokio. Caminé como sonámbula siguiendo el tumulto de gente por esos corredores. Cuando

llegamos a inmigración nos hicieron a un lado y pusieron unos perros a oler el equipaje. La paranoica me dio por pensar que esos perros iban a oler mi nariz y me la iban a arrancar.

—Por nada del mundo me vas a dejar sola —le supliqué a Jeniffer.

Pasé por el lado de los perros conteniendo la respiración para que no sintieran mi aliento.

Esos japoneses son hasta tiernitos, bajan la cabeza, no les faltó sino besarnos las patitas, son pura decencia. Pero nos investigaron cerca de una hora por el asunto de la trata de blancas, creían que íbamos a prostituirnos. Cuando por fin salimos del aeropuerto descansé. Llegamos con ropa de verano en pleno invierno pero a pesar del frío en el recorrido hasta el hotel, me fasciné viendo por primera vez nieve en mi vida.

En la habitación me cogió un guayabo chillón. Esa noche me acosté llorando y echando sangre por la nariz, pero me dormí rápido por el cansancio. Al otro día, cuando Chucho pasó a recogernos, todavía estaba llorando.

—¿Usted no dizque se quería venir? Usted era la que más escándalo hacía ¿entonces qué le pasa? —me preguntaba.

A Chucho lo había conocido por medio del Caratejo, en mis andanzas en Medellín. Él empezó manejando una banda de barrio, cascando gente por lo alto, y se volvió fuerte. Consiguió plata ventuada. Recuerdo que en una ocasión íbamos por la carretera de Medellín a La Pintada y le dio por repartir billetes en todas las casas pobres que se encontraba. A la gente del barrio también la ligaba. Le conocí varias fincas llenas de imágenes de María Auxiliadora.

Del hotel nos fuimos para su apartamento. Se puso feliz porque le cocinamos fríjoles. Nos tranquilizó, nos dio ánimos y luego expuso las reglas.

—Bueno, vamos a montar la placita. Primero que todo vamos a empezar por las discotecas de americanos y de latinos.

Arrancó el camello. Frecuentábamos el área discotequera de Tokio, sitios llenos de putas donde se escucha hasta música colombiana. Empezamos por los arañados y transamos los meseros. Pero allá las cosas son más lentas, nos demoramos cuatro meses montando el entable. Después empezamos a llevar vicio de ciudad en ciudad, la cargábamos pegada al cuerpo. Viajábamos en el tren bala. Uno va montado ahí y por las ventanillas no se ve nada; todo es raro, como barrido. Al inicio viajaba acompañada, pero cuando cogí alas recorría todo el Japón sola. Ese es un pueblo muy civilizado. Hay aparatos electrónicos por todos lados, las estaciones de los trenes son muy grandes. Siempre me daba sustico, pero poco a poco aprendí a defenderme. No es lo mismo vender vicio allá que en un país tan podrido como Colombia.

Se operaba en acuerdo con la mafia japonesa, que se llama la Yakusa. Los jefes son los llamados papas, los tratan como dioses, les

tienen mucho respeto, cuando llegan les bajan la cabeza y les dicen muy buenos días, a sus órdenes. En el Japón todo el mundo sabe quiénes son los mafiosos, los Yakusa, por sus tatuajes y su pelo ralo. Es como aquí que uno reconoce la mafia por su manera de vestir, por sus bambas y por sus gustos. Pero allá la policía no los persigue, yo no sé si los mantienen transados, pero no les hacen nada.

Son muy ceremoniosos, les gusta todo lo nacionalista y veneran a su emperador como una figura divina. No tienen las guerras tesas como las de Colombia. Sus relaciones están regidas por un estricto código de honor y conservan ritos de purificación y de ingreso de nuevos miembros utilizados desde la Edad Media.

Al tiempo de haber llegado, entré a la oficina de un papa y pillé un estante lleno de frasquitos pequeños con dedos adentro. Me explicaron que cuando una persona de la mafia comete una falla, le ofrece el dedo al jefe para expiar la culpa. Al papa Yamasaki, que heredó el poder de otro papa, le faltaba el dedito meñique.

La mafia colombiana llegó al Japón por medio de la mafia de Estados Unidos. Eso es como una cadena, a través de ellos se han instalado en muchos países. Los ojirrasgados trafican con joyas, esmeraldas, juegos de azar, pero por debajo de cuerda le meten coca y trata de blancas. Por ejemplo el Papa Yamasaki tenía transada toda la inmigración del pueblo donde trabajaba, porque él también se movía con prostitución. Cuando iban a hacer redadas le avisaban y escondía a todas esas viejas.

Conocí muchas colombianas dedicadas a la prostitución, entre ellas a unas caleñas que llevaron engañadas. Las embarcaron con el cuento de que iban como meseras a un restaurante. Y usted sabe que a uno le pintan dónde va ganar buena platica y ahí mismo arranca. Y efectivamente les dieron trabajo de meseras pero a la hora de cerrar se tenían que ir con los clientes. Esas niñas casi se chiflan, se mantenían llorando. Chucho les ofreció que trabajaran con nosotros pero les dio miedo, nunca habían estado en el rodaje de la droga. Entonces hicimos una recolecta y mandamos a una de ellas, porque la otra a la final decidió quedarse y se prostituyó.

Hay colombianos que llevan las peladas y se las venden a los mafiosos del Japón. Ni ellas mismas saben por cuánto las venden. El papa les presta la plata por medio de un *manager*, una persona encargada en Colombia. Había una vieja que putió como quince años y luego se dedicó a llevar peladas. A las que se intentan volar las joden, las aporrean y les quitan lo que traigan. Vienen sin un peso.

El edificio donde vivíamos, que era del papa Takajashi, tenía un teatro en el primer piso. Ahí presentaban espectáculos de estriptís. Los japoneses pagan la entrada y se sientan a comerse su fiambre; las viejas salen a bailar y se van desnudando y al final una pareja hace el amor delante de todos. Juegan una cosa que se llama *yankin pull* y el

que gana sube a hacer el amor con la vieja. El papa nos vio brujando y nos sacó volando.

—Ustedes son unas niñas y no pueden terminar de prostitutas —nos dijo.

Esos japoneses a la final hasta me cogieron aprecio. El Papa Yamasaki era un veterano, como de cincuenta años, un gordito así, todo chinito, todo lindo. Las peladitas domaditas le agachaban la cabeza pero yo no le hacía tantas reverencias. Él decía que yo era loca, me hacía señas con el dedo en la cabeza. A ese papa yo lo adoraba. Una vez en Nagoya, por error entregué un perico y me pagaron como marihuana. El patrón me lo iba a cobrar, pero el papa se rebotó:

—No le cobre nada, es solo una niña.

Otro trabajo de las colombianas allá en Tokio es en el *snack*, un negocio donde los japoneses van a beber y a comer. Hay que atenderlos muy bien, estar pendientes de que no se les acabe el hielo, limpiar el vaso cuando está lagrimiendo, cambiar los ceniceros cuando tengan más de tres colillas, abrirles la puerta cuando se levantan para el baño, tener trapitos húmedos para que se limpien las manos, en fin, hay que tratarlos como si fueran niños chiquitos. Así es en todos los negocios. Allá el hombre es por encima, es una sociedad muy machista.

A nosotras nos fue muy bien, pero Jenifer la embarró. A veces nos tocaba meternos a huecos feos para entregar mercancía. Jenifer empezó a aliñarse, entonces el patrón se fue aburriendo y la hizo coger de la inmigración. La tuvieron tres meses en investigación. Que quién era el patrón, qué si la habían llevado a la trata de blancas. A esa mujer se le subieron los humos a la cabeza y le fue muy mal, le quitaron todo.

Un día de invierno nos reunimos como quince colombianos en el apartamento de Chucho, pues El Caratejo había llegado de Colombia con una maleta llena de cocaína. De pronto me asomé por una ventana y vi una manada de policías rodeando el edificio. No logramos localizar al papa. ¿Sabe qué hicimos? Botamos la coca por el sanitario, empacamos y nos sentamos a esperar con el pasaporte en la mano. Eran las tres de la tarde. Llegaron las ocho de la noche, las nueve, la una de la mañana y nada que subían. Al otro día la policía tocó la puerta pero nosotros no abrimos. A las diez de la mañana nos comunicamos con el papa, él nos dijo que nos quedáramos quietos hasta que llegara. Que no le abriéramos la puerta a nadie. Al rato sonó el timbre.

—Abran, es inmigración.

Pensamos que había llegado la hora. Nos quedamos paralizados y en silencio. Siguieron golpeando.

—Abran que es el papa.

Entró el hijueputa papa muerto de la risa, diciéndonos vacas, que es bobos en japonés. Resulta que en el primer piso mataron a una señora por robarle y los policías simplemente habían tocado para averiguar si vimos algo.

Un día que iba para un McDonalds, donde me la pasaba comiendo hamburguesas, se me atravesó un tipo.

—Inmigración.

Y yo le contesté "*ya nai*", que yo no quería, y salí a la lata en la bicicleta. Como eran callejoncitos muy estrechos, la patrulla no me pudo seguir. La ley del Japón no persigue tanto, no es como aquí que incluso le disparan de una al que no obedezca una orden. De todas maneras la cosa se calentó tanto con la trata de blancas que abandonamos el trabajo en las discotecas. Uno pasaba a las tres de la mañana por Sinji, en pleno centro de Tokio, y encontraba una cantidad de colombianas en las esquinas, como en cualquier Guayaquil de Medellín. Cogieron ese país y lo prostituyeron. El emperador Hiroito, el viejito, admiraba a los colombianos, a los *gaiyin*, como nos dicen a los extranjeros, pero cuando murió, Akihito, que lo sucedió en el trono, se dedicó a sacar a todos los colombianos. La inmigración se puso pilas.

Por ese tiempo el trabajo se redujo a entregar encargos. Nos dedicamos solo a los viajes, de estación en estación entregando los encargos. En un momento la cosa se puso tan complicada que no pudimos trabajar más. El papa Takajashi me propuso que trabajara en los puntos, desde ahí me empezó a caer gordo. Los puntos son unas oficinas que reparten fotografías de mujeres con los datos de edad, nacionalidad y teléfono. El interesado llama desde un hotel o de un apartamento y dice que quiere una monita, altica, así más o menos tetoncita. La chica atiende el cliente y entrega un porcentaje al jefe.

—Respéteme —le dije a Takajashi.

Uno sin necesidad, no más como por deporte, no es capaz de hacer eso. Aunque sea ambiciosa no se justifica caer tan bajo, putiarse para conseguir plata. Uno ve las peladas que trabajan de putas embambadas hasta el ombligo, con propiedades aquí en Colombia. Algunas están tan cotizadas que van y vuelven por temporadas. Me tocó conocer peladas que deportaban y al mes regresaban, la ambición no las deja. Pero yo decidí entregarme. En inmigración me preguntaron hasta de qué me iba a morir. ¿Sabe qué hice para poderme venir? Dije que era una prostituta y que estaba muy aburrída. ¿Qué más iba a decir? Tenía visa de turista y me quedé mas de un año. Por ser prostituta solo me deportaban, uno queda mal y qué pena y qué vergüenza pero listo. Pero si les decía que me mantenía con unos cuantos kilitos de coca para arriba y para abajo, me clavaban a la cárcel.

#### 4. Érika

Yo me resolví a tener a mi hijo en una traba. La sollada me dio porque el niño se me iba a venir, sentía que se estaba desprendiendo del útero. Se me vino a la mente una propaganda de Jhonson y Jhonson, donde una madre acaricia con toda la ternura la mano de un niño recién nacido y decidí que iba tener a mi hijo como fuera, aunque el papá no lo reconociera. Entonces me paré en la cabeza para retenerlo, para que se quedara conmigo.

A estas horas no le ha dado ni el apellido, dice que no es su hijo. Lo que pasa es que yo pelié con él y me fui dos meses para Bogotá. Cuando volví tuvimos una relación y quedé en embarazo. Pero la gente que me odia le dijo que yo venía de una casa de citas. Pero le voy a decir una cosa: Yo antes de que me coma raimundo y todo el mundo por mil pesos, se lo doy a un traqueto que me da cincuenta o cien mil pesos por una acostadita. Yo he sido muy loca pero nunca me he considerado puta. Olvidate, ni que fuera la más zapato del mundo. Oportunidades he tenido, hasta una moto me han ofrecido por una acostadita.

—Qué va, llévese su hijueputa moto —les he dicho.

Durante el parto pensaba en el papá del niño y decía para adentro: hijueputa. Sentí una profunda soledad y lo maldije. Creo que por esa amargura fui tan mala mamá. Mi hijo dormía con la sirvienta, y cuando dormía conmigo me levantaba a cascarlo. En este momento tal vez no se acuerde de que lo trate así, ojalá nunca lo recuerde.

Al papá de mi hijo lo amo ¿sabes?, como nunca he amado a nadie. Lo amo aunque no sea la mejor persona del mundo. Pero en estos días estuve con él y ya no sentí lo que sentía antes. Sin embargo, cuando le hablo me pongo sudorosa. Le digo mi amor, papito, mi vida, le doy picos, lo hago sentir bien. Lo amo y lo odio. Lo odio porque a pesar de lo loca que he sido le fui muy fiel. Cuando tengo un amor no soy capaz de ponerle cachos. Él pudo darse cuenta de eso, creí que realmente me conocía. Interiormente soy frágil, soy una mujer que busco la felicidad, una persona que me comprenda, que me quiera, que se interese por mí. A pesar de las decepciones no puedo vivir sin amor.

A raíz de la violación, cuando hacía el amor no sentía nada, pero era tan ingenua que pensaba que complaciendo sexualmente a los hombres me iban a querer más. Toda la vida he buscado refugio en una persona que me quiera; y por buscarlo he cometido tantos errores. Yo he estado con muchos hombres. Primero me acostaba con ellos el mismo día que los conocía. Tenía mucha envidia de mi hermana porque la veía con su amor, quería lo mismo y me dieron patada tras patada.

Hace un tiempo tuve otro novio con el que me llevaba superbién, me fascinaba atenderlo. En ningún momento lo traicioné. Cuando se enteró que esperaba un bebé me dijo que no era de él. Me dio un ataque de histeria, le iba dar con una plancha en la cabeza. Qué man

tan torcido. Terminé con él y decidí abortar. Otra vez la misma historia, ni que fuera la más puta del mundo.

Mi vida es una cadena de desgracias. Yo tengo un tiro en esta pierna, me lo pegaron cuando mataron al marido de mi hermana. Ellos vivieron juntos cinco años y aunque a veces tropeliaban y se trataban mal, se querían mucho. Una noche llegamos Jimmy, Marta y yo a un negocio. Un tipo le disparó a quemarropa... pa, pa, pa, pa, le descargó todo el tambor. Quedó vuelto nada. Cuando fui a correr sentí que la pierna no me respondía, un tiro se me había clavado abajito de la rodilla. Marta gritaba como loca y se untaba la sangre.

—Papito, no me dejés, yo me quiero ir con vos —lo abrazaba.

Ella casi no se repone de esa muerte. Se volvió mística, loca. Cogió como cien escapularios que Jimmy mantenía debajo de la almohada y los puso en una mesita con fotos, rosas y prendía velas. Conversaba con él, le decía que iba a seguir con el negocio. Dicen las malas lenguas que lo mandó a matar un traqueto que quiso entablar una amistad con Marta y Jimmy lo bravió. Ese era un hijueputa, le robaba la mujer al que quisiera. No soportó que Jimmy lo braviara.

Marta se fue recuperando poquito a poco. Duró como tres meses de luto y se consiguió otro novio que también le mataron. Hay muchos muertos en estas historias. De la casa de Chumbi casi todos están difuntos. Gildardo, Dayro, Polea, Boleta, Choricito, Catío... muchos difuntos.

A Gildardo lo mató la policía cuando se estaba robando un carro; a Catío lo mataron en un pueblo cuando la masacre contra la banda de La Ranchería; a Pepe lo bajaron de un carro en San Juan con la setenta y lo fumigaron... Boleta, después de que salió de la cárcel, iba en una moto con una subametralladora, se encontró con un retén de la policía, se guindó a bala y murió. A Chumbi lo cascaron hace poquito, se puso a braviar un tipo en una taberna y pum pum.

Sobrevivimos muy poquitos. Sólo Sandra y yo hemos permanecido juntas. Cuando regresó del Japón nos volvimos a encontrar en las mismas. Después de los tiros, a ella la echaron de la casa y se fue a vivir conmigo a un apartamento en La América. Aunque mi hijo estaba recién nacido nos dedicábamos a callejear y a soplar. Éramos tan conchudas que nos salíamos a tirar marihuana al balcón y le echábamos el humo a la gente del piso de arriba. Feriamos todo lo que teníamos en la casa y los últimos residuos de lo que tenía Sandra. Por las quejas de los vecinos y dos meses de arriendo que debíamos, nos ventiaron de ese apartamento y ahí sí nuestro destino fue rodar y rodar, amanecíamos donde nos cogía la noche. Mi hijo sufrió mucho porque lo cargaba por ahí como podía o lo dejaba donde mi mamá o el papá, pero no tenía ninguna estabilidad. Estando donde una conocida que nos dio alojamiento un tiempo en el barrio Colombia, empezó el embarazo de Sandra.

Ella ahora anda tratando de rehacer su vida, de dejar los aceleres, el embale con el vicio y ser buena mamá. Yo todavía me pego mis trabas buscando serenidad, pero me persiguen los fantasmas y las culpas. Es difícil volver a empezar, zafarse de tantos años, tantos amigos, tantas historias... Además ni trabajo se consigue.

Hace unos días me confesé para buscar paz en mi espíritu. Le conté al padre todo lo que me había pasado en la vida. Voy a confesarme cuando tengo un pecado mortal. De resto yo no me confieso, usted cree que yo voy a ir todos los días donde el padre a decirle me acuso de que tuve un mal pensamiento, o hice el amor con éste o con aquel. Olvidate, me tendría que mantener en la iglesia todos los días.

Ni la confesión me ha tranquilizado el alma. Tengo veinte años, me siento vieja y sobre todo muy sola. Uno llega al punto cuando ha vivido tanto que no quiere saber nada de nada. Ni de rumbas, ni de fincas, ni de traquetos... Yo ahora tengo mi hijo y no quiero que viva todo lo que yo he vivido. Que crezca en un mundo sano y diferente. Que sea alguien... quiero que él se supere luchando.

Tengo a mi familia, pero me siento sola y triste. Sin trabajo, sin un amor... A veces quisiera meterme un tiro en esta cabeza, suicidarme de verdad. Cuando estaba muy chirringa me intenté suicidar con agua. Le dije a mi mamá que me había echado agua caliente en el ombligo; ella me salvó con unas pomaditas. Cuando tenía once años tomé Baygón porque no me dejaron ir a una fiesta. Al momentico grité que me había envenenado y me volvieron a salvar. Ahora sólo me atranca mi hijo.

O quizás me juegue una carta fuerte. Un amigo me ha ofrecido que viaje a Europa a llevarle un encargo. Puede que me estripe y me pase varios años de la vida en una cárcel pero si coronó voy a tener una buena liga para montar un negocio y seguir adelante.

Sandra es mucha parte de mi vida, ahora ella está recuperándose, no la puedo ver, pero dígame que si estoy viva o si estoy muerta, siempre puede contar conmigo.

## **5. Sandra**

Llegué del Japón llena de joyas, de equipos, de osos, tenía toda la ropa que quisiera. Le ayudaba mucho a mi mamá, le mantenía su plata en el banco para lo que necesitara, que un viaje a Cartagena, que un arreglo en los dientes de quinientos mil pesos... listo. Yo nunca he sido egoísta.

Pero esa plata como que es maldita, como uno se la gana se la va gastando, ya no tengo ni un peso. Yo hago esta comparación: hace unos meses que trabajé en una oficina, me ganaba setenta y cinco mil pesos. Sabía que si me la gastaba en un día me tocaba aguantar hambre todo el mes. En otros tiempos me tiraba esa plata y al otro día me conseguía otros cincuenta. Pero me sentí muy satisfecha cuando recibí mi primer salario así fuera una chichigua.

La plata del Japón la derroché: Compré una moto, rumbié todos los días, comí en los mejores restaurantes, pasí a lo cachezudo... Me fui para Cartagena con dos amigas y me gaste un millón de pesos. A Quique le di billete para los gastos de la cárcel, para pagar el cruce de la salida y para montar una marquetería. Esa plata se la tiró pero yo le debía muchos favores.

Me quedaron dos millones y se fueron en los gastos de hospitalización. Estuve en una pieza con aire acondicionado y antena parabólica, ¡qué caché! Si uno se ha de morir que se muera con la elegancia del caso. Quedé en la ruina y para colmo apenas pude caminar me echaron de la casa. Viví en la casa de una amiga unos días y después con Érika.

Una mañana el recuerdo de Jorge se me metió en la cabeza. Hacía años que no lo veía. Me dijeron que estaba en una casa de recuperación de drogas. Se había embalado con el basuco, vendió la moto, el carro y se lo sopló. Cuando el papá murió, les dejó unos almacenes de herencia, pero la mamá le dijo que no le entregaba su parte mientras no dejara el vicio. Subí a visitarlo. Hasta internado seguía soplando. Allá me pegué una turra. Él se retiró del tratamiento y me visitó un tiempo.

Viví con Érika en un rancho que tiene La Negra en el barrio Colombia. Es una construcción de madera, con techo de zinc, dos piezas en la parte de atrás, una cocina y un restaurante para obreros adelante. En las noches se sentía el tropel de las ratas. Las veía caminando por el zarzo y me envolvía en las cobijas para sentirme protegida. Al amanecer me despertaba el olor a aceite y queso podrido, y corría al baño a trasbocar. Todo en ese rancho empezó a repugnarme, sentía náuseas todo el día.

—Estás embarazada —me dijo Érika—, esa trasbocadera no es normal.

Cuando a las náuseas se sumó el mareo, me hice la prueba. Érika, que me estaba acompañando, abrió el resultado y me abrazó cagada de la risa. Yo lloré desconsoladamente en una banca del parque de El Poblado.

—Felicidades para la nueva mamá —me decía.

A lo hecho pecho, pensé, y me fui a buscar a Jorge para comentarle.

—De ahora en adelante las cosas van a ser muy diferentes. Usted va tener que hilar delgadito conmigo —me dijo.

El pretendía que me convirtiera en una niña domadita y yo me le reí.

—¿Cómo? Usted esta loco pelao, yo voy a seguir siendo igual, si a usted no le da la gana de responder por su hijo me tiene sin cuidado.

Las peladas quedan en embarazo y empiezan detrás de los hombres a ver si responden, en cambio yo soy muy tranquila. He sido una mujer guerrera para lo que sea. Si me había sabido defender sola por qué no me iba a defender con un pelao que es un aliciente. Sabía que tenía que trabajar para sacarlo adelante pero eso no me arrugó. Yo no le

llamo a usted un hombre así me esté muriendo por dentro. Jorge es de esos imponentes que lo llaman a uno y quiere mandar. Se hace el bravo y yo le digo te veo, empútese pa que coja fama. Nos íbamos a casar en diciembre y me arrepentí, porque quería imponerme muchas condiciones. Le dije que lo único que necesitaba era el apellido, no quiero que mi hijo el día de mañana vaya a preguntar por qué sólo tiene el apellido de la mamá. El caso es que no aceptó y se perdió. Nació el niño y a él ni le importó conocerlo, andaba soplando como loco.

Tuvo que volver al centro de rehabilitación porque estaba a punto de convertirse en un mendigo callejero. En el tratamiento va bien pero las crisis son muy fuertes. Yo lo visité con el niño hace unos meses y el reencuentro fue muy lindo.

—Yo quiero recuperarme y salir de aquí para que formemos una familia.

En un diario que me regaló dice que a ratos siente ganas de soplar, de matar y de robar. Él ha sido muy matón y muy malo, qué pesar. Pero ese diario me dio fuerzas para decidirme a superar mi situación de embale. Le prometí salir del desubique. Por eso me metí al centro de rehabilitación pensando en que si los dos cambiábamos podríamos armar una familia para el niño y para nosotros.

Pero en estos días me mandó decir que él no cree que el niño sea suyo y que no quiere saber nada de mí. Eso me duele mucho por el niño, él tiene derecho a tener un papá. Pero estoy segura de que soy capaz de sacarlo sola adelante. Con Jorge a la final no me une sino el pasado y eso es lo que los dos queremos dejar atrás, que él siga su camino que yo seguiré el mío. Yo creo que Dios me dará la oportunidad de encontrar el auténtico amor de mi vida.

Jorge es de los poquitos sobrevivientes de la casa de Chumbi. Unos encapuchados se metieron por la noche a la casa de Sepulcro... Hace quince días mataron a Donald y al hermano... A doña María le mataron dos sobrinos. Ella dice que fueron los propios amigos, porque llegaron a las tres de la mañana y le dijeron a los pelaos: vamos allí. Ellos salieron muy frescos. A la vuelta les dieron qué tacada de chumbimba. A Chucho también lo mataron; la policía lo pilló en una casa, lo rodearon y le dieron de baja. Era el último hombre de esa familia que quedaba vivo.

La cosa está dura. En estos días a Toto, un amigo que tenía un jibariadero por San Javier, lo amenazaron. Parece que son las milicias que andan acabando con todo. Han matado mucha gente que vende vicio. Siete pelaos que mataron por el cementerio eran basuqueros. Pero eso a la final siempre ha sido así, desde que me conozco le han dado a los jibariaderos y eso no se acaba.

Mi mejor amiga sigue siendo Érika. Hemos gozado de las bonanzas y llevado del bulto juntas. Ella se desespera mucho porque en algún momento llegó a tener plata y ahora no tiene nada. La plata hay que

tomarla como una ilusión. Ahora toca montar en bus, olerle la chucha a todo el mundo. ¿Qué más se va a hacer? Ayer se tuvo, hoy ya no se tiene. Uno no se puede echar a morir. Érika todavía anda con su caché, a toda hora quiere andar en taxi y si no tiene no sale de la casa, está jodida...

Ya probé que no soy tan metalizada, si fuera tan ambiciosa me hubiera quedado putiando en Japón. Afortunadamente en mi casita me enseñaron cómo debe ser una mujer y no soy capaz de defraudar tantas cosas. Si hubiera hecho eso mi abuelita me jalaría las patas. Tal vez si me estuviera muriendo de hambre, del desespero, tal vez. Pero sabiendo que tengo a mi mamá, y que soy una mujer joven, no me puedo degenerar. Aspiro a que mi hijo no tenga la misma vida. Si en este momento me ponen el pasaje en la mano para irme para el Japón o para otra parte, no me voy. Y si me vuelven a poner un kilo de cocaína para vender tampoco la vendo, pa qué si toda la gente que conocí en este negocio ya está muerta, en la cárcel, o están de viciosos y sin plata. Ahora pienso que es mejor conseguir la plata de a poquitos. Yo no quiero platas mal habidas, que el día de mañana me maten o me metan a una cárcel y a mi hijo se lo come el tigre.

Y no es porque le tenga miedo a la muerte. Antes de que me pegaran los tiros pensaba mucho en lo horrible que es la muerte. Ahora no le tengo miedo a la muerte. Claro que le agradezco a mi Dios que me mantenga paradita. Esos tiros que casi me dejan inválida fueron un castigo de Chuchito, la madre si no. Mi Dios no se le queda a uno con nada.

## OPERACIÓN CIRIRÍ

*Por detrás de mi voz  
—escucha, escucha—  
otra voz canta.  
Viene de atrás, de lejos,  
viene de sepultadas  
bocas y canta.  
Dicen que no están muertos  
—escúchalos, escucha—  
mientras se alza la voz  
que los recuerda y canta.  
Escucha, escucha,  
otra voz canta.  
Dicen que ahora viven  
en tu mirada,*

*sostenlos con tus ojos,  
con tus palabras,  
sostenlos con tu vida,  
que no se pierdan,  
que no se caigan.  
Escucha, escucha,  
otra voz canta.  
No son solo memoria,  
son de vida abierta,  
continua y ancha,  
son camino que empieza.  
Cantan conmigo,  
conmigo cantan.  
No son solo de memoria,  
son de vida abierta,  
son camino que empieza,  
y que nos llama.  
Cantan conmigo,  
conmigo cantan.  
Anónimo*

Todos la llaman Doña Fabiola. Tiene 55 años, es madre de cuatro hijos, separada, ama de casa y trabajadora. Hace ocho años su hijo mayor, Luis Fernando Lalinde Lalinde, desapareció después de ser detenido por el Ejército de Colombia. Desde entonces no ha tenido otra obsesión en su vida que encontrarlo.

—Como el ejército le da nombre a todos sus operativos, los llama Cuervo, Aguila, Centella, yo he denominado mi operativo "Operación Cirirí". Como dice el dicho: todo gavilán tiene su cirirí.

Cuando dice esto saca un enorme legajador donde ha archivado, día a día, desde el 3 de octubre de 1984, toda la información recolectada en la búsqueda de su hijo. Hasta esa época Doña Fabiola Lalinde repartía su tiempo entre su trabajo en la sección de bienestar social de una cadena de almacenes y los oficios propios de una ama de casa, más bien despreocupada de los grandes conflictos del país.

La búsqueda de Luis Fernando la puso de frente a una realidad que no sospechaba: el fenómeno de las guerras sucias y las desapariciones. Entonces empezó a leer y a enterarse para entender lo que pasaba, y aún incrédula, encontró la otra historia de Colombia.

La primera noticia sobre desaparición forzada en el país por motivos políticos se tuvo en 1977. Un día de septiembre, Mauricio Trujillo y Omaira Montoya fueron detenidos a las cinco de la tarde en Barranquilla. En pleno centro de la ciudad los bajaron de un carro Simca, después de una breve persecución.

—Soy Mauricio Trujillo, soy activista revolucionario, me llevan para Puerto Mocho —gritó el detenido cuando lo subían a empujones a una camioneta Ranger color violeta.

El carro enrumbó hacia la playa. Cuando lo bajaban, miró por última vez a Omaira. Lo hicieron caminar unos cien metros y en la orilla del mar le apretaron las esposas hasta insensibilizarle las manos, luego lo golpearon con un garrote en la espalda, con los pies en los testículos y con la cacha de un revólver en la cabeza. Como el detenido no dio información sobre una persona secuestrada, las torturas continuaron: le metieron un palo por el ano, le echaron tierra en la boca... hasta que desfalleció. Despertó a las 4:30 de la madrugada en un carro, rodeado por seis hombres. En los días siguientes, mientras el carro rodaba por diversas zonas de la ciudad, grupos de tres hombres se relevaron para continuar las torturas.

Mauricio Trujillo recuerda que se despertó cuando el sol tostaba con toda su fuerza. Sintió el rumor del mar y vio unos grandes cangrejos azules sobre su cara, pero no tuvo fuerzas para espantarlos. Sus torturadores finalmente se rindieron y el 14 de septiembre, cinco días después de su detención, lo entregaron a un juez penal militar.

—¿Dónde está Omaira Montoya? —fue la primera pregunta que le hizo al juez.

Todos negaron haberla detenido; sin embargo dos policías del tránsito, José Alover Martínez y Alvaro Espinoza López, declararon al juez que ellos habían colaborado en la persecución y la detención de los dos sospechosos por solicitud de los agentes del F-2. La Procuraduría Delegada para la Policía Nacional estableció que Omaira Montoya fue detenida y desaparecida por agentes oficiales. Se solicitó entonces la destitución de cuatro miembros del F-2 que fueron encontrados culpables de ese crimen, pero ninguno recibió la sanción<sup>1</sup>.

Este fue el primer eslabón de una cadena sin fin. No pasaron muchos años antes de que las calles de las principales ciudades de Colombia se llenaran de multitudes que preguntaban por sus familiares. En 1985 se hablaba oficialmente de mil desaparecidos y en 1992 la cifra ascendía a dosmil. Una triste réplica de la realidad que vivieron primero los países del Cono Sur, y después casi toda América Latina bajo las dictaduras militares o las "democraduras". Madres, padres, hermanos, amigos con vestidos blancos y un clavel rojo en la solapa preguntando ¿Dónde están?

Pregunta mil veces hecha y mil veces rehuida por los responsables.

—Aquí no hemos oído nada, búsquelo en otra parte. Seguro está en la guerrilla o salió del país...

En la lucha por los desaparecidos solo sobrevive la tenacidad de las madres. Primero se pierden quienes utilizan el tema por cuestiones de política, después se dispersan los amigos y por último los familiares se niegan a seguir ulcerando la herida. Sólo las mujeres, y especialmente las madres, como las de Plaza de Mayo en Argentina o las de

ASFADDES en Colombia, siguen preguntando por siempre ¿Dónde están? Alguien ha de tener la respuesta: Un adivino, un brujo, el que maneja los siete poderes, un funcionario cubierto por la impunidad; alguien hará el milagro: María Auxiliadora, el Señor de Buga, el Cristo Caído...; en algún lugar están: se les ve en un lugar difuso pero están vivos, andan deambulando por las calles bajo el rostro de un mendigo, no han podido escapar de un campo de concentración, cogieron la ruta de otro país...

El desaparecido frecuenta los sueños, no acepta su abandono. Todos son iguales, no importa su bando, todos ellos reclaman el abrazo del reencuentro. Y las madres tienen ese abrazo por brindar, no se quieren ir con él, porque les pesa demasiado.

## 1.

Verdún es un grupo de unas diez casas dispersas a lo largo de un viejo camino real que lleva de subida hasta el pueblo y que de bajada se pierde entre cañones y montañas. Está ubicado en el municipio de Jardín en plena zona cafetera del departamento de Antioquia. Allí llegó el ejército el 3 de octubre de 1984 en cumplimiento de tareas contra el Ejército Popular de Liberación, EPL. El campesino José Emilio Montoya recuerda que lo obligaron a arrodillarse bajo la amenaza del fusil y que le pasaban un machete afilado por el cuello. Y la señora Flor Ángela Escobar cuenta que ese día la despertó un estruendo en la puerta.

—¡Abran! Somos del ejército y queremos hacer una requisa —oyó que le gritaban mientras se levantaba.

Algunos soldados entraron a su casa, ella se quedó en la puerta y vio cuando un muchacho alto, blanco, fornido, vestido con pantalón azul que venía por el camino fue detenido al ser señalado por un civil enruanado que iba con la patrulla. De inmediato lo guindaron a golpes de fusil y a patadas.

—¿Dónde está la guerrilla? —le preguntaban.

Eran las 5:30 de la mañana. El detenido le dio un puño a un soldado y entonces el castigo arreció. Lo arrastraron hasta una pesebrera y allí le ataron las manos con una cabuya y le pusieron un lazo a manera de horca en la nuca. Tiraron el lazo sobre una viga y empezaron a levantarlo. Lo subían hasta casi ahogarlo y lo bajaban; lo aflojaban, para que respirara y le echaban agua. Su cuerpo quedó untado de tierra y mierda de vaca. El que comandaba el operativo, a quienes lo soldados llamaban "Mi Capitán", miraba con tranquilidad el procedimiento.

—Ese muchacho se llama Luis Fernando Lalinde y parece un doctor, no me explico cómo anda metido en esto —comentó un soldado a los campesinos.

Empezó a sangrar por las heridas del cuello.

—¿Dónde están los otros guerrilleros? —le seguían preguntando.

—Ese muchacho no canta ni rancheras —dijo susurrando uno de los campesinos.

Aproximadamente a las ocho de la mañana, y ante la mirada incrédula de los paisanos, Luis Fernando fue paseado por la vereda, cuando el sol apenas empezaba a despejar el paisaje cargado de neblina. Salieron con él camino arriba. Frente a la concentración escolar lo amarraron a un árbol y a la vista pública lo siguieron torturando hasta que se cansaron. Lo dejaron en medio del sol calcinante. Una señora apiadada le quiso llevar agua pero no se lo permitieron. A las dos se largó un lapo de agua, con un ventarrón que estremeció los árboles y sacudió puertas y ventanas. Toda la tarde lo dejaron a la intemperie. Le querían reventar el alma pero él siguió mudo e indestructible.<sup>2</sup>

Luego lo perdieron en el camino de la noche y la niebla.

## 2.

Sólo a mediados de 1984 supe que Luis Fernando era militante de izquierda. Según me dijo, se había vinculado primero a la Juventud Revolucionaria de Colombia y posteriormente al Partido Comunista Marxista-Leninista. A mí no me asustó el hecho de que fuera comunista sino que pensé que iba para ministro. Todas las juventudes de todas las épocas han sido comunistas. Los comunistas de hace treinta años son miembros de la clase dirigente de hoy, y aunque se jactan de que en su juventud tiraron piedra, se les olvida que fueron víctimas y ellos mismos van inventando formas nuevas de persecución.

Vea como son las cosas: Luis, que iba para sacerdote, terminó de comunista, y yo francamente no me di cuenta cuando dio ese cambio tan radical.

—Yo no creo en la izquierda colombiana, ni en el comunismo, eso es como el sarampión que le da a los niños. Todo el que llega a la universidad se vuelve revolucionario y después cuando sale y tiene su oficina, su carro, su casa, deja de ser comunista —le dije.

—No todos son así mamá, hay muchos que luchan toda la vida —me respondió.

Ahora que veo a sus antiguos compañeros haciendo coaliciones con quienes eran sus enemigos, me gustaría mucho decirle que tristemente yo tenía la razón.

Las guerrillas, incluida la del EPL que era el brazo armado del Partido Marxista-Leninista, se encontraban en proceso de paz con el gobierno de Belisario. Yo me llené de desconfianza y de miedo recordando lo que les había pasado a los viejos guerrilleros liberales de los años cincuenta, que los asesinaron después de que habían entregado las armas.

—Ponga cuidado mijo que usted va salir a mostrar la cara y lo van a descabezar —le dije.

—De todas maneras hay que correr el riesgo —me contestó con decisión.

No le voy a negar que sentí cierto rubor de que mis amigas pensarán que yo había criado un comunista. Y pensándolo bien la historia de mi familia no daba para que un hijo saliera revolucionario, ni por nuestra situación social, ni por nuestra manera de pensar. Mi familia ha sido católica, apostólica y romana.

Yo nací el 4 de enero de 1937 en una finca cafetera a diez minutos de Belalcázar, Caldas, donde está el cristo más grande de Suramérica. Llegué de ñapa, cuando ya nadie me esperaba. Esa situación de ser la menor hizo que siempre fuera muy contemplada. Los hijos vivíamos con mi mamá en Manizales mientras mi papá permanecía en el campo. Lo curioso es que mi mamá era conservadora y mi papá liberal. Aunque ella sufrió mucho por esa razón, sus oraciones y su resignación le permitieron lograr una convivencia muy pacífica en la familia. Entre la casa y el colegio me formaron con unos principios morales bastante rígidos.

Era una época idílica. Recuerdo sobre todo las espectaculares navidades: Con marranada, natilla y buñuelos. Como mi papá fue uno de los primeros que tuvo radio en la región, la gente hacía romería para escuchar las noticias. En las noches de luna íbamos a las fondas camineras a escuchar en vitrola a Leo Marini, Agustín Lara, el Duetto de Antaño... Recuerdo sobre todo una fonda que se llamaba Verdún, un nombre que ha estado presente en circunstancias muy diversas de mi vida.

La situación antes del 9 de abril del 48 ya andaba mal. Mi papá era concejal liberal y eso tenía su problema porque la Iglesia era muy politizada y consideraba a todos los que no fueran conservadores como comunistas. Imagínese que el cura de Belalcázar se paró un día en el púlpito y expulsó a todos los liberales de la iglesia acusándolos de ser seguidores de Satanás. Solo tendrían la bendición de Dios los conservadores y especialmente los que votaran por Mariano Ospina Pérez para la presidencia. Mi papá salió tan ofendido que juró nunca volver a misa.

Yo tenía once años cuando asesinaron a Gaitán, después de ese nueve de abril la región se convirtió en un campo de batalla. Me tocó ver el éxodo rural en vivo y en directo, como dicen los comunicadores, porque las chusmas conservadoras empezaron a asesinar liberales. Es increíble que en un pueblo tan pequeño salieran en un día setenta y cinco familias desterradas. En esas caravanas se fueron todas mis amigas de infancia. En las carreteras se veía a los campesinos cargando en mulas sus corotos; los muchachitos llevaban las gallinas colgadas en varas de guadua y los marranitos cabrestados con un lazo. La avalancha de gente terminó sobre las ciudades.

Para mi papá las cosas se complicaron porque su nombre aparecía en las listas y los pasquines de amenazados, como en las historias de

García Márquez. Decidió entonces no volver a Belalcázar y abastecerse en La Virginia, un pueblo liberal que quedaba a dos horas. Finalmente logró cambiar la finca de café con un señor conservador de La Dorada amenazado por las chusmas liberales. Y trajo la familia para Medellín en el 49.

Mi mamá murió en 1952, tenía 54 años. Los médicos dijeron que tenía cáncer en el páncreas pero yo creo que la mató realmente la pena moral porque mi papá no volvió a pisar una iglesia. Ella era católica a morir pero como era tan sumisa se callaba y se consumía por dentro pensando que su marido se iba a ir derecho a las brasas del infierno. Aunque él era excelente marido, ella nos imploraba que rezáramos por su conversión.

Ese conservadurismo de mi madre lo sufrieron sobre todo los hijos mayores. Uno de mis hermanos todavía se queja de que lo hubiera obligado a votar por primera vez por Mariano Ospina Pérez. Pero peor el caso de una hermana que se fue de monja y aunque se arrepintió, no se retiró por temor de que mamá se muriera con la noticia. Esperó 17 años y sólo después de su muerte decidió retirarse a pesar de las maldiciones de las monjas.

A mí me tocó Medellín cuando era un paraíso terrenal, cuando una muerte violenta era un acontecimiento que duraba en los periódicos mucho rato y se volvía como una leyenda. El desarraigo fue difícil al inicio pero conseguí en el colegio un grupo de amigas que aún hoy se mantiene unido; siempre hay un acontecimiento que nos reúne. Esas compañeras se han aparecido en todas mis tragedias para apoyarme.

Me casé, cuando tenía veinte años, con un primo llamado Fernando Lalinde. A él lo conocí recién llegada a Medellín y desde entonces nos hicimos grandes amigos. Salíamos los fines de semana, pasábamos vacaciones en la finca y aunque nunca tuvimos un noviazgo formal nos queríamos mucho. Cuando terminé mi bachillerato a este hombre le dio por proponerme matrimonio y sin pensarlo dos veces compramos las argollas. La noticia le cayó como un baldado de agua fría a mi papá.

—Él está muy joven y usted debe seguir su carrera de trabajo social —me dijo.

Pero su oposición fue inútil, ya habíamos tomado la decisión. Aunque en esa época estaban de moda lo matrimonios a escondidas, por temor a los papás, yo invité públicamente a mi boda. Mi padre no quiso asistir y ese hecho agrió nuestras relaciones.

Me fui a vivir con Fernando a Envigado y vivimos muy felices durante varios años. Al cumplir la mayoría de edad, que en ese tiempo era a los veintiuno, recibí la herencia de mi madre que nos dio la posibilidad de vivir con cierta solvencia. Compramos una finca cerca del pueblo y allá terminamos de completar la colección de hijos: Luis, Jorge, Adriana y Mauricio.

Pero ese matrimonio empezó a desbaratarse. Fernando se volvió el tipo más botaratas del mundo y nos llevó a la ruina. Además se volvió agresivo y a cada momento amenazaba con irse. A mí nadie en la vida me había tratado mal, no estaba acostumbrada a los disgustos, a vivir en guerra, ese no era mi estilo de vida. La situación se agravó del todo en la navidad de 1962. El 7 de diciembre, día en que las familias salen a las aceras a prenderle velas a la virgen, él se fue de pesquería. Yo sentí una gran nostalgia al ver los niños del vecindario en compañía de sus padres. Cuando regresó, discutimos y amenazó de nuevo con irse.

—Piénselo, porque si se va, aquí no vuelve a entrar.

Palabras de profeta. Se fue y a los pocos días le mandé su ropa. En 1962 una mujer separada era un lastre, en ese tiempo se pensaba que el matrimonio bueno o malo era para toda la vida. Como las mujeres siempre hemos vivido sometidas, pensábamos que no éramos capaces de defendernos solas, pero me enfrenté a la crianza de cuatro hijos y salí adelante.

Claro que recibí apoyo afectivo y económico de mis hermanas y mis cuñados. Amanda por ejemplo me ayudó a conseguir una casa en un programa de la Alianza para el Progreso. Un día también se aparecieron tres compañeras del grupo del colegio a ofrecerme apoyo y desde entonces se comprometieron con la educación de Luis, ellas lo educaron desde el kínder hasta el bachillerato.

Aunque mi papá me presionaba para que legalizara mi separación decidí esperar a ver si Fernando recapacitaba, pensaba en el remordimiento que me daría si él volvía y el matrimonio ya estuviera disuelto. Pero le puse término a las cosas, esperé cinco años para iniciar la separación legal. Él se fue a recorrer mundo y sólo lo volví a ver once años después.

Me producía una gran angustia seguir dependiendo de la ayuda económica de la familia, entonces me dediqué a buscar trabajo. No sabía hacer nada pero tenía la gran ventaja de ser bachiller, que en esa época para una mujer era mucho.

En el 63 conseguí trabajo temporal en el almacén Ley ubicado en el famoso y miedoso Guayaquil, lleno de bares, prostitutas y atracadores. Yo le tenía pánico a Guayaquil. Imagínese que cuando estudiaba en el colegio La Presentación, el bus pasaba por ahí y la monja que nos acompañaba se paraba al frente y la teníamos que mirar para que no atisbáramos para la calle. Y como por un castigo, me vi de pronto llena de prejuicios metida de pies y manos en Guayaco. El primer día de trabajo llegué a la casa con cuarenta grados de fiebre. Al principio iba de gafas oscuras porque me moría de la pena que algún conocido me viera por allá.

Cuando terminé el contrato solicité una vinculación permanente.

—El problema es que no tenemos vacantes en las oficinas...

—Yo trabajo en lo que sea, me abro paso a brazo partido.

A los seis meses me llamaron para que manejara una sección de telas en el mismo almacén. Con el tiempo terminé adaptándome al ambiente y le perdí el miedo a las coperas que iban con tremendas minifaldas y oliendo a trago, a comprar cortes de terlete. Me hice tan amiga de ellas que siempre me esperaban para que las atendiera y en la navidad me llevaban regalos.

Al año me entraron a estudiar secretariado al SENA y fui trasladada a las oficinas de la avenida La Playa donde trabajé siete años, hasta que papá me ayudó a conseguir esta casa y me abrió una cuenta en un banco, donde me consignaba mensualmente con la condición de que me dedicara exclusivamente a los hijos. Vivimos divinamente hasta el año 74, época en la que ingresé nuevamente a trabajar porque a mi padre se le olvidó que la inflación existía y no incrementó nunca el aporte. Como había estudiado Cooperación Social y Recreación Dirigida ingresé al área de bienestar de la empresa. Dedicué mi vida al trabajo y a la crianza de los hijos.

Luis Fernando estudió bachillerato en el Seminario Mayor de Medellín. Allá adquirió una gran sensibilidad social porque desarrollaban su apostolado en los barrios más pobres de la ciudad. Él se quería ir de sacerdote pero finalmente se metió a estudiar sociología en la Universidad Autónoma. Durante el gobierno de Turbay Ayala, que fue tan represivo, lo detuvieron en una carpa de obreros en huelga, a mí me pareció normal que como sociólogo se interesara por las cosas que pasaban en el país. Cuando me dijo de su militancia en la izquierda, aunque no la compartí, respeté su decisión, como he respetado casi todas las decisiones de mis hijos; pero me preocupaba mucho su seguridad, temía que le sucediera algo.

Tenía 26 años al momento de su desaparición y ya era, más que mi hijo, mi amigo. Nos unía la sensibilidad social aprendida de la educación religiosa, el gusto por el cine y el teatro, y las conversaciones sobre el país.

A mediados de septiembre me comentó que iba a salir por unos veinte días. Debía realizar una gira para organizar una reunión nacional del Partido. Una noche, estando él ausente, tuve una pesadilla: Lo vi en una casa campestre de paredes blancas y puertas verdes, grandes patios y mangas. De pronto se inició una balacera y una cantidad de muchachos salieron corriendo de las piezas. Cuando vi a algunos heridos me desperté. Mucho tiempo después supe que ese sueño no fue gratuito y que por ese raro sentido de la intuición que tenemos las madres, significaba algo. El caso es que Luis llegó mucho antes de lo previsto y lo noté intranquilo. Le comenté de mi pesadilla.

—Mamá, ¿pero a usted qué le pasa? Todo está bien.

Volvió a salir el dos de octubre a la una de la tarde. Le dijo a los hermanos que si no llegaba antes de las diez de la noche regresaría al otro día temprano. A mí me empezó la preocupación el miércoles por la tarde y el jueves ya estaba desecha.

—Mamá, ¿usted cuándo va entender que Luis es muy tranquilo? — me dijo Jorge.

—Pero Luis dos días no se queda con la misma ropa, y salió sin equipaje. El que llame a preguntar por Luis hay que preguntarle a ver qué sabe. ¡Qué aparezca alguien a decir algo por Dios!

El sábado apareció Gustavo, un compañero del movimiento.

—Parece que a Luis Fernando lo detuvieron en Jardín, pero no estamos seguros.

Gustavo se llevó los documentos comprometedores que encontramos en su pieza, previendo un posible allanamiento.

Como en la primera detención los militares me habían tratado muy bien, pensé que la cuestión era sencilla e inmediatamente empezamos las gestiones. Revisando entre sus papeles encontré un poema de Bertold Brecht que decía:

*"Primero se llevaron  
a los comunistas,  
pero a mí no me importó  
porque yo no era comunista.  
Enseguida se llevaron  
a unos obreros,  
pero a mí no me importó  
porque yo tampoco era obrero.  
Después detuvieron a los sindicalistas,  
pero a mí no me importó  
porque yo no soy sindicalista.  
Luego apresaron a unos curas,  
pero como yo no soy religioso  
tampoco me importó.  
Ahora me llevan a mí  
pero ya es tarde."*

### 3.

El timbre me despertó cuando apenas clareaba el día. Corrí a abrir la puerta y lo encontré ahí, con su risa, con su manera de ser, su serenidad.

—Luis, por favor ¿dónde has estado? Te hemos buscado por todas partes. ¿Qué te habías hecho, por qué no avisaste?

—Mamá, yo sé que me han buscado.

—Pero entonces, ¿por qué no habías llamado?

—No tenía manera de comunicarme.

—¿Pero dónde andabas?

Y su imagen empezó a desvanecerse.

—¿Dónde estabas?

Siempre que sueño con él y le pregunto dónde estaba, me despierto. El amanecer es muy duro porque cada día revivo lo que le sucedió a

Luis, vivo en carne propia su dolor. La desaparición es peor que una pesadilla, del terror de la pesadilla se despierta, ¡uff! y pasa, todo era una mentira. Pero aquí es al contrario, uno sueña con el reencuentro, se ríe con alegría y se despierta al dolor de la realidad, de la ausencia. Es muy triste cuando uno despierta.

Cuando supimos que Luis había sido detenido en Jardín, empezamos a buscarlo. Localicé al doctor Héctor Abad, presidente del Comité de Derechos Humanos, para que me orientara.

—Vaya averiguando por su lado y yo hago todo lo que esté de mi parte y vamos hablando —me dijo.

Un amigo de Jardín le contó al doctor Abad que el 3 de octubre habían detenido y torturado a un muchacho en la vereda Verdún. De inmediato elaboramos un oficio para llevar a la seccional de la Procuraduría en Medellín, pero nos dijeron que debíamos llevarlo a Manizales porque el batallón era de esa jurisdicción. Empezó el vaya y vuelva. Que a la cárcel, que a la inspección, que al batallón, que al juzgado. Jorge estuvo una semana en esas. El 24 de octubre el comandante del batallón de Riosucio negó que lo hubieran detenido. Sin embargo un soldado le dijo que a Luis sí lo habían capturado y dejado en libertad en el propio Jardín.

Jorge se fue para Jardín el 3 de noviembre, llevó la última foto que tenemos de Luis. Es una fotografía en blanco y negro donde está con el puño izquierdo en alto, camisa blanca con un brazalete y con los ojos mirando hacia arriba.

—Usted no necesita foto para buscar a su hermano porque es muy parecido a usted. Él es un poquito más alto, tiene bozo, el pelo un poquito más oscuro, de resto son igualitos —le dijeron en la vereda Verdún.

Según los campesinos Luis llegó el martes dos de octubre en la nochecita, con la misión de rescatar un guerrillero herido, pero se encontró con que al muchacho ya lo habían sacado de la región. Al amanecer cuando iba subiendo por el camino, de regreso para Medellín, vio que venía una patrulla del ejército. Se devolvió pero se encontró de frente con otra patrulla. Lo agarraron, lo golpearon y le preguntaron por la guerrilla. El suplicio lo vieron hasta los niños de la concentración escolar. En la noche lo montaron en un camión y arrancaron por la carretera de Ventanas que lleva al municipio de Riosucio.

El 6 de noviembre me fui para Bogotá; por medio del Partido conseguí cita con el procurador delegado para las Fuerzas Militares, el general Nelson Mejía Henao que, entre otras cosas, me recibió de muy mala gana.

—Aquí no hemos oído nada, búsquelo en otra parte. Si murió en combate debe estar enterrado en el monte —me dijo.

Según el general, Luis había sido enterrado en la montaña. El 5 de septiembre las tropas del batallón de infantería Ayacucho, adscrito a la

VIII Brigada, iniciaron el "Operativo Cuervo" que pretendía aniquilar una columna del EPL asentada en la zona rural de Riosucio. Los guerrilleros lograron evadir el cerco y salir hacia Jardín. El ejército dijo que en ese enfrentamiento murieron varios guerrilleros. El 25 de septiembre hubo nuevos combates y se presentaron más muertos. Aunque se había firmado la tregua, vigente desde el 30 de agosto, el ejército realizaba acciones ofensivas contra la guerrilla. Estos incidentes contribuyeron a que no prosperara el proceso de paz. Según eso, Luis había sido enterrado en la montaña, después de los combates.

—Es que nosotros en una balacera no tenemos tiempo de enterrar muertos, hacemos un hoyo y a todos los tiramos ahí —me explicó el general.

—Lo que pasa general es que mi hijo no pudo haber muerto en esos combates porque él estuvo en mi casa hasta el 2 de octubre.

Ese hombre fue entrando en cólera. Además creo que olió que mi acompañante, una muchacha del Partido, era comunista porque la trató muy mal.

—Usted siquiera puede venir aquí a reclamar a su hijo, ¿nosotros a quién le vamos a reclamar los soldados? ¿A Tirofijo?

El general daba alaridos. En ese momento me acordé de mi mamá que con su serenidad decía: El que grita es el que no tiene la razón.

—Un momentico general, yo no vine a aguantarle su agresividad, vengo a que me diga qué hizo el Ejército de Colombia con mi hijo.

—¿Y qué hacía su hijo por allá? ¿En qué andaba metido?

—Yo no le estoy diciendo que mi hijo es un monaguillo y que el ejército lo sacó de la sacristía. Él milita en el Partido Comunista Marxista-Leninista. Viajó a Jardín a rescatar un guerrillero herido. Aún en las peores guerras hay tiempo para recoger los heridos y enterrar los muertos. No concibo que él se haya desaparecido en manos de una patrulla militar y que ustedes no me den razón.

Al final fue bajando la agresividad, pidió un boletín de donde leyó la historia de "Un N.N., alias Jacinto, enterrado en una montaña..."

—General, Luis Fernando andaba con sus documentos, no tiene por qué estar como N.N. Los campesinos dijeron que el ejército le quitó sus papeles de identidad.

—Regrese a su trabajo. Yo investigo y le comunico cualquier novedad —me dijo.

Volví el 14 de noviembre. Le pedí a Dios que me espantara el miedo y me diera verraquera para enfrentármelo, pero el general andaba en una formalidad hasta rara. Me repitió la historia de Jacinto.

—Aldemar y Jacinto son dos guerrilleros que el ejército detuvo en Jardín. Jacinto fue dado de baja cuando intentaba huir y Aldemar está detenido en la cárcel de Manizales.

—¿Puedo ir a visitar a Aldemar en Manizales? —le pregunté.

—No vaya a Manizales, ni a los batallones que a lo mejor la tratan mal —me dijo.

Me presentó a una oficial del ejército con la que me debía seguir entendiendo.

—¿Tengo derecho a saber si el N.N. muerto es mi hijo?

—Ese derecho no se lo puede negar a usted nadie en el mundo —me dijo la oficial.

Eso me dio una gran tranquilidad. Salí de la entrevista decidida a irme para Manizales, llamé a Jorge para que me acompañara.

En la cárcel de Manizales no figuraba ningún detenido con ese nombre, ni con ese alias. En la ciudad de Armenia, el comandante de la VIII Brigada me dijo que en la montaña había varios cadáveres sin identificar, y que Aldemar había sido detenido en Riosucio y estaba trabajando para el ejército.

Nunca pude hablar con Aldemar, supongo que es el enruanado del que hablaron los campesinos de Verdún. Eso fue un viacrucis con Judas y todo. Después de ese recorrido me di cuenta que Luis Fernando era un desaparecido. En el camino de Verdún a Ventanas lo despojaron de los documentos, del nombre, lo volvieron noche y niebla. Yo no creía en los desaparecidos, sabía que eso pasaba en las dictaduras militares pero no en un país que se dice democrático como Colombia.

Han pasado desde entonces ocho años, han sido ocho largos años en los que cada día he luchado con la esperanza de que Luis aparezca. La gente que no ha vivido esa realidad no lo entiende y dice: Déjele eso a Dios, esa es su voluntad. Yo tengo muy claro cuál es la voluntad de Dios y cuál es la voluntad de los hombres; no acepto que la religión sea utilizada como mecanismo de impunidad, es una herejía decir que es voluntad de Dios que haya violencia.

Es un drama desgarrador: ¿Qué sentido tiene seguir esperando indefinidamente un reencuentro? Mantener vivo el recuerdo es echarle sal a la herida. Pero, si está en algún lugar y lo dejo de buscar ¿qué? Me piden resignación, pero para resignarme necesito la evidencia: Este es Luis Fernando, ya sé que está muerto, le voy a dar cristiana sepultura. No lo puedo enterrar sin encontrarlo, ni siquiera en los sueños lo hemos visto muerto. Según la doctrina de la Iglesia, el cuerpo es el templo del Espíritu Santo, por eso existe el rito del entierro, donde a uno le oran y luego lo llevan a un lugar sagrado. Todas las culturas del mundo tienen una ceremonia para despedir a sus muertos. El cuerpo no puede ser tirado, ni abandonado como si fuera un perro, como ocurre tanto en nuestro país. Todos tenemos derecho a ser enterrados de acuerdo con las creencias.

Mil veces hemos repetido la historia: Salió de la casa con unas botas de cuero negro Uniroyal, pantalón azul, camisa caqui y un buzo de lana gris. Mil veces ... Luis Fernando mide 1.78, tiene cabello ondulado castaño, ojos cafés, es acuerpado y de muy buen genio. Era amigo de todos los abuelos de este barrio, se portaba bien con los niños... hay una vecinita que lo extraña mucho.

El ejército siguió hablando de Jacinto y negando la detención de Luis Fernando<sup>3</sup>. Yo en mi primera visita le solicité al doctor Arnaldo Ayos, juez 121 de Instrucción Penal Militar, encargado del caso, que me informara cuando fuera a realizar la exhumación de "alias Jacinto" para estar presente, pero se negó rotundamente por temor a que la guerrilla le tendiera una emboscada. La realizó al día siguiente de mi visita, es decir el 21 de noviembre, pero sólo me lo comunicó el 6 de diciembre. En el acta de exhumación dice que N.N. alias Jacinto iba de camisa caqui, pantalón azul con la leyenda Exportación Ctv-lycra, pantaloncillos de nylon talla 36, botas de cuero negro marca Uniroyal y buzo azul. Dijeron que no fue posible tomarle las huellas dactilares porque el cadáver no tenía piel en la yema de los dedos. Esa exhumación la hicieron a los cuarenta y cinco días, sin embargo los antropólogos forenses me han dicho que los pulpejos duran varios meses<sup>4</sup>.

Jacinto tiene muchas coincidencias con Luis Fernando, pero el problema es que el ejército nunca permitió acceder al cadáver. Todos, hasta el comandante de la Brigada, supuestamente olvidaron el sitio donde realizaron la exhumación. Los militares de América Latina han sido bastante desmemoriados. Si me hubieran entregado el cadáver, no habría podido probar que fue un asesinato y no un intento de fuga, y me habría resignado. Pero como han dicho tanta mentira y han puesto tanta niebla alrededor de esa historia me hacen dudar de que Luis Fernando esté muerto.

Oscar Wílliam Calvo, el vocero legal del EPL en las negociaciones, me dijo en el 84 que alguien del M-19 había visto a Luis Fernando en un lugar clandestino de detención. Otros dijeron que había estado encapuchado y herido en un batallón. En medio de rumores e incertidumbres llegó la navidad de ese primer año. La ausencia de Luis se me asentó como una pesada pena que empezó a consumir mi espíritu y mi cuerpo. Muchos más me aconsejaron que aceptara la realidad, que dejara las cosas así, que con los militares no lograría nada. Pero yo no podía dejar las cosas quietas para pensar en el descanso, sabía, como lo sé hoy, que aunque renunciara a la búsqueda ya no sería posible conciliar el sueño con algo de paz en el alma.

Al iniciar el año 85 los amigos de Luis Fernando y los dirigentes del Partido dejaron de visitarme. Se acostumbraron. Fue quedando sólo la solidaridad de los compañeros de causa y dolor, los familiares de otros desaparecidos que fui conociendo en mi búsqueda. Conocí a Doña Margarita, que tiene dos hijos desaparecidos, compañeros de militancia de Luis; a Carmenza, que le sacaron a su esposo, un sindicalista, de la cárcel del municipio de Nare; a la mamá de José Mejía... A ellos me unió la historia común, el saber que teníamos los mismos sueños y las mismas pesadillas. Me encontré con una realidad abrumadora: Según las estadísticas oficiales existen más de 1.800 desaparecidos y miles de personas son enterradas como N.N.

Me afilié al gremio más triste del mundo: La Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (ASFADDES). Una unión del dolor que se mantiene sobre todo por la tenacidad de las mujeres; a nosotras es a las que nos duele más el hijo, o el esposo, o el hermano. Todos los jueves a la una de la tarde en el Parque Santander de Bogotá se reúnen los familiares para decirle al país, especialmente al gobierno, que hay muchas personas ausentes en los hogares colombianos y que los siguen esperando. Es algo similar a lo que hicieron las famosas Madres de la Plaza de Mayo en Argentina que se convirtieron a fuerza de tenacidad en uno de los principales corrosivos de la dictadura militar.

Todos los familiares de desaparecidos hemos pasado por lo mismo. Hemos recurrido a todos los poderes posibles para encontrar nuestros seres queridos. En Bogotá, recién ocurridos los hechos, mi hermana Amanda fue donde una señora que echa cartas que sin saber absolutamente nada le dijo:

—Hay alguien de su familia que aparece tras las rejas, en un drama muy horrible, está como detenido...

Amanda quedó tan sorprendida que a los pocos días me llevó, y sin decirle quién era yo, me echó las cartas y apareció otra vez la historia.

—Él aparece en un lugar montañoso, donde hay mucha neblina, no está en una celda pero está vigilado....

Me dio muchas esperanzas. Yo encontraba lógica la historia, pensaba en el campo de concentración del que me habían hablado, no me parecía imposible.

En este país muchos avivatos se han aprovechado del desespero de los familiares y les han sacado enormes fortunas prometiendo que van a hacer aparecer a sus seres queridos. Pero no conozco un solo caso en el que algún brujo o adivino haya dicho cosas certeras. A uno no le queda otro camino que volverse detective y recoger sus propias pruebas para tratar de llegar a algo. Claro que uno en medio del desespero se aferra a lo que sea.

Algunas veces pienso que a Luis lo dejaron loco de las torturas y que puede andar como un mendigo callejero. Cuando voy por el centro, miro los rostros buscando un rasgo que me dé su imagen. También he visitado los centros donde albergan personas con problemas mentales. Muchos de los miembros de ASFADDES han recorrido las orillas del río y las grandes avenidas buscando sus familiares debajo de los puentes.

ASFADDES dice en su consigna: ¡vivos se lo llevaron, vivos los queremos! Pero yo soy muy realista: Si Luis está muerto que me devuelvan el cadáver, para acabar definitivamente con esta incertidumbre, con el drama de todos los días. Yo no soy capaz de hacer lo que me sugirió el general Nelson Mejía: "Eso fue que quedó allá en la montaña y no se preocupe que voy a investigar y piense que

tiene más hijos y que tiene que vivir para ellos". Yo no he descuidado mis otros hijos pero no puedo amarlos olvidando a Luis.

La investigación penal sobre el caso de Luis Fernando la abrió el doctor Bernardo Jaramillo Uribe, juez 13 ambulante de Instrucción Criminal. Él se sorprendió de que trece campesinos, entre hombres y mujeres, testificaran sobre los hechos. Para ellos esa historia fue impresionante, especialmente una señora me dijo que a ella no se le olvidaba ese día porque cumplía años su hijo mayor. En cambio la justicia militar no quiso colaborar con la investigación. En dos ocasiones el doctor Jaramillo, acompañado por mi hijo Jorge, buscó en Ventanas el sitio donde presumiblemente se hallaba el cadáver. Encontraron sólo el indicio de una tierra removida.

Yo le escribí un telegrama al entonces presidente Belisario Betancur. Él tuvo la cortesía de contestarme:

"La paz es para los fuertes de espíritu, y estos deben preservarla para que los demás puedan disfrutarla. Que esa paz nos llegue como bienaventuranza a todos los colombianos".

Y yo le respondí: "He recibido su mensaje de paz y solidaridad. Agradézcole. Sin embargo en su nota no veo ni encuentro a mi hijo desaparecido por acción de los militares que dicen ayudarlo en sus gestiones de paz."

El interés del gobierno se vio en la primera decisión de la procuraduría. El 19 de julio de 1985, el general Nelson Mejía Henao ordenó archivar el proceso de investigación por falta de pruebas<sup>5</sup>. Pero en septiembre de 1987 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, declaró responsable al gobierno colombiano por el delito de tortura y desaparición de Luis Fernando Lalinde<sup>6</sup>. Esa resolución se debe sobre todo a las gestiones que realizó el doctor Héctor Abad Gómez, una persona decisiva en mi lucha porque me ayudó a superar la impotencia y a trascender el caso de mi hijo para pensar también en la suerte del país.

El doctor Abad fue siempre un gran humanista, pero cuando empezó la escalada represiva en el gobierno de Turbay, dudaba de las denuncias que se hacían sobre torturas y asesinatos. Como liberal no creía que el Estado hiciera tales cosas. Se dio cuenta de la realidad a raíz de la detención de su discípulo, el médico Leonardo Betancur. A Leonardo lo detuvieron por supuestas relaciones con la guerrilla y le pegaron la torturada del siglo: Era la época del "phantom", de la picana... A raíz de esa historia, el propio Leonardo Betancur y el doctor Abad fundaron el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Medellín.

Mi hijo Mauricio y yo terminamos trabajando en el Comité, y establecimos una relación tan estrecha con el doctor Abad que cuando se presentó como candidato a la alcaldía de Medellín le colaboramos en la campaña. En eso estábamos cuando lo asesinaron.

El 25 de agosto del 87 Mauricio me llamó a la casa.

—Mamá, por aquí están diciendo que mataron al doctor Abad.

Quedé en tinieblas. Tuve que acostumbrarme a la penumbra para empezar a ver algo. Para mí fue una tragedia porque el doctor Abad fue un amigo y un maestro. Ese día él estuvo hasta las cinco de la tarde en la oficina y luego se encontró con Leonardo Betancur para asistir al velorio de Luis Felipe Vélez, el presidente del sindicato de maestros que había sido asesinado en las horas de la mañana. Cuando pasaron el umbral de la puerta les descargaron las ráfagas; los dos murieron instantáneamente. Esa fue una época gris en Medellín. El doctor Abad y Leonardo habían encabezado marchas donde se protestaba por la racha de asesinatos, y se gritaba esta consigna: "¡Enamorados de la vida y resentidos con la muerte, a la vida por fin daremos todo, a la muerte jamás daremos nada!"

Mauricio participó en la organización de todas esas marchas. Unos días después iba caminando por el centro de la ciudad cuando unos hombres empezaron a perseguirlo en un carro rojo. Acanzó a refugiarse en un almacén.

—Te vamos a matar para que no sigás gritando consignas. ¿Con qué muy enamorado de la vida? —le gritaban desde afuera.

Esos hombres, que andaban sin ningún ánimo de ocultarse, estuvieron un rato merodeando hasta que finalmente se marcharon. Desde entonces empecé a temer por la vida de Mauricio y le insistí para que dejara por un tiempo sus actividades.

Por fin, en diciembre de 1987, la Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares estableció pliego de cargos contra el capitán Jairo Enrique Piñeros, quien era el comandante de la patrulla. Lo acusaban de permitir que el personal bajo su mando "diera trato cruel, impropio y descortés al señor Luis Fernando Lalinde Lalinde o N.N alias Jacinto", desacatando las más elementales normas de cortesía, desconociendo los derechos humanos y las garantías supraleales consignadas en nuestra carta magna. De permitir degradantes métodos de tortura y vejámenes en presencia de gentes de la región y especialmente de niños. Y a los subtenientes Samuel Jaimes Soto y Jaime Andrés Tejada los acusaban de participar en los actos violentos y el trato cruel<sup>7</sup>.

En su primera defensa los acusados dijeron: El 3 de octubre capturamos a un sujeto conocido como N.N. alias Jacinto, quien trató de emboscar la patrulla. En varias oportunidades trató de fugarse y en uno de esos intentos fue dado de baja por tratar de arrebatar el fusil al centinela. Desconocemos al señor Luis Fernando Lalinde Lalinde<sup>8</sup>.

En julio de 1988 la procuraduría sancionó con solicitud de suspensión de treinta días al capitán Jairo Enrique Piñeros Segura y al subteniente Samuel Jaimes Soto<sup>9</sup>. De nuevo se defendieron, solicitaron reposición el 12 de septiembre de 1988. Argumentaron que no se encontraban en la patrulla a la que se le imputan las acusaciones, y

hacen recaer la responsabilidad en el subteniente Jaime Andrés Tejada quien falleció por esos días<sup>10</sup>.

La sanción fue ratificada, pero el entonces procurador Horacio Serpa Uribe la consideró inocua y pidió que la investigación continuara. En su providencia dijo: "Los hechos relacionados por los testigos son ciertamente escabrosos: Que a un hombre luego de capturarlo y desarmarlo, se le amarre, cuelgue, golpee e injurie, es conducta irresponsable y criminal, que se torna inexplicable, de ninguna manera justificable y severamente sancionable, si los protagonistas de tan deleznable proceder forman parte de las Fuerzas Armadas del país. Sin perjuicio de las sanciones a que en materia criminal sean acreedores los responsables de tan reprochable acción, lo menos que pudiera hacerse en el aspecto disciplinario, que es el que corresponde atender a la procuraduría, sería el solicitar su retiro del cuerpo militar, al que se deshonor en su augusta dimensión con tan viles proceder" <sup>11</sup>.

El 16 de septiembre de 1988 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos ratificó la condena al estado colombiano, pero cambió los términos de tortura y desaparición, por los de tortura y muerte. Además reiteró la solicitud al gobierno de que permitiera la exhumación y entrega del cadáver a la familia<sup>12</sup>.

Con la decisión de la procuraduría y la ratificación de la decisión de la OEA, nosotros esperábamos que algo nos iba a suceder.

—¿Como nos irán a cobrar esto? —le pregunté a Mauricio.

—Seguro que nos allanarán, pero ¿qué hacemos? Saquemos los documentos de Luis Fernando —me respondió.

—Si nos allanan esas cosas son las de mi hijo. Allá ellos si se las quieren llevar.

Estábamos preparados para lo que fuera, ya teníamos callo.

#### 4.

El domingo 23 de octubre de 1988 iba para misa cuando sonó el teléfono, la llamada era una equivocación que me pareció muy extraña, pero salí sin comentar nada para que mis hijos no me dijeran paranoica. Vi que eran las 8 y 45.

Jorge dormía profundamente cuando Adriana corrió a despertarlo.

—Jorge, ¡nos están allanando la casa!

Él se voltió y siguió durmiendo. Se despertó con la sacudida que le pegó un soldado, abrió los ojos y se encontró con un fusil. Lo hicieron vestir y bajar al cuarto de Mauricio. Como tenía mucho sueño se acostó de nuevo. Entredormido escuchaba las conversaciones de los soldados.

—Hombre yo no entiendo esta hijueputa letra.

—En este hijueputa desorden no encuentro nada —decía otro soldado.

Mauricio tiene una letra que no se la entiende ni él mismo, tiene una dislexia, y además es el más desordenado de la casa. Jorge se moría de la risa en medio de su sueño.

Al regresar encontré la cuadra completamente militarizada y mi casa invadida. Entré. Cuando iba por el corredor oí la voz del doctor Abad. En mi pieza encontré a un teniente sentado en la cama, escuchando mis cassettes. Me dio la ira del siglo porque en mi cama no se sienta nadie. Estaban esculcando el closet.

—¿Dónde está la orden de allanamiento? —le pregunté al teniente.

Nos sentaron en la planta de abajo mientras revisaban toda la casa. Por último esculcaron las cosas de Luis.

—Vea teniente, mi hijo es militante del Partido Comunista, de tal manera que todas las cosas que va a encontrar ahí son comunistas. Él está desaparecido hace cuatro años y yo no he sacado eso, ni lo pienso sacar, porque esa es su presencia en esta casa —le advertí.

Ya se iban a retirar cuando se agachó y recogió dos bolsas de un rincón del closet.

—Señora ¿y esto ?

—¿Qué es eso?

—Pues la coca —respondió sin abrir siquiera el paquete.

—¿Coca?

Pellizcó uno de los paquetes y probó.

—Señora, esto es coca.

—Yo la coca la conozco pero en televisión, en mi casa nunca ha habido coca.

—Entonces, ¿usted cómo explica la presencia de estos dos paquetes aquí?

—Señor, eso lo tiene que saber mejor usted, con lo único que yo trafico es con papeles, denunciando la desaparición de Luis Fernando por parte de una patrulla militar.

—Necesito que cada uno vaya a su alcoba y mire las cosas para que después no digan que la patrulla les robó —ordenó.

—Aquí no falta nada, antes sobra.

—¿Qué le sobra señora?

—Dos kilos de cocaína.

—¿Usted está insinuando que nosotros le pusimos la droga?

—Vea teniente yo no afirmo ni niego nada. Ese closet lo he arreglado muchas veces, ahí no había nada. De eso estoy segura.

Decidieron llevarme detenida y Jorge no aceptó que me llevaran sola.

—Avísele a la abogada y a Mauricio le dice que por favor se pierda, que no me busque, que yo salgo adelante sola, que no vaya a intervenir —le dije a Adriana.

Nos llevaron al Batallón Bomboná, ubicado en el antiguo Seminario Menor de Medellín, un edificio que conocía bastante puesto que allí estudió su bachillerato Luis Fernando. Esa misma tarde me

interrogaron. Entró un militar grandotote con su séquito, abrieron una caja de seguridad y tendieron sobre el piso los periódicos "Revolución", unas banderas de partidos comunistas de diversas partes del mundo que Luis tenía guardadas, y la cocaína. Les respondí lo mismo que al teniente. Me sentía en una obra de teatro. Todas esas cosas las metieron en una caja fuerte.

Los militares dijeron tres veces que no estábamos detenidos en el Batallón Bomboná, pero a las seis de la tarde ya los tenía locos el rirrin del teléfono. Empezando la noche, la abogada logró que reconocieran que estábamos allá, y que nos dejaran entrar ropa y comida. Nos metieron a un salón de baños con olor de letrina, que sólo iluminaban las lámparas de afuera. Jorge había dormido toda la tarde en una espuma. Me tenían una guardia estricta, tal vez por mi alta peligrosidad.

—¿Dónde quiere dormir? —me preguntaron.

—En mi casa —les respondí.

A Jorge lo dejaron arriba y a mí me acomodaron un colchón con cobijas nuevas en la oficina del primer piso donde me habían interrogado. Algunos soldados se acostaron en la misma habitación. Al poco rato se quedaron dormidos, con el televisor prendido y durmieron como lirones. Cuando se asomó la luz del día subí con mucha ansiedad para ver a Jorge. El temor de otra desaparición me rondaba. La segunda noche preferí dormir con él. A la media noche llegaron unos soldaditos mojados y hambriados. Venían de hacer batidas y no encontraron comida. Los primeros se roban la comida de los otros, y nuestro centinela se quedó sin comer.

—Aquí hay comida —le dije.

—No podemos recibir nada —me respondió.

Monté guardia mientras él comía. A los soldados les toca muy duro. Desde las cuatro de la mañana empiezan a trotar y a cantar contra los comunistas, en medio del frío más terrible; los forman en el odio. Luego se dedican a trabajar con esos fusiles, que son más grandes que ellos. Con ellos me la llevé muy bien, pero mantenía el temor de que me hicieran algo, que simularan por ejemplo un disparo involuntario o algo así. Por eso, apenas medio dormía.

—Matala, matala —escuché que decía un soldado y me sobresalté. Me recorrió un frío por todo el cuerpo y salté para ver qué pasaba.

—Mirá que todavía sigue chapaliando —insistió.

Estaban matando una cucaracha.

—¿Ustedes cómo se ponen a hablar así conmigo aquí? ¡Es el colmo!  
—les dije.

Simplemente se rieron.

A las seis de la mañana pasaron con el desayuno, una cosa que se suponía era café con leche, servida en una taza de peltre toda pelada. Pero, como todo hay que decirlo, la verdad es que ni en mi casa me llevan el desayuno a la cama. Nos llegaba comida de afuera, pero de

todas maneras nosotros sacábamos del menú del batallón, para que no pensaran que les despreciábamos el arroz masatudo y las papas de mal gusto.

Me desesperaba estar todo el tiempo sin hacer nada. Decía: no voy a mirar el reloj. Dejaba pasar un tiempo inmenso y miraba de reojo las manecillas y habían pasado diez minutos. El martes bajamos de nuevo al juzgado y de una vez nos remitieron para la cárcel, a Jorge para Bellavista y a mí para el Buen Pastor. No me preocupé por mí sino por él. El Buen Pastor es como un internado, simplemente iba a recordar la primaria con las monjas, pero Bellavista era en ese momento la cárcel más violenta del país.

El teniente me llevó hasta el Buen Pastor y permitió que me acompañaran Adriana y Amanda que no me perdían la huella. Yo les había dicho que los soldados me trataban cortésmente, que se limitaron a allanar con un libreto prefabricado.

—No les digan vainas, ellos no son responsables, la cosa viene de muy arriba —le dije a Amanda.

Entré a la cárcel a la una de la tarde del martes.

—Está detenida por el 180, estatuto antiterrorista —me dijeron.

Me metieron sin almorzar en un calabozo hasta las cinco de la tarde. Preferí instalarme en las celdas colectivas, unos salones grandes con una fila de catres, donde se podía conversar y ver televisión. Me robé un colchón para cuadrar mi cama y la organicé bien para que no se notara. En la noche me pasaron por un noticiero de televisión como narcoguerrillera con banderas del EPL, con drogas, armas... Todo lo que recogieron en esos días me lo pusieron a mí. En el periódico también apareció la noticia con tremendo despliegue: "Una operación de las unidades del ejército permitió capturar a Jorge Iván Lalinde y Fabiola Lalinde, quienes fueron hallados en poder de propaganda, brazaletes y dos kilos de pasta de coca"<sup>13</sup>.

A Jorge lo metieron al patio 2 de Bellavista, con los presos políticos, gracias a los contactos de una sobrina. Entonces pensé: Adriana está con Amanda, Mauricio está seguro y Jorge está bien; esto lo voy a tomar como unas vacaciones.

En la cárcel me encontré todo tipo de gente. Había una niña ingenua que compró una moto robada; otra que estafaba con tarjetas de crédito; una señora muy humilde de Lovaina que vendía basuco; una niña empleada de servicio acusada de habersele robado unos dólares a la patrona; una maestra que se llevaron los del ejército porque no encontraron al hermano... Aquí se viola el principio universal de que todos somos inocentes hasta que no se demuestre lo contrario, a la gente le toca demostrar que es inocente. En la cárcel están los ingenuos o los delincuentes menores, los peces gordos se saben todas las marrullas para evadir la ley.

Nos levantaban como a las cuatro de la mañana a coger turnos de baño y arreglar el dormitorio. A las seis y media el desayuno y el

conteo. La dieta del Buen Pastor la puse la "dieta Barco". El desayuno, chocolate aguado con pan. A las diez de la mañana, aguapanela. De vez en cuando un almuerzo titino, con ensalada y todo, pero generalmente es regularcito. Como a las cuatro dan Moresco y por la noche arroz con papa y salchichas. Esa semana me tocó servir en la cocina, hice unos pequeños hurtos para mejorar mi dieta.

El juez me interrogó en la cárcel y me ahorré la montada en "la jaula de las gallinas", el temido furgón donde bajan a las detenidas a los juzgados. Le exigí al juez que investigara hasta el final.

El domingo me llamaron a las seis de la tarde de la dirección para entrevistarme con la Comisión de Trabajo de las Naciones Unidas sobre desapariciones forzadas. Ellos no tenían programada la visita a Medellín, pero la hicieron a raíz de mi detención. Le cerraron la puerta al séquito de autoridades. Había un señor que era la imagen viva del doctor Héctor Abad, parece que se hubiera encarnado para demostrarme su solidaridad.

—¿Por qué está detenida?

—Por terrorismo —les dije, y ellos se rieron—. Me persigue el mismo sistema que he ayudado a sostener. Mis votos han sido liberales y pago cumplidamente mis impuestos.

Como por alquimia la detención terminó a favor mío, viví la solidaridad y sentí la compañía de los verdaderos amigos. Definitivamente el infortunio es el colador que sirve para cernir las amistades. Quienes creen en uno lo acompañan hasta el final, sin importar las infamias de que seamos víctimas. Una vida digna y honesta es un escudo protector contra los dardos envenenados que nos lanzan. La solidaridad humana es el pilar que nos sostiene y nos sirve de apoyo en los momentos en que todo parece derrumbarse a nuestro alrededor. Si a la solidaridad de la familia y de los amigos personales se suma la de los que no conocemos, gentes de todos los rincones del mundo, uno se siente capaz de soportar cualquier tragedia.

—Señora, nosotros sentimos un gran respeto por usted —me dijeron los miembros de la Comisión de la ONU al despedirse.

Ese mismo día había recibido la visita de mi familia y mis jefes. Además recibí gran cantidad de mensajes de cariño de todos aquellos que creían en mí y en mis hijos. De nuevo estuvieron presentes mis antiguas compañeras del bachillerato que no me han abandonado en ninguna de mis tragedias. Por la noche, en mi cama, pensé: Dios mío, en la adversidad tengo un millón de amigos, ¡qué afortunada soy! A partir de ese momento cambió mi situación y dormí profundamente. Si todos fuéramos solidarios, este país encontraría el camino de la paz.

Salimos con libertad incondicional el 3 de noviembre, el día del cumpleaños de Mauricio. Yo no me considero expresidiaria sino egresada del Buen Pastor; en la cárcel me curé de todo, tuve una purificación. Antes, cuando salía de la casa miraba si había gente rara, sicarios, si me seguían; mantenía una gran obsesión. De eso sí me

curé, ya no importa nada, no porque sea guapa sino porque no me interesa. Si me comparo con toda esta juventud que han ido eliminando, yo que tengo más de medio siglo auestas, me siento como si hubiera vivido más de doscientos años. Ya estoy en el futuro. Desde que salí del Buen Pastor dejé de preocuparme por lo que me pudiera pasar y me dediqué a aprovechar la vida para buscar la verdad, no importa lo dolorosa que ella sea. La incertidumbre es más espantosa.

La lucha por los derechos humanos en Colombia es una carrera de obstáculos desde todo punto de vista. Primero porque es un riesgo inmenso. Ya han asesinado cuatro miembros del Comité de Antioquia: Luis Fernando Vélez, Héctor Abad, Carlos Gónima, Leonardo Betancur; y además muchos han tenido que ir al exilio ante el riesgo de muerte o desaparición. Y segundo porque las organizaciones de izquierda quieren manipular el trabajo, lo quieren volver como un apéndice de su partido y yo no estoy de acuerdo con eso. Yo entiendo que el trabajo es político, porque uno está enfrentando al Estado y se le está cuestionando, pero otra cosa es el trabajo de los partidos. Yo no me he dejado utilizar porque los derechos humanos no son patrimonio de ningún grupo.

El caso de Luis Fernando demuestra que la justicia en Colombia no funciona. Aunque en 1989 la Procuraduría solicitó al Presidente de la República la destitución del Mayor —antes Capitán— Jairo Enrique Piñeres Segura, y del Teniente —antes Subteniente— Samuel Jaimés Soto, unos meses después, la propia Procuraduría declaró "vencidos los términos", es decir que después de seis años, a pesar de las pruebas y de los testigos, los responsables no recibieron ninguna sanción administrativa<sup>14</sup>.

El doctor Bernardo Jaramillo Uribe, juez 13 de instrucción criminal, fue asesinado el 5 de diciembre de 1989. Tenía a su cargo también la investigación sobre la masacre de Segovia ocurrida en 1988, en la que murieron más de cuarenta personas. Con su muerte la investigación de la justicia ordinaria sufrió un grave revés. Realmente había puesto un gran empeño en esclarecer los hechos.

En abril de 1991 las circunstancias de la vida me condujeron donde el famoso herido que Luis intentó rescatar en Jardín. Con lo que me contó pude aclarar algunas cosas que tenía confusas. Según este muchacho, cuando Luis salió de mi casa en septiembre del 84 fue a una reunión con una columna del EPL que acampaba en Riosucio. Como estaban en tregua se dedicaban a actividades rutinarias y a la discusión política. Pero el ejército les tendió una emboscada de gran escala con el objetivo de exterminarlos. A pesar de que ellos solo eran veinte, evadieron el cerco y mataron a varios soldados y un oficial.

—De la guerrilla yo fui el único herido y me lograron sacar cargado en una hamaca caminando dos días por la montaña —me dijo.

Este muchacho recuerda que Luis lo cargó durante todas las jornadas hasta que llegaron a Verdún y que ese mismo día viajó a Medellín a informarle al Partido lo sucedido.

Y el Partido le pidió a su vez que regresara a rescatar el herido. Ese martes Luis Fernando llegó hasta Andes, a una hora de Jardín, y allí le informaron que la zona estaba militarizada, sin embargo siguió el camino. Cuando le informaron que el herido ya estaba afuera decidió pasar la noche y madrugar para Medellín.

Del proceso de paz en el gobierno de Belisario, al país le quedó una enorme frustración y a mí un hijo desaparecido. Mirando la prensa de 1984 con las fotos en colores donde están Oscar William Calvo, el vocero del EPL, con su hermano que se hacía llamar Ernesto Rojas, brindando con los delegados del gobierno, no podría uno imaginarse lo sucedido. Oscar William Calvo fue asesinado en una calle de Bogotá y el proceso de paz llegó a su fin, se rompieron también los acuerdos con las FARC y el M-19, y el país se hundió en la violencia. Después Ernesto Rojas fue asesinado por una patrulla policial que lo capturó en Bogotá.

A lo que asistimos todos los colombianos es a una matanza absurda e inútil que en 40 años no ha podido cambiar ni para bien ni para mal. Está comprobado que la guerrilla nunca llegará al poder por las armas y que el ejército nunca podrá exterminar o liquidar a la guerrilla. Afortunadamente así lo entendieron los del EPL y los del M-19 que entre el 89 y el 90 llegaron a un acuerdo de paz definitivo con el gobierno. Pero todavía hay quienes, a la izquierda y a la derecha, quieren la guerra como el destino de este país.

Yo no soy comunista ni lo seré, porque no soporto la falta de libertad de los estados totalitarios. Pero también entiendo que las guerrillas surgieron en este país por la falta de espacios políticos para la oposición. Por ejemplo, ¿De dónde surgió el M-19? De la imposibilidad que tuvo la ANAPO de llegar por las vías electorales al poder. Quienes han mantenido los privilegios económicos y políticos se han negado a permitir que fuerzas nuevas se puedan expresar, y por eso la guerrilla tuvo su razón de ser. Pero lo triste es constatar que los guerrilleros tienen los mismos vicios de todos los políticos: Utilizan al pueblo para escalar hasta el poder y después se olvidan de él.

El poder, sea del color que sea, se olvida del drama que vivimos los colombianos del común. En este país sólo se hacen campañas fuertes contra el secuestro cuando son afectadas las familias de la aristocracia, ¿pero por qué no se habla de los desaparecidos? Se denuncia a la guerrilla y al narcotráfico porque secuestra, y yo estoy de acuerdo con recriminar esas acciones, pero ¿por qué no se denuncia a las Fuerzas Armadas por sus prácticas sistemáticas de violación de derechos humanos? ¿Finalmente qué es más grave? ¿Qué los que están al margen de la ley secuestren o que la ley utilice los métodos de los delincuentes? Colombia es la muestra patética de lo que le pasa a una

sociedad cuando sus gobernantes terminan actuando como los bandoleros.

Yo me pregunto ¿Qué poder se opone a que yo encuentre a mi hijo? Porque a pesar de la presión de la OEA no he podido siquiera encontrar los restos de Jacinto. En octubre del 91 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos insistió en su solicitud al gobierno colombiano: "No sólo no se ha desarrollado la investigación, ni sancionado a los responsables, sino que la familia de Luis Fernando Lalinde Lalinde no ha logrado que se le entregue su cadáver"<sup>15</sup>.

## 5.

Esta semana Adriana se vio completamente sola en un monte de la vereda Ventanas. Miró hacía arriba y vio la cabeza de una calavera que bajaba precipitada por la pendiente dando tumbos, le pasó por su lado y siguió falda abajo hacia un precipicio sin fondo. Su propio grito, que se fue de eco en eco por las cañadas, la despertó. Habíamos llegado de tener nuestro propio viacrucis de Semana Santa.

Resulta que al juzgado militar que ha llevado el caso de Luis Fernando llegó un nuevo juez. Cuando ya no me lo esperaba recibí un marconi: "Me permito solicitar se sirva comparecer 07:00 horas del 14 de abril - 1992 juzgado 121 penal militar ubicado cuartel general Octava Brigada fin llevar a cabo diligencia exhumación N.N. alias Jacinto trayendo consigo radiografías correspondientes (hijo) Luis Fernando Lalinde". Firmaba el doctor Lara Rueda, Juez 121 de Instrucción Penal Militar. Creo que el gobierno debe haber presionado ante los militares para efectuar la diligencia ante la inminencia de una visita de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA.

O tal vez sería que con mi reciente visita a Verdún, aplazada por más de ocho años, removí los espíritus. Nunca había tenido la fortaleza de recorrer toda la ruta que llevó a Luis hasta la desaparición. En marzo del 92 me decidí y salí por la vía al suroeste hasta descender al cañón del río Cauca. El paisaje reseco y el sol de mediodía no lograron calmarme el frío. El chillido penetrante de las chicharras se fue acentuando en la medida que nos descolgábamos buscando el pueblo de Bolombolo. Luego iniciamos el ascenso, pasando por Hispania y Andes; y nos metimos por una carretera fangosa, que se me hizo conocida, creo haberla recorrido en sueños.

Jardín es un típico pueblo paisa, con calles estrechas, casas de balcones y techos cubiertos con tejas de barro. Tiene un parque adornado con árboles, flores y una fuente. La vereda Verdún queda solo a quince minutos bajando por la carretera que conduce al municipio de Andes. Al llegar a la concentración escolar abandonamos la carretera y cogimos una trocha que el jeep recorrió con dificultad. Luego seguimos a pie por un camino de herradura que desciende en picada hasta encontrar el filo donde está Verdún con sus casas pintadas de colores vivos, las matas florecidas sembradas en canastos, las

veraneras rosadas y moradas extendidas sobre los alambrados. Y ahí hallamos los mismos campesinos, con la misma historia: La pesebrera, la viga, el camino; recordaban como si lo hubieran vivido el día anterior. Me imaginé a Luis como un alma que anda errante por esas montañas buscando su morada, entonces supe que regresaría pronto a buscarlo.

Y así sucedió. Fui con Adriana hasta la ciudad de Armenia el lunes santo. El martes muy temprano salimos rumbo a Ventanas, con una comitiva bastante grande, en total quince personas, y un camión donde iba la escolta militar. Del municipio de Riosucio cogimos la carretera que lleva a Jardín, una carretera pedregosa que se mete por entre peñascos a una selva espesa. Después de treinta kilómetros llegamos a Ventanas. Aunque iban con nosotros el juez Ajos, su secretario y un experto forense que había participado en la primera exhumación, no fue posible hallar el sitio. Definitivamente habían perdido la memoria. Al atardecer nos regresamos a Riosucio. El juez Lara Rueda ordenó que se llamara a un conductor que estuvo en la primera exhumación. Ajos y su secretario dieron por terminada su misión.

—Es evidente su desinterés, ni siquiera por salvar el honor lo disimuló. Él está convencido de que nunca hallaremos la tumba —le dije al juez Lara Rueda.

Regresamos el miércoles y el conductor logró ubicarse. Empezamos a subir la pendiente, primero por un potrero y después por un pinar. Se trataba de encontrar una raíz grande, pero la pista se perdió. No encontraba un alambrado que servía de señal. Caminamos bajo la espesa sombra de los pinos y decidimos salir de nuevo al descampado. Una copa alta de un árbol que recordó de manera prodigiosa vino a salvarnos cuando ya todo parecía perdido y la tarde empezaba a caer. Subí agarrada de los bejucos y de las manos que me extendían; por un terreno resbaloso y húmedo. Por fin quinientos metros arriba de la carretera encontramos la raíz. La tarea ahora era sencilla porque, según recordaba el conductor, a Jacinto lo habían vuelto a enterrar muy superficialmente. Pensé que el ejército no podía haber acampado en un sitio como ese; imaginé que a Jacinto lo habían dado de baja en la orilla de la carretera y lo habían trepado a ese morro no a sepultarlo sino a esconderlo.

Distribuidos en pequeños grupos empezamos a rastrear el terreno, al rato se encontraron algunas vértebras. Se empezó entonces a levantar el capote pero no aparecía nada.

—Este ya no es un asunto de los hombres sino de Dios —dije en voz baja.

Un pequeño rayo de sol se filtró por entre las copas de los árboles iluminando el sitio donde escarbaba la médica legista. Al momento empezaron a aparecer algunos restos, un pedazo de correa negra, un lazo de cabuya sintética con nudos, pedazos de plástico... Me sentí desfallecer. Estaba en ese rincón del planeta, en ese monte, viendo los

restos que había perseguido por ocho años. Mi Operación Cirirí logró por fin que la maquinaria recobrarla la memoria y que se organizara ese operativo. Ese fue el resultado de 2.747 días de lucha minuciosa, dentro de los marcos legales, acopiando documentos, firmas, sellos, constancias, todo lo que requiere una maquinaria que está estructurada para la impunidad; una lucha en la que no traicioné mis convicciones de mujer creyente y amante de la democracia, pero donde tampoco transigí con quienes en este país creen que a las personas se les puede tratar como a cualquier cosa por ser de un bando distinto. Le abrí un hueco a la maraña de embustes y de olvidos.

Pero todo fue una medio ilusión. Piezas claves para la identificación como el cráneo y el maxilar no aparecieron.

—Con las piezas que faltan nunca se sabrá a ciencia cierta la identidad, sólo se podrán tener aproximaciones —dijo uno de los especialistas forenses.

Tampoco aparecieron sus botas, ni los guantes de plástico que según recordaba un experto del DAS, habían enterrado con el cadáver.

—Tal vez los animales los pudieron desenterrar y rodaron falda abajo —dijeron.

—Yo creo que sí fueron los animales, pero los animales humanos. No sólo escondieron el cadáver donde creyeron que nunca llegaríamos sino que además lo desintegraron y lo dispersaron —les dije.

—Eso no se puede probar jurídicamente —me respondieron.

La búsqueda no se pudo continuar porque llegó la noche. Uno a uno los restos fueron empacados en bolsas plásticas. En la alcaldía de Riosucio se hizo un acta de todo el procedimiento. Estoy a la espera de los resultados de algunas pruebas. Ustedes me podrán decir obsesiva, pero yo no me voy a conformar ahora con un pedazo. Tocará ahora empezar a pelear para recoger uno a uno los huesos de N.N. Jacinto, para saber si es mi hijo.

Siento que estoy consumiendo las últimas energías, pero lo voy a hacer no sólo por mi hijo sino por este país. Una gota de justicia no va a cambiar este desierto de impunidad, pero algo es algo. Espero que la providencia me acompañe en esta etapa final de mi lucha.

¿Alguien ha pensado qué va suceder en este país en el año dosmil cuando crezcan los hijos de los detenidos desaparecidos, de los líderes campesinos, estudiantiles y sindicales asesinados; cuando crezcan los hijos de los policías y militares muertos en emboscadas; cuando crezcan los hijos de los secuestrados y de los secuestrados desaparecidos; cuando crezcan los hijos de los guerrilleros acribillados por las fuerzas del orden? ¿Alguien en este país se ha detenido a pensar lo que le espera a las futuras generaciones?

Yo le pido a Dios que no exista para verlo; con lo que me ha tocado vivir es suficiente<sup>16</sup>.

1. *El Camino de la niebla, la desaparición forzada en Colombia y su impunidad*. Bogotá 1988. Liga Colombiana por los Derechos y la Liberación de los Pueblos.

1. Este relato fue elaborado con base en las declaraciones que dieron los campesinos al juez 13 de Instrucción Criminal de Medellín.
3. El 26 de octubre el comandante del Ejército, General Forero Moreno, informaba al entonces Ministro de Defensa, General Vega Uribe sobre los operativos adelantados en el municipio de Riosucio: El 4 de octubre del 84, en la vereda Verdún, fue detenido un N.N. alias Jacinto junto con otro alias Aldemar. Inicialmente Jacinto intentó huir pero fue recapturado en medio de dos disparos de fusil. Posteriormente al ser llevado a la vereda de Ventanas (Riosucio, Caldas) donde se encontraba la sección segunda del batallón, trató de huir nuevamente después de atacar a un centinela y fue dado de baja.
4. Acta de exhumación del N.N. Jacinto.
5. Resolución del 19 de julio de 1985.
6. Resolución de la OEA.
- 7 Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares. Resolución No. 6621, 10 de diciembre de 1987. Pliego de cargos.
- 8 Marzo 17 de 1988 los acusados solicitan presentar descargos. Samuel Jaimes Soto dice textualmente: El subteniente Jaime Andrés Tejada informó en presencia mía que habían capturado un sujeto N.N. alias Jacinto quien había tratado de emboscar la patrulla. En varias oportunidades trató de fugarse y en uno de esos intentos fue dado de baja por tratar de arrebatarse el fusil al centinela.
- 9 Mediante resolución 272 del 22 de julio de este año la Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares sancionó con solicitud de suspensión en el ejercicio del cargo por término de treinta y veinte días a los oficiales del ejército, Mayor Jairo Enrique Piñeres y Teniente Samuel Jaimes Soto.
- 10.12 de septiembre de 1988, los implicados apelan la decisión.
11. Serpa Uribe.
12. Nueva comunicación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.
13. El Colombiano, octubre 25 de 1988.
14. El 12 de septiembre de 1989, José Martín Hernández Maldonado, procurador para las fuerzas militares, mediante resolución 348, solicitó la destitución del Capitán Jairo Enrique Piñeres Segura y del subteniente Samuel Jaimes Soto. Los otros dos procesados ya habían muerto.  
Mediante resolución 168 de 1990 la Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares suspende las sanciones y la investigación, por vencimiento de términos.
15. Octubre 17 de 1991. Última comunicación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.
16. El 20 de mayo de 1992 se realizó una nueva visita a la vereda Ventanas. En esta ocasión fue hallado un cráneo a unos metros de la tumba de N.N. Jacinto, en una pequeña cueva formada bajo las raíces de un árbol. Las autoridades se comprometieron a entregar respuestas sobre la identidad de la persona a la que pertenecía el cráneo. Sin embargo cuatro meses después no se conocía ningún resultado.

## **LA NOSTALGIA DE LA CALLE**

Marta Luz Hurtado es una mujer de pelo negro lacio y piel blanca, que en la actualidad es la directora administrativa de la Fiscalía Regional de Antioquia. Su oficina esta localizada en un viejo convento del barrio El Poblado de Medellín. Desde allí, cuando era directora regional de Instrucción Criminal jugó un papel fundamental en el proceso de sometimiento de los narcotraficantes a la justicia durante los años 1990 y 1991, por lo cual se hizo conocida para los colombianos.

En 1989 el narcotráfico asesinó a Luis Carlos Galán, candidato por el Partido Liberal a la presidencia de la República. La copa se rebosó. Desde inicios de los años 80 las mafias asesinaron a jueces, ministros, agentes de seguridad del Estado, periodistas. Los llamados *Extraditables* libraban una guerra abierta para impedir su entrega a la justicia norteamericana. Después de cada magnicidio el gobierno lanzaba una ofensiva en la que detenía centenares de personas y allanaba miles de sofisticadas propiedades. Pero a los pocos meses todo seguía igual. Los detenidos debían ser liberados y las propiedades devueltas por falta de pruebas. Tras el asesinato de Galán, el presidente Virgilio Barco decidió emprender una guerra frontal contra Pablo Escobar y el Cartel de Medellín.

En esta campaña fue dado de baja el capo Gonzalo Rodríguez Gacha y fueron desvertebradas importantes bandas en la ciudad de Medellín. Pero la respuesta de la mafia también fue contundente; utilizando carro bombas que dejaron centenares de muertos y heridos y miles de damnificados, crearon un ambiente de terror en Medellín, Cartagena y Bogotá. En este contexto de guerra total, la ciudad de Medellín vivió una de las épocas más críticas de su historia. Se sucedieron más de cuarenta masacres contra jóvenes de las barriadas populares y más de doscientos policías fueron acibillados por asesinos a sueldo.

En vista del fracaso de la guerra, en 1990 el presidente César Gaviria redefinió la estrategia para enfrentar el llamado narcoterrorismo. Expidió unos decretos en los cuales se garantizaba que no extraditaría a los Estados Unidos a quienes se entregaran y adicionalmente les rebajaría las penas. En diciembre de 1990 se produjo la primera entrega significativa, la de Fabio Ochoa. Luego siguieron la de sus hermanos.

Pero algunos continuaron la confrontación buscando mayores concesiones del gobierno nacional. Un grupo de periodistas fue secuestrado, entre ellos Diana Turbay —hija del expresidente Julio César Turbay—, quien moriría durante un intento de rescate, y Francisco Santos, hijo de Hernando Santos, director del periódico El Tiempo.

Durante las negociaciones, nunca reconocidas públicamente por el gobierno, Pablo Escobar logró que se le asignara como sitio de reclusión la cárcel de La Catedral ubicada en Envigado y que, mediante un contrato con ese municipio, se estableciera un sistema especial de

selección de la guardia. Un acuerdo en el que tácitamente se le entregó a Escobar el control interno del penal y en el que el gobierno mantendría el control externo con un cerco del ejército nacional. Unos días después de que la Asamblea Nacional Constituyente prohibiera de manera definitiva la extradición de colombianos, se entregaron Pablo Escobar Gaviria y catorce de sus hombres.

Poco antes de la entrega, y a petición del propio Pablo Escobar, un grupo numeroso de periodistas nacionales y extranjeros constató que la prisión, aunque tenía algunas comodidades, comparada con otras penitenciarías del país, no mostraba los lujos exagerados con los que tanto se especulaba.

El país aplaudió y se regocijó con la entrega de Pablo Escobar. Cansados de la guerra los colombianos no repararon en las partes menudas de los acuerdos; sólo unas pocas voces aisladas dijeron que el gobierno se había sometido a las mafias.

Pero en julio de 1992, a un año de la entrega, las cosas cambiaron. El gobierno nacional decidió tomarse la cárcel, de la cual al parecer había perdido el control. Según el Fiscal General de la Nación, se tenían pruebas de que Escobar había seguido manejando sus negocios desde La Catedral y que incluso había realizado allí juicios contra miembros de su organización a quienes mandó ejecutar.

La toma fue un absoluto fracaso. El gobierno y las fuerzas armadas se enredaron en una maraña de órdenes y contraórdenes. Y finalmente la complicidad de la guardia de prisiones y de miembros del ejército, Pablo Escobar y todos sus hombres lograron evadirse. Lo que siguió fue un escándalo mayúsculo, en el que el gobierno mostró su perfecta incompetencia, y una "exhaustiva investigación" que nunca tuvo mayores repercusiones.

Una nueva visita de los periodistas a la Catedral comprobó lo que hacía tiempo se rumoraba: Que la cárcel se había convertido en una especie de club social, dotado de máximas comodidades y una que otra excentricidad. El juicio de responsabilidades, por el manejo de la prisión y por los acontecimientos que conllevaron la fuga, conllevó la destitución de altos mandos militares, del viceministro de justicia y del director nacional de prisiones, entre otros. Se demostró una vez más la impotencia del Estado frente al inmenso poder de la corrupción.

—Lo grave no son los lujos que tenían sino que al parecer no estaban presos — dijo entonces el gobernador de Antioquia Juan Gómez Martínez.

Marta Luz Hurtado fue convocada por una comisión especial del Senado de la República que adelantó las investigaciones. Y a pesar de que un medio de comunicación la acusó de tener relaciones estrechas con Pablo Escobar, ella no fue involucrada en ningún proceso, ni fue hallada responsable.

De toda esta historia y de su larga trayectoria en la justicia habla con gran seguridad. Hace un alto en la conversación para tomarse un

vaso de agua y una raicilla especial con la que está bajando de peso. Ella es una mujer que a pesar de su juventud tiene una larga trayectoria en la rama judicial, en la que ha ascendido desde el primer peldaño y en la que ha enfrentado todos los avatares de uno de los oficios más peligrosos del país, el de juez de la República. Mirando al vacío con sus ojos claros recuerda la larga lista de compañeros asesinados. Una larga y dolorosa historia que empezó con el asesinato de la doctora Ana Cecilia Cartagena en los inicios de los años 80.

—Uno no puede ser juez con miedo, hay que saber que en esta profesión se asumen riesgos, pero también hay que saber que uno no se muere la víspera.. .

Es de aquellas personas que, a fuerza de amenazas y de riesgos, se acostumbró a andar con la sombra de la muerte.

## 1.

Hay momentos en que me he sentido cansada y desengañada por las cosas que ocurren, por los sinsabores que se viven en este oficio. Vamos a un caso concreto: El noticiero CMI publicó un anónimo en el que decía que yo subía a la cárcel de La Catedral a jugar cartas, que yo era la *Matahari* de Pablo Escobar. Una información que no provino de ninguna autoridad sino de algún enemigo que me granjeé por estar cumpliendo mi deber. Y los periodistas publicaron esa información sin verificarla, sólo por sacarse una chiva. Eso me dolió en el alma y me mermó demasiado. Cuando las cosas son ciertas uno tiene que quedarse callado; la verdad no duele, duele la mentira. Se trató de desvirtuar mi imagen, después de que arriesgué mi vida y la de la hija que esperaba, por colaborarle al país. Afortunadamente tengo una hoja de vida que no se puede borrar con una calumnia. Dieciséis de mis treinta y cuatro años, los he pasado en la rama jurisdiccional.

Desde que terminé mi bachillerato en el colegio María Auxiliadora empecé a trabajar en los juzgados. Mi madre estaba enferma de cáncer y por ocupar el tiempo en algo, para evadir mi tristeza, busqué trabajo. Por casualidad llegué a un juzgado, fácilmente hubiera terminado de panadera o en cualquier otro oficio.

Nuestra familia vino de Betulia, en el suroeste de Antioquia. Mi padre, Mario Hurtado, tenía allá una típica miscelánea de pueblo que le permitió darnos estudio; desde que estábamos niños nos envió a Medellín. Ingresé a segundo de primaria al colegio María Auxiliadora y allí terminé mi secundaria. Fui buenavida pero pilosa con el estudio, incluso estuve en el concurso de mejores bachilleres que organizaba la empresa Coltejer. Practicaba intensamente el basquetbol con el equipo del colegio y también patinaba. Fue lo único que aprendí a jugar porque ni sé jugar cartas como ahora me lo imputan.

En mi juventud fui una mujer, digámoslo con vanidad, bien hecha. Tuve muchos pretendientes pero quizás era descuidada con ellos

porque todo mi afecto lo desbordaba hacia mi madre, que ha sido la mejor amiga de toda mi vida.

—Mija, tenga muchos novios pero no se enamore que el matrimonio es muy bueno pero se sufre mucho —me aconsejaba.

No concebía que me casara sin disfrutar la vida. Claro que tampoco me daba muchas largas, mantenía un control más o menos estricto de mis horarios y mis actividades.

Su enfermedad y su muerte me dieron muy duro. Ella era una mujer dinámica, bonita, joven. Murió de 40 años, quedamos siete hermanos que hoy en día, gracias a Dios, somos profesionales: Hay ingeniero mecánico, un médico gineco-obstetra, una delineante de arquitectura, una que está terminando odontología y las dos menores estudian ingeniería. Del segundo matrimonio de mi padre tenemos un hermano que aún es un niño.

Yo empecé como citadora de los juzgados civiles, luego pasé a escribiente, y después de graduarme de abogada, fui juez promiscuo municipal, juez civil de circuito, juez de orden público, directora de Instrucción Criminal y ahora directora administrativa de la Fiscalía Regional. Ha sido mucho tiempo pero tengo la ventaja de que amo este oficio, lo hago porque me gusta. Mucha gente que está en la rama judicial, se envejece cobrando un sueldo cada mes, sin disfrutar su trabajo; yo en cambio me encarreté con esto, he tomado mis puestos como algo propio, como si no fueran del Estado.

En el Juzgado 16 Civil Municipal conocí a quien sería mi esposo. Al inicio lo vi como un simple compañero de trabajo supremamente serio; no nos prestamos mucha atención porque ambos teníamos novio. Fue en 1977 cuando nos flechamos y empezamos un noviazgo de once años. Él también terminó derecho y se fue de juez al municipio de Guadalupe. Casi siempre andábamos en polos opuestos de la geografía, mientras a él le tocaba, por ejemplo, la zona del suroriente, yo andaba por la zona del norte. Sin embargo hacíamos el esfuerzo para encontrarnos los fines de semana en Medellín. Viajábamos en las noches de los viernes y regresábamos en las noches de los domingos. Fue una espera larga, pero valió la pena, no me equivoqué en la elección, él es, aunque no lo debiera decir, un hombre interesante e inteligente, y sobre todo un hombre con el que me entiendo muy bien. Nos casamos en el 87 cuando yo era juez en Yarumal y él aún era juez en Sonsón.

Yo estuve como juez promiscua en Santuario, en San Vicente y en Belmira. De ahí me trasladaron como juez civil municipal a Yarumal en el año 82 y el ansia de progreso, que era demasiado grande, me llevó al Bajo Cauca.

—Usted es muy contemplada, qué se va ir a hacer a Caucasia —me dijeron cuando hice la solicitud.

Caucasia era en ese tiempo un pueblo caliente en todos los sentidos, tierra de mineros y de guerrilla, de calles polvorientas y clima

sofocante. Pero a pesar de eso, por el deseo de salir adelante, me posesioné como juez civil del circuito. Y en ese cargo tuve algo así como el bautizo, la primera amenaza de mi vida. La fiebre del oro siempre ha sido la madre de muchos vicios. Me correspondió la sucesión de una mina de oro en la que se peleaban los hijos naturales no reconocidos, los que se suponían legítimos herederos, el dueño del terreno, el dueño de la explotación... Había muchos intereses porque esa mina producía, en un año, unos ochocientos millones de pesos. Designé como secuestre un abogado de Medellín, para que la administrara temporalmente.

Un día llegó un viejito, involucrado en el pleito, con una toalla amarrada en el brazo y se paró frente a mi escritorio.

—Doctora ¿cómo vamos a arreglar las cosas? —me dijo en tonto ofensivo.

—Arreglémoslas como quiera, salgamos para el patio y si nos tenemos que dar nos damos y si es el día de usted morir se muere o si es el día de yo morirme me muero —le respondí.

Sentí mucho miedo, pero sabía que si me acobardaba me llevaban entre los cachos. Abrí el escritorio para simular que iba a sacar un arma, aunque no tenía ni una aguja. El viejito se asustó cuando vio que no me inmuté.

—No doctora, no es para tanto.

—Cuando quiera y como quiera —le repetí.

A mí me dio tanto susto que desde ese día quedé curada de los nervios. Y me acostumbré a que así a veces sienta temor, nunca lo demuestro, por eso he salido airosa de muchas situaciones. Yo por dentro pienso: Mamá bendita agarrame así sea del pelo; rezo un padrenuestro para las ánimas, pero aparento completa tranquilidad. Después de ese incidente decían que para ir a mi despacho tenían que tomar pastillas de Cuait D.

Yo salí luego de Caucasia y otra juez continuó ese proceso. Coincidentalmente el día en que el Tribunal Superior de Medellín ratificó la providencia del juzgado de Caucasia, asesinaron el secuestre. Salía de su oficina, en el edificio Lucrecio Vélez Jaramillo, cuando un tipo que vendía limones sacó el revólver, la novia intentó cubrirlo pero el hombre la separó y le disparó. Ella empezó a gritar y unos policías lograron capturarlo unas cuerdas abajo; se descubrió que tenía nexos con el viejito que me había amenazado. La única testiga era la novia, pero tuvo que abandonar el país por las amenazas. Incluso cuando ella visitaba la tumba se encontraba unos extraños muñecos de trapo.

Caucasia era muy dura. Recuerdo que me tocaba meterme en zonas de guerrilla, como La Caucana y Río Rayo. En una oportunidad me encontré con los guerrilleros y terminé conversando con ellos, luego me acompañaron a realizar la diligencia. Yo he sido dura pero he tenido don de gentes y eso me ha ayudado; el temple lo he ido

cogiendo pasando sustos. De Caucasia regresé a Yarumal, y me tocó también salir al campo, recuerdo por ejemplo que viajé a La Chiquita, un corregimiento del municipio de Campamento, donde daban más machete que un diablo. Para llegar allá transitamos por un camino rodeado de monte en donde han paveado mucha gente, a lado y lado se ven los calvarios. Hay un sitio llamado La Loma del Diablo, que es una pendiente tan brava que a uno le da la sensación de que se va a desplomar sobre la cañada. Cuando adelantábamos la diligencia, alguien grito ¡al suelo! El tipo al que le íbamos a quitar un terreno desenvainó la rula y tiró a cortar cabezas. En momentos así, me sentía completamente indefensa porque andaba sin armas y sin agentes de policía, enfrentaba esas circunstancias a punta de temperamento. En esa ocasión, como en muchas otras, salvé la situación convenciendo al agresor de lo absurdo de su posición. El paso por los pueblos fue una gran escuela, para mí que era una mujer contemplada, vidabuena; fue una experiencia que me maduró.

Cuando nombraron a mi esposo magistrado del Tribunal Superior, surgió una incompatibilidad legal para permanecer como juez y renuncié con todo el dolor del alma. Entonces monté una oficina en el propio Yarumal pero sólo alcancé a atenderla un mes. Un día, en la terminal de transporte, tropecé con unas cadenas y me fui de bruces. Cuando desperté tenía la cabeza debajo de las llantas de un carro; con una pierna rota abordé el bus para el pueblo. Seguí trabajando normalmente, pero a los pocos días me sentí mal y regresé.

Como consecuencia de esa caída aborté, perdí unos gemelos de cuatro meses. Sentí la soledad, el desamparo que no había sentido desde la muerte de mi madre. Yo no sé cómo le puedo describir la tristeza que le produce a una mujer frustrar su primer embarazo; el primer hijo uno lo espera con mucha ansiedad, y además yo toda la vida quise tener gemelos. Aún hoy en día pienso: mis hijos tendrían tantos años si hubieran nacido...

Contra la voluntad de mi marido me presenté para ser juez de orden público. Él nunca quiso que yo me metiera por el riesgo que corría; prefería que me encaminara por el lado del derecho civil, que mantuviera mi oficina en Yarumal. Pero tampoco se opuso radicalmente, nunca me ha prohibido que esté donde he querido estar.

En el Tribunal de Orden Público empezamos cinco jueces, tres mujeres y dos hombres, que formamos un equipo de gran experiencia y mucho compromiso. Allí trabajé durante los años 88 y 89, una época en la que se conocieron investigaciones delicadas, sobre todo relacionadas con matanzas colectivas tanto en Medellín como en las zonas rurales. Yo había acabado de salir de la clínica y el mismo día de mi posesión, como a las siete de la noche, cuando se hacía reparto, me asignaron una de esas investigaciones.

—No. Hay que sortearlo, y si por la suerte me toca me lo llevo — dije.

Era un negocio al que todo el mundo le tenía miedo; desgraciadamente le correspondió a mi compañera y amiga María Elena Díaz. Aún no existían los jueces sin rostro, allá poníamos la carita de frente. Todo el mundo sabía dónde vivíamos, quiénes éramos, qué comíamos, a qué horas.. A María Elena la mataron el 28 de junio o julio de 1989 en el barrio Santa Mónica. Ese día ella entró a mi oficina muy preocupada, se paró frente a la ventana y miró la ciudad.

—¿Será que nos matan por esto? —preguntó.

Me pidió café, pero aunque le encantaba el tinto que hacíamos, no terminó de tomárselo. La cogió un desespero muy grande. Me miró y a mí no me gustó esa mirada.

—Vos estás nerviosa, no te vas, almorcemos aquí —le propuse.

Nosotros, cuando veíamos al otro nervioso, no lo dejábamos salir. Sabíamos que algo ocurría.

—Tengo que ir por el niño a la guardería —me respondió.

La retuve un rato. Salió llorosa, como con un taco de esos que lo atragantan a uno. Ella, por tener la investigación más delicada, utilizaba el único vehículo que teníamos. Algunas veces todos nos montábamos en ese carro empacados como cigarrillos, pero normalmente cogíamos bus. Yo por ejemplo caminaba Carabobo arriba con la tranquilidad del siglo.

A los quince minutos de María haber salido, sonó el teléfono.

—¿Estás viva? ¿Estás Viva? Hay una mujer parecida a vos tirada en la 92 y es una juez de orden público —dijo mi padre.

—Es María —supe.

Ese día ella iba con otra niña que vivía por ese sector. Subieron por todo San Juan y doblaron por la calle 92. En sentido contrario la esperaba el vehículo de los sicarios. Eliminaron a los escoltas, pero ella alcanzó a bajarse del vehículo.

—No me deje matar —le dijo a la compañera.

La amiga se tiró al suelo y ella caminó de frente. Una bala que le interesó la columna la derrumbó. Los hombres se estaban retirando pero cuando vieron que todavía se movía se devolvieron a dispararle en la cabeza.

Esa muerte nos dejó muy aporriados pero no nos quitó la capacidad de trabajo, seguimos con más ganas aunque la zozobra no nos abandonó. A veces uno sufría por los otros y otras veces los otros sufrían por uno. Durante los años ochenta despedimos compañeros extraordinarios de la rama judicial en Antioquia. La guerra del narcotráfico dejó una estela de muertes: El doctor Héctor Jiménez, la doctora Mariela Espinosa, el magistrado Gustavo Zuluaga, el doctor Álvaro Medina. En una época se dijo que los nombres de los jueces estaban metidos en una ruleta. No sé si eso haya sido cierto o no, pero decían que mataban al que el azar designara. Nada raro en este país donde suceden tantas locuras.

Lo que más dolor me da es saber el desamparo en el que quedan las familias. Los jueces se hacen matar por el Estado y sus familias quedan en la desprotección más grande del mundo.

Además las medidas de seguridad dañaron nuestra vida privada. Las mujeres que trabajábamos en orden público éramos muy caseras, y cuando tuvimos escoltas hasta los maridos dejaron de salir con nosotras.

—Eso es una vitrina tremenda —me decía mi esposo.

Él, como magistrado, también cargaba sus temores, entonces llegaba el fin de semana y preferíamos quedarnos encerrados en la casa hasta el lunes.

La lucha por la protección es a veces una lucha contra el imposible. Ni los jueces sin rostro logran guardar su identidad, es muy difícil porque vos tenés que tener rostro al salir a la calle. Muchas veces, en una conversación, la gente sin querer dice: Es que ella está de juez sin rostro. Además saben los escoltas, los conductores, los empleados. Todos en el Palacio de Justicia saben que quien va para el piso 21 es un juez sin rostro. Es una medida que en cierta forma no opera demasiado. El Estado protege en la medida que puede, no está en capacidad de proteger a cada uno de los ciudadanos. Date cuenta, que aún pensando sólo en los jueces, multiplicando en el país, el número es muy grande. El peligro no solamente lo corren los jueces sin rostro, también los fiscales. Y lo tremendo es que cada que se quiere reblandecer al Estado se toca la rama judicial.

Yo creo que la justicia ha pagado y pagará una cuota alta por servirle al país en este tiempo de caos. Recuerde el crimen del Palacio de Justicia; los hombres más valiosos, los verdaderos juristas del país como Echandía, Horacio Montoya, Darío Velázquez... se perdieron ahí. Por eso hoy estamos como en una colcha de retazos.

En diciembre del 89 me nombraron directora regional de Instrucción Criminal. El cargo se encontraba vacante hacía seis meses porque la persona que lo desempeñaba se había ido del país por amenazas.

En ese puesto viví cosas que nunca imaginé. Al final del año 90 recibí el primer escrito donde los hermanos Ochoa, que se querían acoger a los decretos del gobierno sobre rendición de narcotraficantes, pedían aclaraciones. Yo me asusté tanto que cogí ese papel y lo guardé. Luego, consciente de que no era la persona competente para resolver las preguntas, se las remití al director nacional de Instrucción Criminal que a su vez se las remitió al ministro de justicia. Él respondió las consultas y me autorizó para que hiciera públicas las respuestas.

De ahí en adelante mantuve una serie de contactos con los abogados que pedían claridad sobre las condiciones de seguridad. Ellos no pedían más que una investigación justa y una cárcel que les garantizara la vida. Posteriormente mi misión sería recoger algunos de los que se someterían a la justicia para llevarlos sanos y salvos a la prisión. Una

misión delicada porque si esas personas eran detenidas antes de formalizar la entrega, podían ser extraditadas a los Estados Unidos.

El primero que se entregó fue Fabio Ochoa, el 18 diciembre del 90. Yo reporté a Bogotá que iba a recoger a alguien que se quería acoger a los decretos; fui a recogerlo llena de zozobra pero estaba de por medio un abogado conocido que me daba certidumbre. Me había pedido que no llevara escoltas, sin embargo consideré que era peligroso andar desprotegida. El ambiente estaba bastante tenso, había acabado de pasar el secuestro de los periodistas. Además yo no podía informar de antemano a nadie sobre el procedimiento, y en la zona de la variante de Caldas, que teníamos que cruzar inevitablemente, se despliegan permanentemente retenes del ejército y de la policía. Sabía que si me quitaban al retenido yo quedaría en muy malas condiciones. En ese momento tenía que cuidarme de todo el mundo, porque los ojos estaban puestos sobre lo que podía ocurrir.

Tenía que tratar de pasar desapercibida. Llevé la escolta y la dejé a prudente distancia para no dar malicia, ni hacer escándalo. La cita era en el municipio de Caldas, a media hora de Medellín. Vi a Fabio Ochoa en el sitio previsto, aparentaba completa tranquilidad, estaba vestido de jeans y una camisa blanca.

—Creo en la justicia colombiana y por eso me quiero entregar —me dijo.

Me pareció una persona supremamente culta, se limitó a decir lo estrictamente necesario y daba la sensación de que hubiera estado por fuera mucho tiempo porque en el viaje comentaba que veía a Medellín muy cambiado. La entrega fue tan sorpresiva que la cárcel aún no estaba organizada para recibirlo; faltaba desde la guardia adecuada hasta el colchón para dormir.

Su familia no quería prensa y yo le respeté eso. Solo se difundió un video, grabado por ellos mismos, donde él se ve en mi oficina. De inmediato se armó la romería de periodistas, una cosa horrible. Para poder pasarlo de la oficina a la cárcel utilicé a un empleado, más o menos de su misma estatura, que salió cubierto y los periodistas corrieron tras él. La mayoría de los periódicos publicaron la foto del engaño. Nosotros salimos al rato sin ningún problema; la escolta nos esperaba un poco más adelante.

Posteriormente se entregó Jorge Luis Ochoa que fue recogido por mi jefe, el director nacional de Instrucción Criminal. El último fue Juan David, a quien recogí bastante lejos de Medellín.

A mí me preguntaron qué se necesitaba para recoger una persona en una zona apartada.

—Se requiere únicamente el tiquete en un vuelo comercial para él, y que ni él ni ninguno de sus acompañantes porten armas.

Se habló de posibilidades de helicóptero y cosas así, pero preferí un vuelo comercial.

En mi oficina dije que iba para Turbo a comprar un edificio para los juzgados y ni siquiera a mi marido le informé del viaje. Me llamó de Bogotá la noche antes de salir.

—Hijo, deséeme suerte —le pedí.

—¿Por qué?

—Porque mañana tengo mucho trabajo.

Viajé con el subdirector de Policía Judicial; no llevaba escoltas ni armas pero llevaba una seguridad la verraca, iba convencida de que todo saldría bien. Lógicamente le informé a mi secretario para que estuviera atento a cualquier novedad y para que coordinara las cosas necesarias. Me recogieron a las cuatro de la mañana del 16 de febrero del año 91. El vuelo se retrasó y me preocupé porque el contacto se debía hacer a las ocho y media de la mañana. En Turbo me presenté a la policía y les informé que buscaba un edificio. Sólo cuando embarcamos en la chalupa, le comenté al subdirector de Policía Judicial sobre el verdadero objetivo de la misión.

Mientras salimos del puerto sentí el olor de las aguas podridas. Ese día el mar me pareció más grande, como si fueran en realidad diez mares. Lo veía muchos más lleno, el agua oscura cargada de pantano parecía sólida. La chalupa empezó a ser sacudida por olas grandes que nos levantaban unos metros y luego nos dejaban en el aire. Al caer, el casco daba un golpe seco contra el agua.

—Agárrese de lo que tenga que aquí sí fue —le dije al subdirector

El día estaba lluvioso, frío y opaco. Vimos de repente, dibujándose entre la bruma, un buque que caminaba silencioso. Cuando vi que era el buque de la Armada se me cayó el carriel. Nos hicieron requerimientos para que arrimáramos a identificarnos.

—Voy a conocer a Unguía —les dije.

Mientras nos requisaban apareció el bote donde venía Juan David Ochoa, su señora, el abogado y una empleada del servicio. Ellos también se sorprendieron al ver el buque, pero se aproximaron cuando fueron requeridos. El pelo se me paró de punta de pensar que le sucediera algo a ese hombre o que, en el mejor de los casos, simplemente se arrepintiera de entregarse por pensar que les había hecho un truco. Después de tantos cálculos nos habíamos encontrado en el peor sitio y el peor momento.

Le pedí al chalupero, un viejito con el que ya había conversado mucho, que se hiciera el varado mientras completaban la diligencia. Afortunadamente no terminaron de identificarlos. Ellos simulaban que seguían su ruta pero se devolvieron. Nos encontramos, navegamos por el río Atrato y desembarcamos en una casa sobre la margen derecha.

—Hermano, venga fírmeme que después de esto usted es mío —le dije.

Si mal no recuerdo, estaba vestido con una camisa de cuadros, un pantalón caqui y unos zapatos sport. Le vi los nervios. Seguro se

preocupó por nuestra tardanza y por la presencia del buque que hacía tiempo no fondeaba en el golfo.

—De todas maneras no creí que usted fuera responsable —me aclaró.

—Esté tranquilo, usted es mi responsabilidad y convéznase que si a usted lo detienen, me tienen que detener a mí también. Nos va ir muy bien, no nos parecemos a nadie. Venga que yo voy a negociar un edificio.

Él se quedó aterrado de mi juventud y mi seguridad. Todavía no creía que yo era la encargada de meterme hasta esa ciénaga a recibirlo. Al regreso fue entrando en confianza, contó la historia de unas culebras que se habían topado en la selva, o algo así. El buque de la Armada había desaparecido y regresamos a Turbo sin ningún inconveniente. Recorrimos las calles plagadas de venteros, polvo y calor; luego salimos al aeropuerto a esperar el vuelo. Juan David continuamente se paraba y miraba la gente de las mesas. Entonces lo senté en un rincón.

—Esté tranquilo que es mejor para todos, no se me pare por favor. De aquí no lo sacan —le dije para calmarlo.

Yo andaba sin un alfiler, porque a Urabá es mejor entrar sin armas y con la identificación muy guardada, pero sabía que tenía que responder por su integridad, que me tenía que jugar la vida, el todo por el todo. La responsabilidad era muy grande. Quizás en el momento de viajar no pensé en todas las implicaciones, pero lo que se jugaba ahí era la seguridad de ellos y la de mi familia. Si a este señor lo cogen y le ocurre alguna cosa...

Alcanzamos un vuelo a mitad de la mañana. A Juan David lo ubiqué en la primera banca sobre la derecha, a su lado, en la ventanilla, ubiqué a la señora del servicio. En las bancas de la izquierda al abogado y al subdirector, y atrás me senté yo. Cuando aterrizamos en Medellín me pareció extraña la cantidad de policía que había en el aeropuerto, pero nada sucedió, nos vieron pasar con indiferencia. El susto me creció cuando vi a don Fabio Ochoa con su familia esperando. Me desesperé porque el señor Juan David podía pasar desapercibido, pero su papá, Fabio Ochoa, tan famoso por sus caballos, lo conoce todo el mundo.

Vi el carro de la oficina parqueado en el lugar acordado.

—Hágale para adentro que después conversa con ellos. No sea güevón que usted está emocionado pero yo no —le dije a Juan David mientras lo empujaba para el carro.

La familia lo quería seguir pero les insistí: Por amor a Dios, no.

—Ya me dirijo a la oficina —le dije a mi secretario por el radio teléfono.

Esa era la clave para que localizara al procurador y al médico legista que le haría el examen.

## 2.

Desde que quedé en embarazo, en abril del 91, cada que había una llamada, un anónimo o cualquier amenaza, mi marido sufría mucho, se ponía muy nervioso.

—Piense en la hija, cuídese por ella.

Él siempre ha sido así. Cuando tengo que gestionar algo en horas no hábiles de trabajo y no me reporto, lo encuentro asustado. Y claro, yo quiero mucho a mi hija y a él, y me cuido, pero soy una persona bastante creyente y estoy convencida de que arriba de Dios no hay nadie, uno se muere el día que Él quiere, ni antes ni después. Por eso siempre he afrontado mis responsabilidades con cierta tranquilidad en el espíritu.

En mayo recibí el primer escrito con respecto al caso del señor Pablo Escobar. Y se iniciaron unos contactos en los que ellos, como en el caso de los Ochoa, pedían sobre todo garantías para sus vidas.

Los periodistas llegaron a afirmar que yo tenía a Pablo guardado en mi oficina. Les tuve que mostrar rincón tras rincón de esta sede para decirles que se fueran tranquilos, que ese señor no estaba aquí, que mi oficina no era un penal.

—Muchachos, creo que no es bueno que una labor que es importante para todo el país se vea impedida por la presión de los medios de comunicación. Estén convencidos de que si algo puedo decir lo digo, pero no voy a cometer imprudencias, está en juego la vida de mucha gente, y la de ustedes y la mía —les dije.

Yo salía para el centro y detrás salían ellos. El periodista de un noticiero nacional amanecía al frente de mi casa esperando mi salida. Pero el pobre no sabía que mi casa tenía dos salidas. En alguna ocasión vi los periodistas detrás de mí y me detuve.

—Por favor, déjenme que voy a mercar.

Entré a un supermercado y salí por otro lado. Definitivamente no entendían en qué estábamos. A un abogado que hacía de intermediario tuvimos que sacarlo camuflado porque un reportero lo conoció y armó el escándalo. Hubo que parar unos días por el asedio de los periodistas. Fui dura muchas veces y por eso me gané algunos problemas.

La entrega fue en junio. Yo debía recoger a Popeye y subirlo a la cárcel de La Catedral, esa era la seña para que don Pablo se entregara.

A Popeye lo recogí por los lados del Centro Comercial Oviedo, en el sur de Medellín, hacia las cuatro de la tarde.

—Hermano, usted pa dentro, deje esa maleta ahí —le dije.

Lo metí al carro, cerré la puerta, empaqué la maleta atrás, cogí mi arma y arrancamos.

—Esto no se abre hasta que lleguemos a la cárcel —le ordené al conductor.

—A mí me han dicho que usted es muy brava. Yo le tengo miedo —me dijo Popeye.

—Entrégueme su arma.

—No tengo.

Unos minutos adelante nos encontramos con los escoltas. El montaje estaba hecho de manera que no se dejara pasar ningún otro carro que viniera de atrás. Ocurriera lo que ocurriera no utilizaríamos los radios hasta determinado punto para evitar filtraciones. La carretera de subida a la cárcel es demasiado mala. Popeye iba nervioso, manifestaba que la subida le parecía muy horrible. Me dio la impresión de que no conocía el trayecto porque cada minuto preguntaba si faltaba mucho. En un paso pantanoso, el carro blindado, por su peso, se atascó y me tocó bajarme. Cuando llegué al primer retén un oficial del ejército me exigió que dejara tomar una foto al detenido, pero me opuse porque según mis instrucciones sólo se haría la reseña en el penal.

Los periodistas, que esperaron mucho tiempo en esa carretera, se habían bajado muertos del cansancio. De tal manera que ese día no había ni uno solo. Sobre las cinco avisé que había llegado, y a las cinco y media aproximadamente llegó el helicóptero con Pablo Escobar, Oto y El Mugre. Llegaron con ellos el periodista Luis Alirio Calle, el Padre García Herreros, el Director Nacional de Instrucción Criminal y el Procurador General de la Nación. Yo tenía los médicos y las jueces que recibirían el testimonio.

Pablo Escobar no da la sensación de ser la persona a la que se le imputa tanta maldad. Es cortés, habla con propiedad y refleja serenidad. Eso sentí. Yo me limité a hacerle las preguntas de rigor y a realizar los trámites. Al momento de tomarle las huellas le dije que me mostrara los dedos.

—Usted se hizo una cirugía en los dedos —le dije

Él simplemente se rio y me extendió sus manos. No tenía absolutamente nada. No tenía tampoco cambios físicos como tanto se había especulado, simplemente lucía una barba larga. Vestía de manera sencilla: bluyín desteñido, tenis, una camisa común...

Yo, tal vez de manera imprudente, le pregunté que si pensaba salir muy rápido de la cárcel. Él respondió que pagaría la condena que un juez de la República le impusiera tras un juicio justo.

La gente estaba tensa y caminaba de un lado a otro. Hubo una pequeña alarma cuando sobre las siete de la noche escuchamos una avioneta que sobrevolaba el penal.

Examiné la cárcel y me percaté de que todo estuviera en orden. Que no faltaran colchones para los reclusos, que la guardia tuviera dónde dormir, que la cocina funcionara. La celda de Pablo Escobar tenía rejas como la de cualquier otra prisión. Las mesas y las camas eran tubulares, la cocina era en cemento rústico con un fogoncito eléctrico y otro de gas de dos parrillas, no había absolutamente ninguna ostentación.

Yo le había preguntado a Pablo Escobar y a Luis Carlos Aguilar si ellos, acostumbrados a tantos lujos, sí se resignarían a vivir sin ostentación.

—Con tal de que nos den seguridad, no nos importa estar en las condiciones que nos exijan.

En una de mis últimas visitas a la cárcel, una de las cosas que me llamó la atención fue la cantidad de folders que tenía el señor Escobar en un escritorio viejo. Me dijeron que era correspondencia de la gente. Vi un telegrama donde lo felicitaban por la entrega y por los favores recibidos. Yo no lo puedo asegurar, pero me comentaron que en la mayoría de esas cartas lo felicitaban por el proceso de paz y le agradecían por las ayudas que había brindado.

El júbilo que se vivió durante la entrega se convirtió en un baldado de agua fría cuando los presos de La Catedral se fugaron. A mí me desconsoló lo de la fuga porque se frustró una labor grande, en la que había expuesto mi vida y la de mi hija, una labor que le servía al país que estaba sometido al baño de sangre. Se suponía, se suponía digo, que se entregaron quienes generaban esa violencia. Entonces yo creo que se hizo algo bueno. Y Antioquia vio que no se siguió derramando la sangre de las bombas, esa fue una satisfacción. Simplemente por darles seguridad ellos se sometían a la justicia.

Tras la huida muchos hablaron entonces de que el gobierno se había sometido a Pablo Escobar, pero yo creo que el proceso no tiene dudas. Cuando el gobierno expidió las leyes no había convenios, los convenios son posteriores a las leyes que existieron. Y no hablemos de convenios porque realmente no los hubo, porque los que se entregaban preguntaban era por las garantías para sus vidas. Entonces no es que se flexibilizara la ley porque el narcotráfico quería esto o aquello, no. El gobierno no le cedió a los narcotraficantes todo lo que ellos pedían ni los narcotraficantes le pidieron al gobierno una cárcel dotada de esta forma o de aquella otra. No. El decreto es claro: Toda persona que se presente a un penal tiene rebaja de penas cuando colabore para dilucidar un delito o cuando confiese; ese derecho lo tiene el delincuente común, lo tiene cualquier persona que se entregue, así no sea narcotraficante.

Llegué hasta donde me competía: Recibía a la gente, les prestaba seguridad hasta dejarlos en el penal, designaba el juez que recibía la confesión, y ese juez enviaba las confesiones a Orden Público. Fui demasiado clara, solo cumplí órdenes, no metí las ñatas en lo que no me incumbía. Lo que se manejó por parte de Instrucción Criminal, fueron cuestiones de seguridad y están escritas. Conservo absolutamente toda esa correspondencia y se la entregué al Senado para el debate sobre el proceso de sometimiento a la justicia que se originó a raíz de la fuga de La Catedral. Si a mí me asignaron tareas, ahí están las constancias escritas, que las conozcan y las juzguen. Uno tiene que ser claro y cada cual tiene que establecer sus responsabilidades y reconocer los errores que cometió. No sé si por debajo de cuerda se hicieron otros arreglos. De eso no respondo.

Otra cosa completamente distinta es lo que pasó a lo largo de la reclusión de quienes se entregaron en La Catedral. Tengo que decir que inicialmente las condiciones de todos eran iguales, sólo había diferencia sobre el lugar de reclusión. Yo entré a La Catedral hasta el trece de noviembre del año 91 y aún no vi los lujos. En noviembre alcancé a ver que estaban construyendo y la guardia me dijo que existía la posibilidad de que se entregara más gente y que estaban ampliando.

Hay algunos puntos que aparecieron como problemáticos después de la fuga en los que yo no tengo nada que ver. Uno de ellos es el de la guardia penitenciaria. El gobierno nacional acordó eso directamente con el municipio de Envigado. Se formó un comité con participación de la procuraduría, del director de la cárcel, que es un delegado de la Dirección de Prisiones, y del municipio de Envigado; ese comité se encargaría de escoger el personal. La rama jurisdiccional no tuvo absolutamente ninguna injerencia en eso.

En el otro asunto que no tuvimos nada que ver es en el de los elementos materiales que ingresaron al penal. Todos los lujos, un poco excéntricos, que se mostraron en la prensa y la televisión tras la fuga. ¿Quién permitió el acceso de esos lujos? Si no se hubiera permitido el acceso de los primeros lujos, ellos no hubieran puesto problemas. Habían aceptado el penal con esas condiciones.

### 3.

Hace poco pasé el susto más grande de mi vida. Fue uno de los últimos días de sol que hubo. A mí me tenían acusada y había recibido muchas amenazas telefónicas en las que decían que me iban a quebrar. Subíamos en la camioneta y vi dos tipos que venían en una moto, enchaquetados. El de atrás venía mancado. Yo los veo de frente, no sé si agacharme en el carro; mi arma de dotación se había quedado en la oficina.

—Es el día —le dije al conductor.

Se me vino la imagen de mi niña sola. Pelinegra de ojos claros, su piel de porcelana. En ese momento tenía ocho meses. Nació a la una de la tarde del 18 de enero del 92.

—Se vino este muchacho —dije a mi marido.

Fui a un examen a la clínica y me preguntaron por la maleta.

—Voy a bañarme y a comer y más tarde vuelvo.

—Pero usted ya está en trabajo de parto —me insistieron.

En la casa de mi suegra me comí unos frijoles con chicharrón y tajadas y a las diez de la noche me hospitalicé. A las ocho y cincuenta de la mañana me hicieron una cesárea, que no me pareció nada del otro mundo. El médico se aterró de mi peso. Imagínese que yo era una mujer muy flaca, pero como uno nunca quiere lo que tiene, quería ser gorda. Empecé a tomar cosas para engordar, rico, aumente diez kilos, y bien, pero cuando aumente veinticinco ya no pude parar. Llegué a

pesar ciento cuatro kilos. Después de haber tomado de todo tipo de brebajes para engordar, ahorita tomo brebajes para rebajar.

Es muy factible que mi hija vaya a ser una verraca, me perdona la expresión, pero es que ella se gestó en una época dura y desde que nació ha mostrado un temperamento fuerte. Esa chirringa se ha convertido en el centro de mi vida, por eso cuando vi el peligro pensé en ella. Prácticamente lo que más temo es dejar a mi hijita sola.

Al conductor se le pararon los pelos de punta. Los escoltas se alertaron, desenfundaron la metralleta y los muchachos estos se desviaron rápidamente. Yo en mi vida nunca había sentido tanto miedo, pensé que había llegado la hora de mi muerte. Los escoltas no me habían visto tan asustada ni aún en los tiempos más difíciles. Y ellos también se azararon mucho.

—Doctora, se nos infrió lo que teníamos —me dijeron.

Ellos seguidamente dieron una vuelta pero no lograron localizar los sospechosos. A mí me asombra que aún haya gente que no entiende que Instrucción Criminal se refundió y que ahora sólo tengo un cargo administrativo, que ya dejé un poco la parte investigativa. Por eso me sigue una sombra de lo que hice en el pasado.

A mí ya se me olvidó llorar. Ya lloré lo que iba a llorar en la vida. En este momento me catalogo como una mujer sensible, me dan tristeza muchas cosas, pero soy fuerte. Por eso no me amilano ante un susto. Y sé que hay quienes me odian por lo que yo hecho.

Por eso no bajo la guardia y sigo andando escoltada. Yo a los escoltas he aprendido a valorarlos, una persona que se arriesga por mí tengo que cuidarla y contemplarla. Veo que están matando policías y les digo pilas pues, no se me queden en la calle. Los personajes importantes normalmente no se preocupan por los muchachos; salen a comer y no les importa que el escolta se pase horas sin recibir nada. Uno aprende a mirar los escoltas sin menosprecio, se vuelven parte integral de la familia.

En estos días asesinaron a Ospina, un dragoneante que me escoltaba desde hacia tres años; me dolió en el alma. Nos estimábamos tanto que el viernes le dijeron que no iba a trabajar más conmigo y me pidió que peleara por él.

—Doctora por amor a Dios, que me quiten esta dragona pero que me dejen seguir con usted.

Tuve tanto trabajo que no alcancé a hablar para que me lo dejaran. Él salió a descanso y el domingo se enteró de que estaban atracando una prendería, se metió de frente y lo fumigaron. Me da mucha tristeza que asesinen un tipo de estos, lleno de vida.

—Yo no voy a salir viva sola, todos nos tenemos que cuidar —les digo.

Por eso ando armada. Yo no sé en un momento de susto como actúe, pero creo que si a mí me están disparando yo respondo, no me duermo en el veneno, si me dejan reaccionar reacciono.

A nosotros nos toca administrar la ley que no hacemos. Rara vez se nos pregunta sobre las consecuencias de las leyes que hacen los políticos.

La insensibilidad humana es muy grande. Al testigo de un crimen se le pregunta y siempre responde no vi nada; la mayoría teme declarar porque los asesinan y empiezan a molestar a las familias. Por más decretos que se saquen, mientras la gente siga con la insensibilidad tan grande, mientras sigamos agobiados por el miedo —el miedo no tiene calzones—, no podremos hacer nada. Mientras toda la prueba esté basada en el mero testimonio, olvidate.

Prácticamente nosotros giramos alrededor del testimonio, porque no hay medios para una investigación seria y eficaz. En el instante de un homicidio muchas veces el juez no dispone siquiera del vehículo para salir inmediatamente a recoger toda la prueba. Cuando llega al sitio ya han tocado el cadáver, el arma, no hay forma de coger las huellas o no se tienen los medios para recoger un pedazo de pelo, una muestra de sangre. Cuando el juez pregunta, nadie dice nada por miedo. Muchas veces el asesino regresa y no tiene sentido que haya un muerto más. Y así se llega a la impunidad.

La labor de inteligencia debe hacerse con tiempo, pero en las actuales condiciones el juez debe hacer este levantamiento rápido para seguir con los otros cuatro o cinco muertos que están esperando. Mirá el furgón en que se transporta aquí un cadáver, es denigrante. Da tristeza que tiren un cadáver encima de otro y que luego en el anfiteatro jalen el uno y jalen el otro como si fueron bultos de papa. Estamos tratando de mejorar pero los medios son escasos. Para mí, dentro de los jueces, el trabajo duro, duro, es el del que levanta los muertos. O los arrastra porque eso ni levantamiento es. Me parece una labor digna de valorar. Yo soy una persona tranquila y no sería capaz de realizar esa labor; no me gusta ver sangre, me deprime el muerto de la índole que sea.

Así la ley sea la más dura del mundo, ¿qué hace un juez si no tiene medios para aplicarla? La justicia no ha tenido respaldo, siempre decimos que es la cenicienta del paseo. Creo que dentro de la justicia en Antioquia, la gente es muy sana y es muy trabajadora, pero la comunidad no colabora con el juez. Si el testigo no habla, entonces el juez solo no puede hacer nada.

Creo que un pueblo sin justicia está llamado al desorden y es lo que nos está ocurriendo; porque mientras la justicia no tenga apoyo, entonces no va a poder marchar. Tiene que haber apoyo, y si no hay justicia esto es el acabóse. En este país se le presta mucha atención a la guerrilla y se crece el narcotráfico. Estamos en el despelote más grande el mundo entero. ¿Qué sigue? Sinceramente no sé qué puede seguir porque ya hemos vivido de todo.

Malo será decirlo pero San Mateo en su capítulo 24 nos dice lo que está sucediendo. Está ocurriendo absolutamente todo lo que dice ese

capítulo: Se acortarán los tiempos, habrá guerras y que cuando menos pensemos, llegará el fin. La gente no cree pero en la Biblia todo está descrito:

"Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras; pero no os turbéis porque es preciso que esto suceda, mas no es aún el fin. Se levantará nación contra nación, reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares; pero todo esto es el comienzo de los dolores". Mateo, 24, 6-8

¿Si uno sabe que la muerte lo está rondando por qué sigue esperando? Por pendejo será. Yo ya estoy a otro nivel, mis usuarios son los propios empleados de la Fiscalía. Estoy viviendo con una sombra pero ¿en qué forma le puedo huir? Esa sombra hay que afrontarla y si no tendría que encerrarme en un nicho. En el campo en que esté, Marta Luz Hurtado va a ser la misma; me tendría que cambiar el nombre, el cuerpo y hasta el alma, hay cosas que no se pueden esquivar. Nosotros vivimos de comentarios graciosos, sinceramente dirán que uno se vuelve como insensible, pero no. Uno aprende a vivir con esta zozobra, se echa sus cuentos y hasta mama gallo. Pero siempre para reivindicar la vida. Mi esposo y yo nunca pensamos en la muerte, somos profundamente optimistas, vivimos con plenitud.

El instinto lo lleva a uno a cuidarse, eso es lógico, además el propio Dios dijo: ayúdate que yo te ayudaré. La época de las entregas fue dura, me tocó cambiar el teléfono de la residencia en dos oportunidades. Ahora con el anónimo que sacaron los periodistas he tenido otra avalancha, llaman a insultar que da miedo. Me tratan de pícara, que vamos a jugar las cartas donde Pablo, que Pablo se le voló, dígame a esa vieja hijuetantas que se cuide... dicen mil carajadas. Pero uno ya ha vivido en medio de tanto peligro que dice: Tranquilos, hoy no es el día mío.

Yo soy destinista, es decir, creo que vos tenés un destino trazado desde el nacimiento y algo va ocurrir en tu vida inevitablemente, por más que tratés de obviarlo. El día que mi Dios dice te morís, ese día te morís.

Por ahora quiero vivir honestamente y seguir sirviéndole al país desde mi sitio de trabajo. ¿Para qué más?

## **LA CASA DE LOS FANTASMAS**

La casa que en otra época fue la residencia del General Rojas Pinilla está sobre una pequeña bahía que se forma en la carrera 45 frente a la

Universidad Nacional de Bogotá. María Eugenia Vásquez me lleva de visita para contarme cómo fue la famosa toma del año 1980, cuando allí funcionaba la sede diplomática de la República Dominicana. Mientras le damos una mirada a la desvencijada fachada y a una paloma muerta tirada sobre el antejardín, una señora de unos cincuenta y cinco años, con sus ojos claros empequeñecidos por unos gruesos lentes, entreabre la puerta.

—¿Qué se les ofrece? —pregunta con tono prevenido.

—Queremos visitar la casa —responde María Eugenia con su voz suave.

—Aquí no hay nada qué conocer. A pesar de lo que pasó esta es un casa común y corriente, no hay fantasmas de ninguna especie, ni nada raro, como se rumora por ahí —replica con voz agria.

Después de unos minutos de ruego nos deja pasar. Al abrir la puerta se siente un ventarrón frío que arrastra un inconfundible olor a establo. En el interior parece que hubiera sucedido un cataclismo: Los revoques están deshechos, las tablillas de madera que cubrían el piso se han despegado y los escasos muebles lucen descoloridos y desfondados. En el patio trasero, que antes fue un hermoso jardín, una docena de vacas rumian echadas sobre el césped. Mientras caminamos por entre corredores y cuartos; la anfitriona explica algunos detalles: Por aquí excavaron buscando un túnel; allí fotografiaron los primeros guerrilleros cuando alimentaban un perro, aquí dormían los embajadores, y concluye:

—Lo único que tiene de raro esta casa es que se la tomaron esos bandoleros del M-19.

La doña no alcanza a imaginar que esta mujer de cuerpo menudo y ojos tristes fue una de esas "bandoleras". María Eugenia o La Negra, como la conocieron toda la vida en su organización, participó en esa toma y en muchos otros episodios de la lucha guerrillera, a la que se vinculó desde 1971 cuando el M-19 era sólo un proyecto.

El Movimiento 19 de Abril fue un movimiento singular que con sus acciones espectaculares rompió la tradición de una guerrilla monótona perdida en las selvas, y transformó las acartonadas proclamas en un lenguaje común y sencillo; su pensamiento nacionalista, distante de las doctrinas de los centros ideológicos del poder mundial, impactó al pueblo, pero despertó muchas sospechas tanto en las derechas como en las izquierdas.

Tuvo su origen en la confluencia de personas provenientes de la guerrilla comunista, que no se transaron con los rígidos manuales; y otros de los movimientos populistas.

En 1964, grupos de autodefensas organizados por el Partido Comunista y grupos radicalizados de las guerrillas liberales, constituyeron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC—. Un poco después surgieron el Ejército de Liberación Nacional —ELN— y el Ejército Popular de Liberación —EPL— Bajo el influjo

de la revolución cubana las universidades se convirtieron en centros de radicalidad y un número significativo de estudiantes se vinculó a la lucha armada. Entre ellos fueron al monte Jaime Báteman Cayón, Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad y Carlos Pizarro que se vincularon a las FARC y serían unos años después el núcleo fundador del M-19.

Aprovechando la simpatía lograda entre el pueblo durante su dictadura pacificadora de la década del cincuenta, el general Gustavo Rojas Pinilla constituyó en los años 60 la ANAPO (Alianza Nacional Popular), un movimiento populista que logró convertirse en alternativa para las grandes mayorías inconformes con el sistema bipartidista. El 19 de abril de 1970 se realizaban elecciones para elegir presidente de la República. Por primera vez en la historia nacional un candidato diferente a los partidos tradicionales tenía clara opción de triunfo. Cuando los resultados daban como claro vencedor al general Rojas, el entonces presidente liberal Carlos Lleras Restrepo decretó el silencio de los medios de comunicación y el toque de queda. Al día siguiente fue declarado como ganador el candidato conservador Misael Pastrana Borrero. Esta frustración gestó en la ANAPO una corriente socialista radical liderada por Carlos Toledo Plata, Andrés Almarales, Ebert Bustamante e Israel Santamaría, entre otros.

En 1970, Iván Marino Ospina y Jaime Báteman, expulsados de las FARC por no ajustarse a la línea oficial, se dedicaron a construir una nueva guerrilla que copara las grandes ciudades e insistiera más en la unidad. A este proyecto, que en una primera etapa adoptó el nombre de Comuneros, llegaron posteriormente Carlos Pizarro y Álvaro Fayad.

Los socialistas de la ANAPO y los Comuneros se encontraron en el camino y formaron el Movimiento 19 de Abril. Una organización que no sólo fue avezada en su estilo de propaganda sino que rompió la tradición de una guerrilla conocedora de los montes pero alejada de un país que se urbanizaba aceleradamente. En los años siguientes realizaría una serie de acciones que sorprenderían al mundo por su espectacularidad.

En 1984, durante el gobierno de Belisario Betancur, cuando se dirigía a Corinto a firmar los acuerdos, Carlos Pizarro fue herido en una emboscada de las Fuerzas Armadas. A pesar del incidente, en medio del júbilo se selló el compromiso de cese al fuego y tregua, y en todos los rincones del país se pintaron las palomas de la paz. Pero unos meses después, entre mutuas acusaciones de incumplimiento, los pactos se rompieron.

La toma del Palacio de Justicia fue el inicio del final para el M-19 como proyecto guerrillero. En un momento habían muerto sus líderes históricos: Jaime Báteman, Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, Boris, Israel Santamaría... Carlos Pizarro asumió entonces el mando de una tropa que marchaba a la deriva; pulsó la situación del país y recompuso el rumbo. Llegó a la conclusión de que la lucha armada no tenía perspectiva; como consecuencia, en 1989, después de adelantar

negociaciones con el presidente Barco, el M-19 se reintegró a la vida civil.

María Eugenia Vásquez fue protagonista de primera línea de la historia del Eme hasta 1988, año en que empezó a marginarse de la actividad política e inició una búsqueda interior. Ahora que recorre los pasillos oscuros y húmedos de la derruida embajada tiene exacerbada su nostalgia. Del mundo de los recuerdos la recupera la anfitriona que, con el humor mejor dispuesto, nos hace confidencias sobre el abandono del gobierno dominicano.

—Hace más de diez años que no me pagan y lo único que quieren es que desaloje la casa —dice.

Insiste varias veces en que a pesar de las apariencias, en la casa no hay fantasmas. Tiene la certeza de que reconocer a inquilinos de tal especie le desvalorizaría mucho la propiedad que aspira a vender cuando los jueces fallen a su favor.

—Aquí lo único que hay son doce años de inexplicable abandono —concluye.

Luego nos muestra su taller de "alta costura", ubicado en la única pieza habitable de la casa. Sobre las dos camas reposan algunos trajes a medio hacer y recostada a la pared está la máquina de coser. El tema de los vestidos, los colores y las modas termina de acercarlas. En un tono confidencial, propio de las mujeres, continúan conversando sin parar hasta que al momento de despedirnos ya hablan de negocios como dos viejas conocidas.

La Negra vive en la zona norte de Bogotá, no muy lejos de la embajada. Su apartamento está decorado al típico estilo de intelectual universitaria. Sobre la baranda que separa el comedor de la cocina tiene una serie de imágenes religiosas: La mano poderosa, Santa Bárbara, el niño milagroso. Encima de un viejo baúl reposa la calavera de un perro que recogió en la trocha de la cordillera. La tiene decorada con una mariposa, que pegó sobre su nariz, y unas siemprevivas puestas en una de las cuencas de sus ojos. En la mesa redonda del comedor hay un pequeño canasto con frutas y un florero lleno de astromelias frescas.

Ella se sienta, acomoda su falda de gitana, acaricia su pelo liso y entre suspiros y algunos sollozos continúa tejiendo recuerdos.

—Cuando uno recuerda es como si tuviera muchas mariposas volando por dentro —dice.

Repasa una historia que le pesa demasiado, una historia de ausentes, que oscila entre lo épico y lo absurdo.

## 1.

Parece que las tragedias que han llevado a la ruina a esta casa también hubieran pasado por mi vida. Todo el mundo la olvidó; el sol, las lluvias, el viento y el tiempo la están demoliendo; las ventanas

están cubiertas por plásticos, los techos están desfondados y las humedades deshacen las paredes. Da una sensación muy triste verla así. Recorro los corredores y las piezas, hay una sombra en cada rincón, caras demacradas, risas sueltas y esporádicas, gemidos de amor. Siento un vacío tan grande, me siento habitada por fantasmas.

Parece mentira que en esta casa hubieran pasado tantas cosas, siempre que la visito se sucede la película. Fue el mediodía del 27 de febrero de 1980. En mi grupo iban Pedro, Estela y Miguel. Cuando nos distribuimos en las afueras de la embajada nos tocó el ala derecha, por el lado había una cigarrería, donde estaban todos los guardaespaldas y los choferes de los embajadores. Las instrucciones repetidas mil veces eran: Tiro en la recámara, las armas desaseguradas, ¡dispare pa delante! ¡entre rompiendo! ¡aproveche la sorpresa y métase en la casa! El que se tienda está muerto, el que se parapete está muerto. Ellos sabían cómo sería la reacción de los escoltas del gringo y de otros embajadores, todos hombres muy entrenados.

Cuando los vi pensé que íbamos a morir. Sentí miedo, el cuerpo me temblaba, tenía la boca seca y la ansiedad me devoraba, sin embargo me dije: ¡listo, a esto vinimos! Vimos la señal y arrancamos a correr hacia la puerta, pero la cerraron antes de que pudiéramos entrar. Miguel rompió el vidrio con la culata y metió la mano para abrirla. Por instinto giré para cubrirlo, vi el panorama de hombres tendidos en el piso disparando y las balas zum, zum, zum, pegando en las paredes, en la madera, en el vidrio; estábamos de blanco en la puerta de la embajada. Por fin se abrió la puerta y logramos entrar. Hasta Camilo, el único compañero muerto en la acción, alcanzó el umbral de la puerta. A él le tocaba entrar por el centro, se demoró y un tiro le dio en la base del cráneo. A Renata una bala le rozó la cabeza y la hirió sin gravedad.

Llevábamos unas pocas armas largas y once pistolas Browning nueve milímetros, de las cuales nueve resultaron encasquilladas. A Estela la encontré en la puerta del baño del primer piso toda acelerada.

—Hijueputa esta vaina no funciona.

Miguel subió a zancadas las escalas y lo seguí para buscar mi posición en el segundo piso. En la primera pieza que abrí encontré a la amante del embajador de República Dominicana y la tomé de la mano.

—No me haga nada, no me mate —me dijo llena de pánico.

Sentí su miedo y me quedé paralizada. Lo único que pensé en fracciones de segundo fue: Las dos estamos aterrorizadas, la que venza primero el miedo le gana a la otra. Entonces la solté.

—Tranquilícese que no le va pasar nada —la calmé.

Sin que dejara de sonar la balacera, seguí sacando personas de las habitaciones y haciéndolas tender en el corredor, para que quedaran cubiertas.

A los pocos minutos todos habíamos tomado posición. Estaba cubierto el primero y segundo piso. Unos compañeros se habían

ubicado en la azotea para contener el avance del ejército, que venía parapetándose en un carro por la avenida 45. Llegó un momento en que no sabíamos qué pasaba en el primer piso, dónde estaba concentrada la mayoría de los combatientes, entonces el Tupa empezó con una serie de consignas, para que contestaran los de abajo, para que nos diéramos ánimo. La que más respondía era la Chiqui, una mujer fiera para el combate. Se comunicaba a gritos con la gente a la que combatía.

—Acérquense pues, qué están buscando, venga que aquí los esperamos —les decía.

Hicimos parapetos con libros, sillones, tablas y con los bloques móviles de la biblioteca pero los tiros blindados de fusil atravesaban todo. Yo estaba en el salón grande del segundo piso y me tocó enfrentar a los francotiradores que se apostaron en los edificios vecinos. Mientras ellos disparaban con G3 y sacaban tajos de concreto a las paredes, los tiros de nuestras pistolas ni les alcanzaban a llegar. Sólo la M1 que manejaba René daba la potencia suficiente para asustarlos.

Recuerdo los truenos de las balas, los sonidos de vidrios rotos, la boca seca que me dolía como si tuviera mil agujas clavadas. Así llegó la noche con un olor denso de pólvora y miedo. La respiración se sentía aumentada, se oía el jadeo como una bomba en medio del silencio. Esa primera noche la pasé cubriendo un salón grande del segundo piso para evitar que nos asaltaran por el lado de las oficinas. A pesar del asedio del enemigo sentimos que la situación era nuestra y que íbamos a resistir hasta lograr liberar nuestros compañeros o morir.

Al inicio del año nos habían reunido para informarnos que la organización planeaba un operativo y nos dividieron por grupos para empezar un entrenamiento riguroso. Todos los días nos reuníamos entre las seis y las ocho de la mañana para hacer ejercicios de habilidad y resistencia. En ese agite me reencontré con Miguel Ángel Mojica, un muchacho que había conocido durante una fiesta que realizamos en diciembre los solitarios de la organización en Bogotá. Miguel me sorprendió desde el primer momento porque me saludo con un beso en la boca que me dejó asustada. Esa noche conversamos mucho pero como era tan mal parejo para el baile me tocó dejarlo a un lado.

Miguel y yo, los dos vagos, después de los entrenamientos nos dedicábamos a caminar la ciudad, íbamos de un lado a otro entreteniéndolo nuestro tiempo, y entre caminar y coquetiar nos fuimos enamorando. Él se fue entrando despacito. Como a mitad de febrero me montó una celada: Me llevó como a las cinco de la tarde, a una casa en el barrio Quiroga. Nos sentamos en una pieza que tenía la pared cubierta con un mural inmenso de un bosque, con las hojas de los árboles color amarillo, que se conjugaba con la luz rojiza, típica de un atardecer bogotano, que entraba por la ventana. Nos pusimos a comer

frutas y a oír música de los años 60. Encontré en Miguel y en hacer el amor con él, una fuerza de vida y de ternura muy intensa, pero en ese momento era sólo un encuentro más, después llegó la embajada y nos terminó de acercar.

El día anterior nos reunieron a todos: Seis mujeres, diez hombres.

—En esta operación existe un alto riesgo de morir. Quien quiera retirarse lo puede hacer y nada va pasar —nos dijo Luis Otero, la cabeza de todo el asunto.

Era la primera vez que nos hablaban de la posibilidad de morir en un combate. Nadie dijo no. Rosemberg Pabón asumió la jefatura del comando que se denominó Marcos Zambrano en homenaje a un compañero que unos días antes había sido detenido, torturado y asesinado por las autoridades en la ciudad de Cali. La operación se llamó Democracia y Libertad; buscaba denunciar la violación de los derechos humanos por parte del gobierno y lograr la libertad de más de trescientos compañeros detenidos.

El día siguiente nos trasladamos a las afueras de la embajada, al frente de la Universidad Nacional, simulando ser un grupo de deportistas. Cuando Rosemberg Pabón cruzó la puerta de la embajada disfrazado de diplomático empezó el agite. En el combate uno entra como en un escenario, se distancia de sí mismo y empieza a representar un personaje, actúa por reflejo, por instinto. Uno de los gestos que más recuerdo de Miguel es que después de las primeras tres horas de combate llegó arrastrándose en medio de la balacera y me acarició la cara.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Con ese gesto me hizo recuperar mi ternura, mi capacidad de amar.

En la embajada, después de los combates vinieron las rutinas y la cotidianidad. Quedaron como rehenes personajes muy diversos, desde los embajadores hasta visitantes ocasionales de los cocteles diplomáticos, homosexuales, contrabandistas... Cuando a un grupo humano le toca afrontar un encierro y la inminencia de la muerte, afloran todas las bondades y solidaridades pero también todas las mezquindades. Quedaron en total 20 embajadores y entre ellos mismos se discriminaron; se organizaron de acuerdo a su prestancia y su poder en grupos de primera, segunda y tercera categoría.

Asumieron comportamientos muy distintos. El uruguayo, que era cobarde y tramposo, al inicio quiso pasar como amigo de Los Tupamaros, para ganar nuestra confianza, y terminó tirándose por una ventana. El embajador de Venezuela sufrió un colapso de tristeza al ver que su gobierno no presionaba para que el gobierno colombiano negociara. La Chiqui pasaba horas a su lado tratando de reanimarlo. Lástima que el de Haití haya sido un negro porque puede sonar a racismo mi desprecio por él; era un personaje ladino. En cambio el embajador de Brasil tuvo una actitud muy digna, no fue un lambón de

la guerrilla pero tampoco un cobarde. Con él tuve cierta complicidad por los gustos comunes.

—Para que no olvide sus gustos burgueses —me decía cuando me regalaba una copa del buen vino que le mandaban en la remesa.

Recuerdo al cónsul de Venezuela y al cónsul de República Dominicana asomándose cada mañana por una ventana a mirar al baño de uno de los edificios laterales donde se bañaba una muchacha; el espíritu gris del nuncio y la actitud farisea de Ascencio, el embajador de Estados Unidos... y así.

Como el ejército desocupó toda las casas y los edificios de la manzana y cerró el tráfico por una calzada de la avenida, quedamos suspendidos en medio de la ciudad, como en una cúpula, en una burbuja de aire. Con el tiempo y la costumbre cualquier alteración se notaba. Detectábamos por ejemplo sonidos nuevos y la imaginación volaba: ¿Se quieren meter? ¿Por dónde? ¿Están abriendo un túnel? Veía las reuniones de los comandos israelíes, especializados en acciones antiterroristas, que trajeron para intentar una solución de fuerza, y exacerbaba mi espíritu de espía. Con el tiempo conocimos tanto el entorno que ya sabíamos dónde se ubicaban los tiras, cuándo cambiaban de guardia, cuándo estaba con gripa el del frente y creo que ellos nos tenían igualmente ubicados.

El frío azotaba con fuerza en la sabana de Bogotá; en la madrugada se veía la escarcha sobre la hierba. De la una de la mañana en adelante las horas de guardia se hacían extensas y daban toda la posibilidad de fantasear y recapitular la vida. Se aparecía el hada madrina y me concedía tres deseos; pensaba en mi hijo, presente a pesar de las ausencias en todos los momentos de mi vida; y en mi madre, siempre tan respetuosa de mis decisiones y tan cómplice de mi lucha, que sin conversar conmigo de política terminó colaborándome en todo, cargándome armas y documentos para sacarme de líos.

Ella finalmente siempre se la ha jugado por mí, creo que incluso se casó por segunda vez, más por darme un padre que por estar realmente enamorada. Se había separado durante mi embarazo y se casó unos años después con un capitán de la policía. Con él vivimos en el Valle, en plena época de La Violencia, luego en Bogotá y por último en el departamento del Putumayo. Los médicos lo desahucieron y entonces decidió comprar una finca en el valle de Sibundoy, para pasar sus últimos años. Con mi padrastro inicié mi afición por las armas, afición un poco inusual para una niña. Él tenía un grupo de cacería con otros oficiales retirados de la policía y yo era su mascota; marchaba con ellos días completos sin comer, a duras penas tomando agua en uno que otro pozo. Sabía que si me quejaba no me volverían a llevar. Mi padrastro quería que supiera más de perros y de caballos que los hijos de sus amigos.

Crecer en medio de los desafíos del mundo masculino me permitió enfrentarme posteriormente a los hombres en un plano de igualdad.

Tuve con él una relación muy cercana hasta que murió en 1965, cuando yo estaba en plena transición por la adolescencia. Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si mi padre no hubiera muerto.

Mis primeros pasos en la izquierda parten de un grupo de teatro. Yo estudiaba con monjas, era buena estudiante pero muy indisciplinada. Un estudiante de la universidad de Nariño me invitó a participar en el montaje de “La casa de Bernarda Alba”, de García Lorca, donde una mujer rebelde, Adela, pone en evidencia la mojigatería de una sociedad cerrada. Me identifiqué tanto con ese papel que desde ese momento mi mundo se abrió e inicié relaciones con los círculos de la intelectualidad de izquierda. Ya mi madre, que era muy comprometida con los indígenas, y las propias monjas, me habían inculcado la sensibilidad social. La izquierda fue el camino confluyente de mi rebeldía y mi solidaridad con los pobres. Empecé la militancia con el MOIR, un grupo maoísta, que era el único que se conocía públicamente en Pasto.

Al terminar el bachillerato estudié en la Universidad Mariana, de las monjas franciscanas, durante un semestre y casi me reviento. Me obligaban a ir a misa y yo me había convertido en una atea fanática, usaba minifalda y eso no les parecía bien a las monjas, tenía muchos amigos hombres y eso era mal visto. Entonces decidí presentarme a la Universidad Nacional de Bogotá para estudiar antropología.

Llevaba ya diez años en Bogotá en una vida que nunca había imaginado. Metida en la guerrilla, metida en la embajada, con los ojos del mundo puestos sobre nosotros. ¿Qué sabría mi madre? Intuiría que yo andaba en ese sambombe. Los días iban pasando, lenta y rigurosamente.

En la embajada no solo zumbaron las balas, también zumbó el amor. La Chiqui y Rosemberg hacían pareja, venían de un operativo donde habían trabajado juntos y se habían enamorado. Jorge y María tenían un hijo, que dejaron con sus abuelos para meterse en el operativo. El Tupa terminó enamorado de María, haciendo un triángulo amoroso, que atormentó a muchos pero que ellos llevaron con tranquilidad. Muy al final se armó la pareja de Vicky, la médica, y el negro Jenaro, que eran como el agua y el aceite, pero se quisieron y estuvieron un tiempo juntos. En torno a Renata se movían todos los gallinazos. Napoleón, René y Pedro casi se desbaratan por ella. Cada cual intentaba ganarse sus amores y así llegaron a detestarse, pero Renata no quedó con ninguno. Se encontró después con Toledo Plata y se hizo su compañera.

Como los amores estaban prohibidos dentro de la estructura militar en la embajada, Miguel y yo nos escondíamos, con la complicidad de quien estuviera en la cocina, para bañarnos juntos al mediodía después de la guardia. Huyéndole a Jenaro, que era como el prefecto de disciplina, aprendimos a hacer el amor apurados y sin desvestirnos; un juego íntimo y delicioso. Con el tiempo fuimos ganando espacios, era injusto que las parejas no tuviéramos un momento para querernos.

El gobierno no aceptó que las negociaciones fueran dentro de la embajada y propuso acondicionar una camioneta en la calle.

—Hay que mostrarle al país una figura que despierte simpatía y que mejor que una mujer, pero además una mujer chiquitica —dijo Rosenberg.

Y escogió a La Chiqui que era una mujer muy valiente, con gran capacidad de comunicación pero con la desventaja de ser demasiado pasional y radical. Ella lo sabía y le tocó aprender a oír, a responder, a no dejarse llevar por los impulsos. La Chiqui era un pequeño ser amoroso, siempre tenía un detalle, una sonrisa para acercarse; esos gestos la hicieron muy querida para los embajadores y la afianzaron como negociadora. Esa mujercita se creció en su papel de negociadora, pero en la complejidad de los seres humanos también se le subieron los humos. Es muy fácil deslumbrarse con el poder y elevarse con los halagos. Por eso La Chiqui fluctuaba entre nuestros amores y desamores.

Ella estuvo acompañada por el embajador de México a lo largo de todas las negociaciones. La Chiqui, Rosenberg y Jenaro, centralizaban la información y las decisiones. Hubo un momento en que la mayoría del comando se sintió aislado. Nuestra tarea se redujo a vigilar y mantener el orden interno. Nos enterábamos por los embajadores de la marcha de las negociaciones.

Cuando se habló de la posibilidad de salir de la embajada sin los compañeros presos de La Picota, algunos nos opusimos, no concebíamos que renunciáramos al principal objetivo del operativo. Con la toma habíamos logrado un gran triunfo político: el diálogo con el gobierno, el reconocimiento como fuerza beligerante, la denuncia de la situación de derechos humanos, y nos conquistamos el corazón del pueblo. Pero ese triunfo se quedaba a medias; nuestra consigna, grabada como con cincel y martillo, de dar la vida por la libertad de los compañeros presos quedaba en el aire. Finalmente aceptamos con alguna reserva la decisión de salir sin los detenidos, en ese momento fue muy difícil entender que había qué negociar; pero ahora, mirando desde la distancia, pienso que las cosas debieron ser así. Salimos el 27 de abril con un grupo de 12 rehenes hacia La Habana, Cuba.

Nos llegó una vida con la que no contábamos. ¿Y ahora qué? Yo no contaba con eso: salir viva y salir sin ellos.

## 2.

El 17 de enero de 1974, a las seis de una mañana bogotana de cielo gris y aire frío que calaba los huesos, me recogió un compañero. Subimos hasta la parte alta del Parque Nacional donde hicimos la reunión. Ese día se realizarían dos operativos para lanzar a nivel nacional el nombre de la organización: Movimiento 19 de Abril. A nuestro comando le correspondía robarse la espada del libertador Simón Bolívar para tenerla como un símbolo de la lucha por la

independencia y la democracia. Álvaro Fayad nos hizo los planos, nos distribuyó operativamente por parejas y nos dio las instrucciones finales.

Llegamos a la Quinta de Bolívar sobre las 5:30 de la tarde. Me correspondió vigilar las afueras para contener cualquier acción del ejército y la policía, y facilitar la salida de los otros compañeros. Por primera vez actuaba con una persona que no era del grupo tradicional, un pereirano lleno de temor al que tuve que descrestar diciéndole que había participado en muchos operativos. Recuerdo que no nos dieron armas de fuego sino granadas, y como nunca las había usado me sentí indefensa. Me daba mucho más seguridad un revólver, una pistola o una carabina San Cristóbal. Vi cuando los compañeros golpearon al celador para reducirlo. Me partió el alma ver un hombre que quería gritar y no podía, que no quería rendirse. Nuestro trabajo afuera se redujo a devolver algunos turistas diciéndoles que el museo ya estaba cerrado.

Las cosas salieron bien, Fayad pasó con la espada debajo de una maxirruana roja, se montó en un carrito y adiós. Nosotros esperamos a todos los compañeros y les recibimos las armas. Luego empezamos a bajar y nos encontramos de frente con una patrulla.

—Fresco, écheme el brazo encima y sigamos caminando —le dije al pereirano para tratar de relajarlo.

Y no pasó nada, la patrulla hacía una ronda de rutina. Unas cuabras abajo me despedí y en la avenida 19 abordé un bus. La programación habitual de la radio se interrumpió para anunciar una noticia de última hora: “Extra, un grupo que se autodenomina Movimiento 19 de Abril acaba de robarse la espada del libertador Simón Bolívar y de tomarse la sede del Concejo de Bogotá, en dos operaciones simultáneas...” ¡Miércoles! Las armas sonaban en el bolso al vaivén del pesado tráfico. Ese viaje fue larguísimo. Llegué a la casa, saludé a mi compañero, guardé los fierros y empecé a jugar con mi hijo. Mientras la radio molía y molía la noticia él me miraba con curiosidad.

—¿Vos estuviste en eso?

—Yo no, yo estaba en una cita en la universidad.

No quería decirle nada.

El episodio de la espada conmovió el país. Aún hoy siento alegría de haber vivido el Eme desde su nacimiento; mejor dicho en su nacimiento público, porque ya había participado de su nacimiento real en 1971.

Cuando llegué a la Universidad Nacional en 1970, encontré un mundo desconcertante. Los del MOIR me metieron en una célula pero rápidamente empezaron los problemas. En un encuentro universitario habló Marcelo Torres, nuestro líder, y como no le entendí no lo aplaudí. Después hablo Ricardo Sánchez, un “perro troskista”, que se echó un discurso radical contra la universidad y el capitalismo y lo aplaudí entusiasmada. Entonces mis compañeros de militancia

empezaron a mirarme mal y a aislarme. Protesté por ese tratamiento y pedí una entrevista con Marcelo Torres.

—Bueno, la cosa es muy fácil, si usted deja de hablar con alguna gente y de hacer esos cuestionamientos que está haciendo, yo mismo me encargo de hacerle una buena propaganda. Pero si sigue como va, esto se cerró para usted —me dijo.

A mí me pareció que quería comprar mi silencio. Y yo quería conocer el abanico de posibilidades que tenía la izquierda.

—Gracias, me voy —le dije.

Terminé siendo parte de un grupo que se llamaba La Plaga, una cantidad de estudiantes que no éramos afiliados a ninguna organización, pero que tirábamos piedra y simpatizábamos con los ideales revolucionarios. La Plaga se convirtió en un caldo de cultivo para las guerrillas, muchos de esos muchachos se fueron para el monte. En medio de los debates y las confrontaciones que se vivían a diario en la universidad, fue creciendo mi admiración por los grupos alzados en armas, especialmente por el Ejército de Liberación Nacional, ELN, que estaba en auge.

De La Plaga tal vez los únicos que no se transaron con la guerrilla fueron los del combo de Cuero, Salsa, Rata y Papapicha. Unos locos que tenían nexos con la marihuana, con el hipismo, que eran muy radicales, contestatarios, muy violentos.

Mi gran expectativa era tener alguna relación con la guerrilla. Había un amigo que me decía:

—La guerrilla es como Dios, está en todas partes y lo ve a uno. Hay que ser buen militante de la causa revolucionaria, prepararse muy bien para que lo llamen.

Y me llegó el llamado, pero desde un lado que nunca imaginé: Rogelio Castaño, un compañero de antropología a quien le decíamos Correcaminos, me vinculó con el grupo inicial de lo que sería el M-19.

—Vamos a conocer a un guerrillero que estuvo en las FARC, muy amigo mío, te lo quiero presentar. Con él vamos a trabajar —me dijo.

Viajamos a la ciudad de Pereira. Esa noche casi no duermo; pensar en encontrarme con un guerrillero era una fantasía. Nos levantamos muy temprano a cumplir la cita; esa imagen nunca se me olvidará. Llegamos a un cafecito de un barrio, nos tomamos un tinto y llegó un hombre de pelo negro y crespo, vestido con una camisa azul clara, de cuello abierto y de manga corta. Me saludó con una sonrisa cálida, como si me conociera de toda la vida. Yo no decía nada, sólo miraba al hombre guerrillero y le buscaba las cicatrices de la guerra. Noté que le faltaba un pedacito de oreja, me imaginé que se lo habían bajado de un tiro, pero luego supe que en realidad era una marca de nacimiento. El tipo me pareció encantador. Era Iván Marino Ospina.

Con Iván, que vino a vivir a Bogotá un tiempo después, y con su compañera Ana María, formamos las primeras células de la nueva guerrilla urbana.

—Somos un grupo que está por la unidad guerrillera. Nuestra primera consigna será FARC más ELN más EPL igual victoria. Vamos a apoyar a todos los grupos del monte —nos decía Iván.

Él fue mi tutor, mi maestro, mi padre. En esa época conformábamos una familia, ligada por relaciones de parentesco y amistad. En el Eme los afectos funcionaron mucho como medio de iniciación. Había un plano de igualdad y camaradería donde no tenían cabida las cartillas y los discursos tradicionales, se quería romper con el teoricismo de la izquierda.

Fui víctima de mi primer operativo a finales del 71. Levanté la información para robarle una colección de armas a la familia de un amigo. Aunque lo quería mucho, porque era como mi hermano, sabía que esas armas las necesitaba la revolución. Yo estaba en esa casa, estudiando como de costumbre, cuando entraron unos hombres armados que nos amarraron y nos taparon la boca con una cinta adhesiva. Desempeñé muy bien mi papel: Puse la cara de terror que se correspondía con las circunstancias. Entre los asaltantes estaba Iván Marino y un personaje sacado de alguna tira cómica de policías. Su imagen era chistosa: Un tipo muy alto con una gabardina que le llegaba a mitad de brazo, unos pantalones corticos y unas gafas oscuras de donde salía una prominente nariz. El hombre tenía una pistola desasegurada y mamaba gallo con todo el folclor del mundo, como si estuviera visitando unos viejos amigos. Hablaba con el dueño de la casa, le preguntaba por el papá y la mamá, qué arma quiere conservar, qué libros le gustan, présteme este libro... actuaba con un desparpajo tal que yo pensaba que nos iba a matar.

Ese robo originó algunas investigaciones rutinarias de la inteligencia militar y por este motivo me desvinculé unos días de la organización. Cuando me encontré de nuevo con Iván, le pregunté:

—Hombre, ¿de dónde te sacaste ese novato tan chistoso?

—No es un novato, ya lo vas a conocer —me dijo en medio de risas.

Se trataba de Jaime Báteman Cayón, un hombre que se salía de todos los esquemas tradicionales del revolucionario, que llenaría el nuevo proyecto de una vitalidad inusitada. Todo el cuento en el robo de las armas de “présteme ese libro yo se lo devuelvo” era para propiciar un nuevo encuentro. Nos puso una cita a las víctimas del atraco, devolvió el libro y nos propuso militancia. Mis amigos dijeron que lo pensarían y yo le dije que no me interesaba.

En ese tiempo apareció mi primer gran amor. Desde que llegué a la universidad tuve pretendientes retacadores, todos me lo pedían. Yo venía de una ciudad muy recatada y no había pasado por esa experiencia de que los hombres me invitaran de repente a hacer el amor. Un amigo, el Negro Valdez, el más veterano del grupo, me servía de paño de lágrimas.

—No sea boba, todo el mundo de aquí en adelante se lo va a pedir y usted tiene dos opciones: O se hace la veterana y los desprecia

olímpicamente o se dan cuenta de que usted es virgen y se la montan. Más vale que sea despectiva, pero no responda con miedo —me aconsejó.

Esa recomendación me sirvió mucho porque el aleteo de los gallinazos era permanente y aprendí a despacharlos con facilidad. Finalmente me enamoré de Ramiro, un militante de otra organización que no encajaba dentro de los esquemas revolucionarios, hablaba poco en público y no era un líder destacado. Me encantó de él su ternura y su imagen de efebo griego: Un pelo castaño oscuro crespo, un cuerpo delgado con unas formas muy lindas, un color de piel dorado y un rostro muy varonil. Resultamos haciendo el amor por simple necesidad de compañía; yo tenía fiebre y él me quería cuidar. Buscamos un hotelucho barato, donde la noche valía ochenta pesos; las piezas eran unos pequeños cubículos separados por una lámina de madera delgada, con una camita doble y una mesa, sin baño privado. Ahí pasamos nuestra primera noche y creo que eso o un palacio hubieran sido lo mismo para nuestro deseo. Fue una iniciación sexual, en medio de toda la ternura que puede tener una pareja. Yo conocí la explosión de la felicidad sexual. No me importó que al otro día en la ducha fría me doliera todo y el cuerpo todavía echara humo de la fiebre, porque había amanecido llena de gozo.

Después de que se descubre el amor no lo para nadie. Cuando no teníamos plata para pagar el hotel hacíamos el amor por la noche, a la luz de la luna, ¡con un frío!, en los prados de la universidad. En el peor de los casos nos descubrían los celadores, pero ellos eran muy complacientes con el amor de los universitarios. La Nacional significó mucho en mi vida, fue el inicio del amor, de la solidaridad, de mi compromiso con la revolución, fue el descubrimiento de un mundo nuevo.

Me fui a vivir con Ramiro durante un cierre de la universidad y no tardó mucho el embarazo. Aunque nos sorprendió la noticia no fue difícil tomar la decisión de tener un hijo; existía un gran amor entre nosotros. Ramiro dijo ¡qué lindo un niño! y a mí me pareció lo más normal ¡qué lindo un niño! Estábamos los dos para afrontarlo, ¡listo!, era tan fácil, era tan irresponsablemente fácil tener un hijo.

Al inicio, el embarazo no alteró mi ritmo de vida, seguí entrenando por los cerros de Monserrate y Guadalupe y cumpliendo con todas las rutinas de la organización. Fueron los compañeros los que me limitaron. Cuando tenía seis meses iba a participar en el asalto a una estación de policía. Cuando llegué al sitio acordado, con los fierros debajo de una ruana se largó un diluvio, y aunque me estaba mojando, esperé ahí porque había aprendido que cuando era en un sitio no era en otro. Como a la hora, a Yamel, que estaba muy tranquilo en una cafetería, se le ocurrió asomarse a la esquina y me vio. Sintió una gran tristeza de verme mojada y con cara de desamparo. Y mucho más cuando le entregué los fierros y vio mi avanzado estado de embarazo.

—¿Y usted está embarazada? ¿Y usted va ir a la acción? —me preguntó.

—¿Pero qué tiene?

—Cómo se le ocurre, yo con usted no voy. Uno o la cuida a usted o se preocupa de la acción. Espere, tenga el hijo y después piensa.

Entonces me dediqué a cuidarme el embarazo. Mi madre vino para acompañarme en el parto. Las contracciones empezaron un domingo y a las 24 horas todavía no había dilatado lo suficiente. El trabajo de parto fue muy lento. En el hospital me dejaron sola en una sala, agobiada por el dolor y el desconcierto, hasta que grité desesperada. Los dolores se calmaron con la anestesia raquídea que me puso el médico. Como a la hora nació mi hijo, en un parto más o menos normal, bueno un parto sin necesidad de cesárea después de unas 36 horas de trabajo. Al niño lo metieron esa noche a la incubadora para recuperarlo de la depresión que le produjo la anestesia y a la mañana siguiente me lo entregaron. Siempre tuve la certeza de que ese primer hijo sería un varón. Nació el 13 de agosto del 73 y lo llamamos Juan Diego.

Vivíamos en una casita en un barrio popular de Bogotá. Ramiro era maestro y yo gozaba de licencia de maternidad, pues trabajaba como cajera en una papelería para costearme todos los gastos del parto. Se terminó la licencia y se reabrió la universidad pero me dediqué de tiempo completo a la crianza de mi hijo.

Fui, en ese tiempo, una madre dentro de todos los marcos tradicionales: dedicada a cocinar, lavar pañales y amamantar a mi hijo. Los compañeros de la organización me visitaban pero ninguno me proponía reintegrarme a los trabajos.

—¿Por qué me tienen abandonada? —le pregunté un día desesperada a Iván.

—¿Cuál abandonada? Es que usted está criando un hijo.

—Pero yo quiero trabajar de nuevo con ustedes.

Estuve casi un año dedicada a la crianza y a oír novelas de radio, hasta que empecé a sentir que esa realidad me asfixiaba. Me hacía falta la universidad y la política. Entonces me reintegré a la actividad operativa.

Al poco tiempo empezó a reventarse la pareja. A esa relación la mató más que la divergencia ideológica, la cotidianidad. Fui la esposa de un hombre que me ayudaba a lavar los sábados y domingos, que era un buen padre en la medida en que sabía cambiarle los pañales a su hijo, que me lo pasaba para que lo amantara... pero fue el típico marido que sostenía que la mujer tenía que estar en la casa mientras el hombre daba la comida. Cuando alguno de los dos tenía que sacrificar sus actividades para cuidar el niño, siempre me tocaba a mí; su vida política y laboral no se veía tan alterada como la mía.

Además la clandestinidad daba entre otras cosas para que me pusiera cuernos. Mientras él pasaba la noche con una novia, yo creía que lo

habían pillado y tenía que salir a la madrugada con mi hijo a esconder sus cosas y las mías. No me daba cuenta de lo que ocurría, nunca sentí celos, nunca se me ocurrió que el compañero se quedaba fuera de la casa por algo distinto a la revolución. Por eso cuando descubrí las cosas dije ¡no! A mí no me dolió que tuviera otra novia sino que me engañara, eso no lo soporté. Yo también puse cuernos a nombre de la revolución, ¡claro! No muchos, pero sí puse. La clandestinidad daba para todo, nadie te podía preguntar dónde y con quién habías pasado la noche anterior.

A Ramiro además le producía inseguridad la relación con una mujer que estuviera en un plano de igualdad, por eso trataba de subestimarme. Yo pasaba a ser la boba, la fea, la contrarrevolucionaria, la que no sabía hacer las cosas, la que no servía para nada.

—Usted jamás logrará ser una revolucionaria, no tiene condiciones para eso. Ustedes son una partida de aventureros muy simpáticos, pero sin futuro —me decía.

Años después me escribió a la cárcel una carta donde decía que la vida le había demostrado que las cosas eran muy distintas. Pero en ese tiempo ellos, los de su grupo, eran los buenos, los de la experiencia, los de la razón política.

Una vez separada y metida de nuevo en los operativos, mi hijo se vio envuelto en una cantidad de circunstancias que hoy en día el sólo recordarlas me produce horror. Es increíble lo que éramos capaces de hacer con la vida de los hijos, nos íbamos a un operativo y los dejábamos en manos de la mujer de cualquier compañero. Podíamos regresar o no, ¿y los niños? A veces nos acompañaban mientras íbamos armados, estaban presentes en las reuniones. Me acuerdo de mi hijo jugando con un carrito en torno a la mesa haciéndome preguntas.

—Mami, ¿por qué dicen que los van a matar? ¿Por qué la policía es enemiga de ustedes?

Esas preguntas en un niño de dos años, tres años. Lo recuerdo callando su nombre.

—Tú no puedes decir cómo te llamas, y si te preguntan cómo me llamo yo, dices que no sabes, que tú me dices mamá —le advertía.

Mi hijo se tenía que cambiar de nombre y llamarse Panchito a los cuatro años. Los nuestros fueron niños metidos en una dinámica que no tenía nada que ver con ellos. Veían un policía y se asustaban porque sabían que era posible que a su mamá le pasaran cosas. Pero en ese momento era la posibilidad que teníamos de estar con ellos. Esas situaciones se fueron haciendo cada vez más insostenibles; llegó el momento en que tuve que decidir o ser madre o ser guerrera, porque la dinámica de los acontecimientos impedía conciliar las dos cosas. Es que en la guerrilla ser mando mujer es un esfuerzo doble: No sólo hay que hacer lo mismo que hacen los hombres sino que hay que hacerlo mejor para poder ser valorada. Las mujeres que íbamos ganando posiciones de mando, con algunas excepciones, nos quedábamos solas.

Si éramos buenas guerreras no éramos las esposas ideales para nadie. Construir vida familiar significaba renunciar a la organización. Muchas renunciábamos a ser madres y esposas por mantener los espacios de guerreras, y los hijos se quedaron solos.

En el 74 es el surgimiento público del Eme con el robo de la espada y la toma del Concejo. Desde Los Comuneros rondaba la idea de robar la espada, como una forma de recuperar la historia nacional. Una vez le hicimos una intentona y se nos desbarató porque se le soltó un tiro a un compañero cuando ya estaban adentro y les tocó salir corriendo. En esa ocasión me correspondió hacer la contención con Báteman. No pasó nada.

Con el robo de la espada cambiaron muchas cosas. Se hizo pública la relación, que incluso yo desconocía, de la organización con un sector de la ANAPO. Me metí a hacer trabajo político con el periódico Mayorías, que buscaba canalizar las bases de la ANAPO hacía una propuesta radical. Pero como las acciones militares del Eme se intensificaron, los organismos de seguridad arreciaron sus cerco contra los dirigentes anapistas y los que trabajábamos en el periódico. Especialmente después de que el Eme mató al dirigente sindical de derecha José Raquel Mercado, la situación se volvió insostenible. Empezaron a detener a todos los dirigentes y sabíamos que seguíamos nosotros. Yo podía aguantarlo todo, pero mi hijo ¿qué? Es en ese momento que yo decido desprenderme de él. No lo podía arriesgar más, el niño ya había estado en cosas absurdas.

Ramiro para esa época estaba retirado de la política, entonces decidí dejarle el niño en su casa sin consultarle. Después de eso se desencadenó la verdadera clandestinidad, rodaba todas las noches de un sitio al otro. Ramiro, un poco asustado y con algo de razón, se perdió con el niño. Durante más de un año estuve buscándolos, corría en la calle persiguiendo a alguien que se les parecía y me encontraba con una cara desconocida. Cuando por fin logré localizarlos me propuse mantenerme alejada del niño aún amándolo mucho, sabiendo que mi cercanía podía ser un riesgo. Para mí era muy triste pasar al frente de su casa y no poderme detener. Solo lo veía cada mes en los alrededores de Bogotá.

En ese tiempo se clandestinizó la mayor parte de la organización, se inició la conformación de guerrillas móviles en el campo y la organización tuvo un crecimiento acelerado. Todo marcha más o menos sobre rieles hasta que sucede la historia del Cantón. El 30 de diciembre de 1978, Jaime Báteman me citó en una cafetería de Teusaquillo para encomendarme una misión y me presentó al compañero que me acompañaría.

—Preséntense con el carro mañana y llevan unas armas cerca a Ibagué —me dijo.

Nos cargaron el carro el 31 de diciembre. Partimos con la misión de entregar las armas en la mañana del primero de enero. A las 12 p.m,

cuando empezaron a sonar las sirenas y a estallar los cohetes para celebrar el año nuevo, pasábamos por un retén de la policía.

—Feliz año —saludamos y pitamos.

—Adiós muchachos, feliz año —dijeron los policías y nadie revisó el carro.

Volvímos frescos a Bogotá. Solo vine a saber el 2 de enero de dónde habían salido los fierros, cuando por los medios de comunicación soltaron la noticia de que el M-19 se había robado unas armas del Cantón Norte. Ese fue un trabajo que un comando realizó durante dos meses. Alquilaron una casa frente a la guarnición y desde allí hicieron un túnel de 75 metros de largo hasta el depósito de armas, sacando más de treinta toneladas de tierra. Terminaron el 29 de diciembre, durante los días siguientes sacaron las armas.

Con ese golpe en todo su corazón, el ejército inició una completa cacería de brujas. Centenares de personas fueron detenidas y torturadas acusadas de ser de la organización. Entre ellos cayó la mayoría de nuestros cuadros de dirección. A mí me tocó viajar a Melgar, al lado del río Magdalena, donde hay una base del Ejército y otra de la Fuerza Aérea, para camuflarme y servir de enlace. ¿Qué mejor escondite que la boca del lobo? Desde allá recibía cada día noticias terribles sobre las detenciones y torturas a los compañeros.

En Melgar yo pasé por una niña excéntrica y solitaria, con muchos temores y necesitada de reposo porque me había separado del marido. Para asegurar mejor las cosas, me conseguí un noviecito de la Fuerza Aérea con el que caminaba las calles y hacía ejercicio. Cuando salía de Melgar a cumplir misiones de la organización me convertía en la guerrera que levantaba información, trasladaba armas, hacía contactos. Me perdía 15 días en los cuales nos trasladábamos de la Guajira al Caquetá por las trochas del país. Trabajé mucho con Manuel, un hombre al que, a pesar de todas las dificultades, nunca le faltó el optimismo. El tipo siempre andaba fresco, sonriente, la aventura con él eran un botadero de adrenalina.

Cuando regresaba al pueblo me sentía mareada, y mis manos y mi boca se adormecían. Las paredes de la casa eran irreales. Qué soledad, qué soledad tan terrible. Vivía una doble realidad que me llevó a una grave crisis de personalidad. Entonces busqué a Wílliam, un viejo amigo que conocía desde la universidad, que había trabajado sobre la esquizofrenia, y le conté mi crisis. Él me ayudó a poner los pies sobre la tierra.

—Diferencie bien sus papeles —me dijo.

Además me regaló una pastilla de cianuro, mi mejor defensa ante la posibilidad de una detención. Prefería el suicidio a la posibilidad de la tortura. Esa pastilla me acompañó un tiempo, la perdí en la selva del Mira.

Después de eso, Toledo, que era reconocido públicamente como el jefe del M-19, llegó a vivir conmigo. Esconder al viejo fue una odisea;

lo presenté en el pueblo como un tío. La señora que vivía enseguida se mantenía muy interesada en conversar con él.

—El es un tipo muy neurótico, no le gustan los amigos —me escurría.

De vez en cuando el tío se ponía un sombrero, cogía su bastón y salía a tomarse una cerveza y otra vez para la casa. Tuve con el viejo Toledo una relación muy bonita. Se levantaba temprano y cuando se paraba a mirarme desde la puerta me despertaba para que saliera a hacer ejercicio. Se moría de la risa porque decía que yo tenía mucha sensibilidad. Él jugaba con eso y con su posibilidad de comunicarse mentalmente; le gustaban todas esas carretas. Yo salía a caminar con mi noviecito y cuando regresaba ya tenía la comida preparada. Me sentaba con él a hablar...

Por esos días se realizó la VII conferencia de la organización; yo no asistí porque era la única persona afuera que podía tener contacto con ellos. Aunque me sentía débil frente a esa responsabilidad, la pastilla me tranquilizaba; si me descubrían, de mi boca nunca iban a saber dónde estaba la gente de dirección.

En noviembre del 79 empezó el consejo verbal de guerra contra los detenidos del M-19. El más grande en la historia del país, más de 300 personas. Vi las imágenes de los noticieros, cuando los muchachos entraron al salón de audiencias, en la cárcel La Picota, haciendo con los dedos la V de la victoria. Lloré a mares y entonces decidí venirme. Quería estar con ellos y abrazarlos. Dije: pal carajo este destierro, esta situación no la sigo viviendo sola.

### **3.**

Salimos de la embajada en varios buses rumbo al aeropuerto El Dorado donde abordamos un avión cubano. En la avenida la multitud nos despidió con pañuelos blancos. Hasta los soldados nos decían adiós, así por debajito del fusil; para ellos también se terminaba una posibilidad de guerra. Salimos con el corazón triste de pensar que los amigos seguían en la cárcel.

Después de un breve descanso nos concentramos en unas escuelas de entrenamiento donde afloraron todas las tensiones acumuladas tras dos meses de encierro. De esa temporada lo que más recuerdo es la dramática situación de La Chiqui. Mientras su imagen de heroína había quedado en la memoria de los colombianos por su papel en las negociaciones, ella se hundió en una profunda crisis personal por causa de los males de la salud y del amor. Ella sufría de tiempo atrás una enfermedad en la columna, por la que los médicos la tenían prácticamente desahuciada, por eso la organización le propuso que se internara en un hospital para hacerse un tratamiento. Su posición fue radical:

—Yo no quiero pasar meses o años en una clínica, en recuperación, yo sé que es eso. Quiero dar hasta donde pueda y si me tengo que morir, me muero, pero no quiero saber de clínicas.

La situación se complicó porque decidió terminar su relación con Rosemberg e iniciar un romance con el sardino Marcos. Y eso generó algunos altercados que Toledo quiso resolver imponiendo la disciplina. En asamblea le exigieron a La Chiqui que, en respeto por el dolor de su compañero, debía guardar viudez un tiempo.

—¿Cómo así? Yo no tengo por qué guardar viudez a nadie, yo no puedo ser la sancionada —dijo ella.

Marcos, que era un muchacho muy contestatario, de esos a los que la disciplina militar revienta, también decidió enfrentar la situación y se lanzaron a vivir su amor. Esto hizo que a La Chiqui le cayera el peso de la autoridad, que se le quitara el mando de su escuadra y se le impidiera opinar. Estas decisiones y su enfermedad la hicieron entrar en una grave depresión.

Por la manera autoritaria como La Chiqui había ejercido el mando, algunos estaban de acuerdo con las sanciones y otros simplemente se callaban. Yo, especialmente por mis diferencias con Rosemberg, no había hecho mucha amistad con ella, pero al verla en esa situación tan crítica, me acerqué para acompañarla en su dolor.

—Me quiero morir, esto me hace mucho daño —decía.

Al finalizar la escuela le pidió a la organización que le permitiera irse a pelear con la guerrilla de El Salvador, pero la petición no fue aceptada. Decidieron enviarla con la columna de Élder Marín al departamento del Chocó. Cuando nos despedimos, aunque estaba mejor porque irse a la pelea le daba alicientes, de todas maneras la vi derrotada. Al pelao Marcos lo mandaron con nuestra columna, que entraría por el departamento de Nariño. Los separaron y nunca más se volvieron a encontrar. Ella murió en los primeros combates en el Chocó, donde prácticamente toda la columna fue aniquilada.

Las dos columnas debían cruzar una parte del territorio nacional para iniciar una nueva etapa de confrontación contra el gobierno, pero el resultado fue un rotundo fracaso militar. Nuestra columna, comandada por Toledo, llegó el 5 de marzo del 81 a la desembocadura del río Mira, en el sur de la costa pacífica colombiana, en un barco de contrabandistas que abordamos en Panamá. A la media noche nos sacaron en balsas hasta una playita donde abordamos once lanchas con motor, conducidas por nativos de la región.

Navegamos río arriba, sin que parara de llover; al amanecer llegamos a una playa llamada La Honda, donde instalamos el campamento, nos organizamos por pelotones, compañías y escuadras, y distribuimos las dotaciones. Resulta que la playa era sólo un lecho seco, y como llovió todo el día, por la noche el río copó todo su cauce e inundó el campamento. Se llevó por delante lo que pudo: uniformes, tirantas, cartucheras, lonas, comida... A tuestas, mientras caía un

aguacero, hicimos salvamento. Perdimos la primera batalla contra un enemigo que no tuvimos en cuenta. Al día siguiente instalamos de nuevo el campamento y sentimos las primeras cosas raras, oímos silbiditos como de contraseñas, pero luego de explorar el terreno nos quedamos tranquilos.

El 8 una plomacera interrumpió nuestra primera comida caliente con la que estábamos celebrando el día internacional de la mujer. El ejército realizó un ataque fulminante contra la escuadra de retaguardia, mató a todos los compañeros, con excepción de La Caleñita que quedó herida en un brazo. Cuando Toledo pidió voluntarios para hacer la contención y tratar de rescatar los heridos, Miguel se ofreció. Él siempre fue voluntario para todas las peloterías, no tenía instinto de conservación, no conocía el miedo, lo hacía con una confianza en sí mismo que a mí me erizaba. Ese loco se metía entre los tiros, brincaba, saltaba, se movía como una liebre. Nos abrazamos muy fuerte como esperando que las cosas pasaran rápido; lo vi partir con el alma triste, pero en esas condiciones uno no le dice a su compañero no te vas, le dice que te vaya bien.

El panorama era realmente desconsolador. El ejército nos detectó mucho antes de lo previsto, tal vez porque nos rastrearon desde Panamá o porque los bogas que nos transportaron salieron a sus pueblos a beber y a contar de los extraños pasajeros. Estábamos completamente rodeados. Río arriba teníamos el Macizo Colombiano, un nudo de montañas imposible de cruzar; río abajo se instaló la naval para impedirnos la salida al mar; el ejército bloqueó el paso a Ecuador por el río Mataje y destinó un grueso de hombres a operación rastrillo. Después de los primeros combates se dividió la columna en dos para intentar romper el cerco. Un grupo marcharía encabezado por Rosemberg y otro por Toledo.

A la columna de Toledo el ejército le pisó permanentemente los talones; el último combate, de cinco horas, lo sostuvieron pasando la frontera. La columna nuestra, la de Rosemberg, no tuvo enfrentamientos porque cogió una ligera ventaja. Caminábamos día y noche parando solo una hora para tomar agua y comer dulce. Sabíamos que el ejército acechaba porque escuchábamos ruidos y porque dos compañeros que salieron a hacer una exploración nunca regresaron. Alcanzamos a oír unos disparos. En esos días de acoso del ejército, donde a duras penas las fuerzas alcanzaban para sobrevivir, me sentaba a pensar en Miguel y se me abría un hueco en mitad del pecho convencida de que había muerto. Me encontraba con los ojos de Ivana, una chica costarricense a la que le mataron a su compañero. Mirábamos para otro lado y seguíamos, no había un minuto para abrazarnos y decirnos lo que estábamos sintiendo.

Caminamos por la selva durante ocho días hasta que por fin llegamos al río Mataje y pasamos a territorio ecuatoriano. Aunque nuestras fuerzas no daban para más, nos adentramos aproximadamente

un kilómetro para sentirnos más seguros. Rosemberg siguió por una trocha buscando hacer contacto con el pueblo más cercano y nosotros nos quedamos descansando. Nos confiamos demasiado, solo cuando sentimos disparos nos dimos cuenta de que estábamos rodeados.

—Ríndanse —nos gritaron.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Ejército ecuatoriano o colombiano? —les preguntamos.

—Ejército ecuatoriano.

—No disparen, somos del M-19, no los vamos a agredir.

El gordo Arteaga, responsable del grupo en ese momento, salió; tras él fuimos saliendo los demás. Cuando quedamos todos al descubierto, empezaron a aparecer los soldados y vimos que en realidad se trataba del ejército colombiano. Se identificó el capitán al mando.

—Ustedes son mis prisioneros.

—Este es territorio ecuatoriano. Nosotros hemos pedido asilo y ustedes tienen que respetarnos la vida.

Rosemberg alcanzó a llegar hasta el pueblito y se encontró con el grupo de Toledo, que ya se había entregado a las autoridades del Ecuador. Entonces empezó la negociación de la entrega. Se elaboró la lista completa de los dos grupos y el ejército del Ecuador exigió al de Colombia respeto por nuestra integridad. En el canje internacional, los ecuatorianos dijeron al gobierno colombiano: Hay sesenta hombres vivos del M-19, ustedes asumen la responsabilidad.

El ejército colombiano nos montó con los ojos vendados en helicópteros y nos llevó a una hacienda, en un lugar que aún no logro ubicar muy bien. Perdí la noción de tiempo y espacio. Me dejaron vendada al sol y al agua varios días. Al inicio no sabía qué había pasado con los demás, si habían tirado gente de los helicópteros, cuántos habíamos sobrevivido. Luego empecé a recibir las señales de vida de los otros; escuché por ejemplo la voz de Tutuy cantando los viejos boleros de la Sonora Matancera. ¡Estaba viva y cantaba! Era tan importante oírla cuando pensaba que estaba sola. El día que me quitaron las vendas, con los ojos heridos por el sol, empecé a ver poco a poco a los compañeros amarrados en un corral de ganado. Yo soy miope pero los distinguí a fuerza de conocerles estaturas y formas. De pronto alcancé a ver a Miguel con la camiseta roja que llevaba puesta el último día y lloré silenciosamente al saber que estaba ahí; cada que descubría que un compañero estaba vivo era un gozo infinito.

Al final de esa odisea habían muerto 17 compañeros. Los demás estábamos en manos de los militares. Con nuestra detención, la aniquilada de la columna del Chocó y los detenidos de La Picota, la organización parecía acabada. Sin embargo, la audacia de Báteman y de los que estaban afuera hizo que en poco tiempo la situación se transformara.

Nos trasladaron de la hacienda a la base del Grupo Mecanizado Cabal de Ipiales, para iniciar el consejo verbal de guerra. Nos

capturaron el 13 de marzo y el juicio empezó en junio. En cuanto a torturas nos fue mejor que a los de La Picota, a ellos les aplicaron la picana y el submarino. Pero es muy difícil decir cuáles torturas son terribles y cuáles no. Tenernos diez días sin comer, hasta hacernos desfallecer por inanición e insolación, también es una tortura cruel.

En la etapa de investigación me tocó probar interrogadores de todos los colores y sabores. Recuerdo uno que fue siempre agresivo.

—De estos hombres ¿usted a cuántos se ha comido? —me preguntaba.

—A casi todos. ¿Por qué?

—Usted es una puta.

—Sí ¿y qué?

—Usted es una perra.

—Sí ¿y?

—Con esa cara de mosquita muerta que tiene. Además es bruta.

—Sí, rico ¿y?

El tipo se enfurecía y repetía los insultos en voz alta.

—Usted es una pobre tonta útil; mientras sus jefes están tomando cerveza usted se va a joder.

Yo le respondía cada vez con más cinismo, hasta que le hacía perder los estribos.

—Firme este papel.

—Yo no le firmo papeles en blanco.

—Entonces ponga lo que acaba de decir.

—Yo no he dicho nada, usted es el que ha dicho todo.

Escribía en el papel: "Durante una hora y media me estuvieron diciendo puta, incapaz, tonta útil, todo eso lo oí y lo asentí". Y firmaba pegado sin dejar espacio. El tipo siempre quedaba jodido.

Al que más miedo le tuve fue al último interrogador, el oficial de mayor rango en la inteligencia militar. Me sacaba a pasear y me adulaba todo el tiempo; a veces me tocaba, pero de una manera cariñosa, respetuosa.

—Usted es una mujer muy inteligente para estar en esto, se está desperdiciando, usted debiera cooperar con nosotros —me decía.

Le tenía pánico.

—Si usted no colabora vamos a tener que acudir a la hipnosis y a otras técnicas más complicadas. Yo la entiendo, la admiro, usted nos ha derrotado hasta aquí, tiene una historia muy bien montada, pero nosotros no nos vamos a dejar derrotar, todavía faltan cosas.

Yo sabía que la hipnosis la podía resistir. A Afranio Parra lo detuvieron alguna vez para investigarlo por un trabajo en el que habíamos estado juntos. La inteligencia militar tenía algunos datos y descripciones generales y le aplicaban pentotal a Afranio para completar la información. Y aunque él conocía mi verdadero nombre, mi dirección y todos los datos, no le arrancaron nada.

—Negra, cuando me aplicaban una inyección de pentotal me sollaba cantando, hasta que se cansaban de oír rancheras.

Con el pentotal, Afranio, que tenía espíritu de serenatero heredado de su juventud, se acordaba de las canciones que a mí me gustaban y que me cantó tantas veces.

En Ipiales cada quien se defendió como pudo.

Tutuy, que era una mujer muy linda, se dio cuenta en las primeras de cambio que tenía descrestado al interrogador. Cuando se lo cambiaron, ella dijo que no hablaría sino con el mismo tipo y se ranchó, no soltó una palabra más. Seguramente al hombre le comunicaron que la morena lo extrañaba y la interrogó hasta el final sin presionarla. Terminaron hablando de sus vidas y le reconoció que ella se le parecía a una novia que había tenido.

Nos condenaron a penas que iban de los cuatro a los nueve años. Nos montaron en un avión destartalado sin decirnos el rumbo. Llegamos a una ciudad desconocida y allí nos montaron en un carro de furgón. En un sitio bajaron a los hombres, a las mujeres nos llevaron a otro lado.

Llegamos a la cárcel del Buen Pastor de Medellín. Se habían cuidado de escoger una ciudad donde no tuviéramos conocidos, donde estuviéramos completamente solas, gringas. Librarnos de los militares era muy bueno, pero también teníamos terror a la cárcel. Era una nueva experiencia, tocaba hacer acopio de todas las fuerzas para resistir. Mantener la imaginación viva y las posibilidades de libertad al día, siempre pensando que no iban a pasar los nueve años en la prisión. Algo tenía qué ocurrir que nos sacara.

Beatriz Betancur, una compañera del ELN que era canera vieja, nos contactó para decirnos: aquí estamos las presas políticas, solidarias... Nos pasaron cepillos de dientes, Colgate, jabón. Después nos pasaron a su patio y ella se convirtió en el centro de la fiesta pues sabía cantar y tocar guitarra. El repertorio no era muy grande pero incluía las canciones que nos encantaban, "Como un Pájaro Libre", "Zamba de mi Esperanza", "Veneno". La directora del penal, Sor María Blanca Inés Velásquez, decía que nosotras éramos como unas víboras, entonces armamos el "Grupo Musical Polifónico Las Víboras" y la canción predilecta era "Veneno": Cual reptil ponzoñoso/ tu cuerpo se desliza/ tu cara es la trampera..."

En algunas cosas, las políticas teníamos privilegios; por ejemplo no nos requisaban como al resto de las internas porque sabían que no cargábamos drogas en nuestros genitales, ni teníamos marihuana dentro de las orejas, o en el pelo. Pero nos discriminaban en la entrada de libros, nos querían condenar a leer Vanidades, Selecciones viejas y libros de santos. Nos limitaban la entrada de periódicos; cuando lográbamos que entraran, nos censuraban las noticias políticas. Eso lo peleamos hasta que logramos que inscribiéndonos en la universidad a distancia pudiéramos leer algo distinto. Además nos impedían llevar cualquier insignia, emblema o distintivo de presas políticas, nos

prohibían cantar "Como un pájaro libre", "Mi libertad". Nos impedían reunirnos, estar juntas. Nos restringían las visitas; aunque la Brigada diera las autorizaciones, las monjas decían no.

Estando en la cárcel del Buen Pastor, un grupo del M-19 secuestró a Marta Nieves Ochoa, hermana de Jorge Luis Ochoa, uno de los principales capos del narcotráfico en el país. La mafia colombiana se reunió y conformó el Movimiento Muerte a Secuestradores, MAS, e inició una implacable persecución contra nuestra organización.

Es posible que el MAS se gestara de todas maneras, pero lo precipitó el secuestro de Marta Nieves Ochoa. Eso fue una mala apreciación de Elvencio Ruiz, quien planificó el operativo. No dimensionó el poder que tenía el narcotráfico en ese momento y nos enredó con un enemigo muy poderoso. Estábamos librando una guerra con el ejército, era una época dura después de la embajada, con mucha gente presa, y nos metimos en esa vacaloca con la mafia, que tenía el dinero, las armas y los hombres que quisiera. No habíamos entendido el poder, la capacidad de reacción que tenía el narcotráfico. La idea era muy simple: la mafia tiene plata y no puede pelear contra nosotros porque no se puede destapar. Eso nos costó muy caro. En la cárcel se sentía la presión. El MAS pagaba un millón de pesos por la muerte de cada militante del Eme, estuviera o no vinculado a lo de Marta Nieves.

Allá llegaron Marta Correa, Olga y la cuñada. Todas habían pasado por las manos del MAS y después de la Brigada. El MAS las secuestró un tiempo, las torturó, las interrogó y las entregó al ejército. Marta no tenía nada que ver con la organización pero como su marido estaba involucrado, la capturaron en Cali con su hijita. Después de torturarla, rociaron la niña con gasolina y le pusieron un fósforo cerca.

—O nos cuenta donde están los otros y Marta Nieves o le quemamos la niña —le dijeron.

Con el MAS empezaron los chantajes con los familiares para obtener delaciones. Cogieron mamás, hermanos, niños... para presionar. Ahí se desborda la maquinaria, se desatan los brazos del pulpo. Vos no sabías dónde podía saltar el MAS ni a quién tocaba, ni quién quedaba contaminado. La gente empezó a quebrarse por plata, se compró más de una información, más de un amigo, más de una conciencia. Al Eme le costó mucho esa metida de pata, y al país le costó mucho más.

En la noche del 7 de diciembre del 81 oímos un tiroteo desde la cárcel. Al día siguiente escuchamos en las noticias que en el barrio San Javier habían dado de baja a dos militantes del M-19 y detenido a una mujer llamada Beatriz Rivera. Luego llegó Beatriz a la cárcel; la segunda Beatriz. Ella contó que estaba en la casa con El Mono, que se llamaba John Jairo Restrepo y era su compañero, y con un estudiante de la Universidad Nacional, Alberto Turizo, y sintieron un estruendo tremendo. Les chocaron un carro contra la puerta del garaje y empezaron a disparar. Al inicio dijeron que era el MAS pero luego se identificaron como ejército y policía.

Ellos se parapetaron y respondieron. A Beatriz se le agotó la munición.

—Coja otro revólver y busque la parte de atrás. Yo ya voy —le dijo El Mono.

Ella agotó otra vez la munición y esperó unos minutos a que El Mono saliera. Tembló con el estallido de unas granadas y cuando el silencio se prolongó trató de saltar el muro de atrás, pero no pudo evadir el cerco. En el interrogatorio le decían que El Mono estaba vivo y la había delatado. Lograron confundirla mucho por la información que le presentaban pero no cedió. A los cinco días la remitieron al Buen Pastor y sólo allí supo que Jhon Jairo había muerto.

Beatriz Rivera fue un personaje muy importante para mí, nos encariñamos desde el principio. Era una sardina muy vital. Con ella sentí por primera vez la necesidad de ser maestra. Eso hizo que nuestra relación fuera muy fuerte, me sentía como su hermana mayor. En esa época se llevan a las otras compañeras, del grupo del Mira, para la cárcel de Villavicencio. A Beatriz Betancur la trasladan a Bogotá. Entonces Beatriz Rivera se convierte en el personaje central. Ella tenía muchas ganas de aprender y yo muchas ganas de contarle mi experiencia de trabajo.

Salió de la cárcel en el año 82, con Marta Correa y las otras del MAS. Para mí fue muy duro; me alegró mucho su libertad, pero quedé sola. La Beatriz que se había pintado y arreglado —porque los preparativos de salida eran todo un ritual— se quedó de última, y cuando me abrazó empezó a llorar.

—Yo no te quiero dejar aquí —me dijo.

—Es que estando vos afuera es como si una parte de mí estuviera libre, así tienen que ser las cosas; hermana, vos afuera nos servís de puente para muchas cosas, para tener noticias, para gestionar con los abogados —le dije.

Salió como un patito feo, despeinada, con la pintura de los ojos corrida.

Unos meses después me trasladaron para el anexo de mujeres de la cárcel de alta seguridad de Buga. Un cambio beneficioso porque con las monjas la violencia era moral, nos consideraban más pecadoras que delincuentes. Ellas ejercían una represión soterrada que pone las rejas en el alma. En cambio en la cárcel civil había violencia física, pero nos dejaban ser presas políticas: Recibíamos visitas, nos entrevistábamos con los sindicatos, con los comités de derechos humanos.

Armamos combo las tres políticas, una puta muy chévere y una negra que habíamos conocido en Medellín, que se ligó a nosotros buscando beneficios a cambio de servidumbre. Ella quería atendernos para que nosotras le diéramos cosas. Cuando se dio cuenta que si nos servía un día nosotras le servíamos al siguiente, y que éramos tan gringas como ella, pero que lo que teníamos lo compartíamos, entramos en una relación de camaradería. La negra Mery fue un puente

de acercamiento y de comprensión del lesbianismo, que nosotras no entendíamos. Nos contaba por qué era lesbiana, cómo amaba a otras mujeres. Nos respetaba profundamente. A pesar de estar enamorada de Fabiola, la Anarca, nunca la asedió, simplemente la cuidaba con mucho amor.

El otro combo lo dirigía El Mono, la mujer-macho, que tenía derecho a varias mujeres. Los enfrentamientos con él se daban porque trataban de avionarnos cosas, y eso no se puede permitir en una cárcel porque se pierde el respeto. El Mono se aprovechaba de cualquier mujer que entraba transitoriamente para montársela como lesbiana y asediarla.

—Mono así no, vos tenés todo el derecho a conquistar pero no vas a atropellar a la muchacha, ella acaba de entrar y está asustada pero no está sola. Si ella te lo da, listo, pero si la vas a forzar es otra cosa —lo braviábamos.

En la cárcel de Buga me enfrenté a un mundo donde la palabra fuerte era muy importante porque a veces evitaba que se llegara a la confrontación. Vos gritabas tres vainas durísimas y no tenías que llegar a los puños. Pero gritar y botar la agresividad es sano. Aprendí todo el vocabulario carcelario, palabras y frases de un calibre que ahora me ruborizan, pero que fueron muy eficaces para las trifulcas; funcionaba mucho el descreste verbal y la historia que podías montar. Uno vale según lo que haya hecho. Si decís que has bajado a dos o tres, tenés más respeto. Era un enfrentamiento de manejo del verbo y de la ofensa.

—¿Usted qué cree? ¿que va ser la primera que yo me lleve?

Cuando vos estás metida en una celda, en ese corral blanqueado, se siente un vacío de entraña, como si los huesos estuvieran deshechos. Aflora con toda su fuerza el deseo de compañía, de que te toquen, de que te acaricien, de que te hablen. Había noches enteras en que pensaba en Miguel y en su amor. Lo deseaba y quería que estuviera ahí.

Recuerdo que un día cualquiera en el Buen Pastor, Tutuy se levantó preocupada y me dijo:

—¿Sabe que por primera vez en mi vida tuve sueños eróticos?

—¿Cómo? ¿Usted nunca ha tenido sueños eróticos?

—No. Nunca en la vida había tenido un orgasmo en sueños. Y es realísimo.

Empezamos a hablar de las fantasías como una forma de realización del deseo. La autosatisfacción sexual era lo mismo, una manera de conservar el cuerpo. De eso uno nunca habla, hace parte de lo íntimo y de lo considerado socialmente como vergonzoso. La gimnasia también fue un buen medio: agotar el cuerpo es casi tan placentero como un orgasmo. Y no había placer igual a las tardes de domingo cuando descansaba del ejercicio agotador, era como una fuga de energía que lograba tranquilizar y poner el espíritu en paz.

A mí me preocupaba que la abstinencia sexual y el alcanfor me produjeran frigidez. Cuando salí de la cárcel corrí a probar que no hubiera quedado frígida.

Para la presa común, que no tiene todo el peso del deber ser, después de los primeros años de cautiverio, el lesbianismo es el único medio para vivir su sexualidad. Cuando logré acercarme a su mundo entendí que lo que había de por medio era una terrible relación con los hombres. Una mujer entra a la cárcel y en los primeros tiempos seguramente recibe cartas y es posible que su compañero o marido la visite. Se dan un besito porque no se puede más. Idealiza ese amor un tiempo. Después de dos o tres años ese hombre se consigue una amante y le manda los hijos para que la visiten. Empieza su soledad. Recurre un tiempo a sus fantasías eróticas, ¿Y después qué? La necesidad de alguien que la abrace y la acaricie, la lleva a los brazos de la compañera. A la primera mujer que se le acerca, que le brinda ternura, le va cediendo, le va soltando amarras y empieza la búsqueda de un placer necesario. Siempre hay una mujer iniciada en las artes del lesbianismo que le cae a la otra cuando está triste. Ellas saben escoger el momento. La relación puede iniciarse por la sola calidez de la compañía.

Las mujeres que no tenemos opción homosexual terminamos enamoradas del cura capellán, del profesor de primeros auxilios, del abogado, para evadir el encierro y la soledad. La situación de las mujeres en la cárcel es terriblemente regresiva. Los hombres tienen visita conyugal y las mujeres no. Esa soledad te revienta tarde que temprano. Viene de la cárcel una costumbre que tuve durante mucho tiempo, de llorar cuando tenía un orgasmo. Aún muchos años después lloraba porque había una confluencia de júbilo y tristeza; era como si el placer desalojara todas las ausencias interiores. Mis amantes no entendían mi reacción, tenía que explicarles que las expresiones de placer que ahuyentaban el dolor se me volvían llanto.

En Buga mi gran compañía fue Fabiola. Ella era de un grupo que se llamaba las "Brigadas Rojas", tres locos que ponían dinamita. Se burlaba mucho del Eme, decía que Álvaro Fayad tenía ojos de fanático islámico. Yo me burlé más de ella cuando salió de la cárcel con una amnistía del gobierno que no compartía.

—Yo de usted me quedaría aquí, hay que ser consecuente, yo de usted me encadenaba a la cárcel. Salir es hincar rodilla en tierra, uno tiene que cumplir su condena —le decía.

—Yo seré anarca pero no pendeja. Yo salgo, no importa que no esté de acuerdo —me respondía.

A Fabiola la mataron, junto con su compañero, en una cafetería de Medellín. De mis compañeras de cárcel también mataron a Beatriz Betancur, y a Ángela que murió al lado de Oscar William Calvo en Bogotá, y desaparecieron a Beatriz Rivera.

Luego de la amnistía del gobierno de Belisario, me trasladaron al Regional del Café y cuando estaba pensando en mi equipo, recordé a Beatriz Rivera. Sabía que las cosas estaban muy duras para ella en Medellín. Teníamos rumores de lo que los militares le temían, decían que ella no les perdonaría la muerte del Mono, que era una mujer peligrosa. Simplemente por corazonada me fui por Beatriz a Medellín. Me dijeron que no podía ir, que era muy riesgoso, pero acostumbrada a desobedecer órdenes me metí en un bus. La encontré en la Universidad de Antioquia.

—Hermana, te van a matar aquí, vos no podés seguir en la universidad haciendo política, estás muy sola, la situación es muy crítica —le dije

—Yo no quiero contrariar a la vieja.

—Yo hablo con tu mamá y la convenzo.

—Listo.

Hablé con la mamá.

—Si lo que nos interesa es que Beatriz esté bien, ella no puede seguir aquí, es mucho el riesgo.

—Lo que me duele es que deje la universidad.

—Pero ¿qué quiere? ¿que termine aquí en manos de quién sabe quién ?

—Bueno, que se vaya.

Me quedé esa noche en su casa y al otro día me acompañó al bus y se quedó muy preocupada porque yo viajaba sola.

—Hermana, cuídese, avíseme cuando llegue —me dijo

Nos pusimos una cita para diez días después. Me fui a esperarla a Armenia. A los seis días la desaparecieron con otro compañero. No fui capaz de volver a ver a la mamá, pensaba en ella con mucho dolor. Soñaba con Beatriz.

—Estoy viva —me decía en los sueños.

—¿Dónde estás, hermana? ¿dónde estás?

Intentaba asirla para que me respondiera y se me desvanecía... veía su rostro muy cansado. Siempre se desvanecía.

#### 4.

En el 84, en pleno proceso de diálogo con el gobierno, compartí unos meses con Miguel en Bogotá. Cuando se fue para el monte, seguimos como pareja; las cartas iban y venían, alimentando la esperanza de un reencuentro. Estuviera cerca o lejos, Miguel era mi eje afectivo. Un día iba para una reunión de dirección regional y llamé a saludar a una amiga de un teléfono público. Me contestó la mamá.

—Siento mucho lo de Miguel —me dice.

—¿Qué paso?

—Luego no sabes que lo mataron, lo anunciaron en la radio.

Llamé a la mamá de Miguel y me confirmó la noticia: lo mataron en un combate después de la toma de Miranda. Colgué el teléfono, me

quedé un momento parada, pasé la calle y entré a la reunión. La gente no tenía por qué saber ni quién era mi compañero ni qué me dolía. Lo sabía la compañera más cercana que era Yolanda Acevedo. Tal vez llegué muy demacrada y me preguntó:

—¿Qué pasó?

—Yo no sabía que mataron a Miguel.

Me cogió la mano debajo de la mesa. Se me salían las lágrimas pero tenía que responder al trabajo como parte de la dirección. Los compañeros se hacían los que no veían y listo, todo el mundo en lo suyo. No tuve tiempo de llorar esa muerte, había demasiado qué hacer. Me dolían los huesos, las células del cuerpo, el corazón, pero seguía trabajando. Me llevaba la inercia. De pronto iba en una buseta mirando el paisaje de la ciudad y lloraba sin querer. Lo único que realmente me devolvía el ánimo eran las reuniones con mis muchachos, con el estado mayor de la columna que tenía a mi cargo.

Cuando recorro la historia de mis amores, pienso que Miguel fue el hombre que más me amó y ahí estaban mis certezas. No importaba qué pasara siempre daba lo que tenía, nunca se reservó nada. Ese amor se quedó en la mitad, no tuvo posibilidad de desgaste, fueron tres años de estar juntos y no estar. Nos unió la embajada, la escuela, nos separaron la cárcel y las responsabilidades en la organización. Esa ha sido la relación más intensa de mi vida. Yo no logro cuando escribo, ni cuando hablo, describir lo que viví con Miguel. Con él la vida era muy fácil.

En agosto de 1984 recibí la orden de Fayad de trasladarme a Corinto para la firma de los acuerdos de paz con el gobierno. A pesar de los incidentes que antecedieron el acto, como la emboscada a la columna de Pizarro, ese día se vivió un ambiente de alegría y esperanza. Una multitud proveniente de todos los rincones del país llegó a ese pueblo de las montañas del Cauca, para apoyar nuestra organización. Además de Miguel, el otro gran ausente fue Báteman, el hombre que más había soñado con ese momento. La avioneta en que viajaba se estrelló en las selvas de la serranía del Darién el 28 de abril de 1983. Sólo al año fue encontrado su cadáver. Hasta en eso fue delicado El Flaco, nos fue acostumbrando a su desaparición, nos fue preparando para la noticia de su muerte.

Aprendí a admirar a Báteman por todas las cosas que hizo, cuando se dimensionó para el país como un gran hombre, pero antes lo admiraba por las pequeñas cosas que tenía como amigo. Sentir que en las conversaciones tomaba tan en cuenta nuestras opiniones, siempre preguntaba: tú qué opinas de esto, qué opinas de lo otro... haciéndonos parte de su continuo pensar en el país, de su continuo elaborar alternativas.

Era un amigo que nunca fallaba. Cuando le decía que necesitaba verlo no importaba lo que tuviera qué hacer, ni la hora en que se desocupara, aparecía en mi casa. Cuando recién nos conocimos haciendo trabajos operativos en la organización, Báteman empezó a

pretenderme, a pedírmelo en lenguaje mucho más llano. Pero por mis esquemas creía que solo podía ser su amiga. Ambos estábamos comprometidos, y yo conocía su compañera y la estimaba muchísimo.

Báteman se rio de mi fidelidad pero no insistió, fue muy respetuoso. Hicimos el amor por primera vez porque le di luz verde, una vez terminada la relación con mi segundo compañero, Sebastián. Un día fue a visitarme, puse mis manos sobre sus hombros y lo abracé. Eso fue señal suficiente.

Para mí El Flaco no fue un gran amante. Hay otras mujeres que pueden decir exactamente lo contrario. Yo hacía el amor con él porque me encantaba su conversación, y él después de hacer el amor hablaba como un loro mojado. Escucharlo cantar vallenatos o disvariar entre la política y lo trivial de la vida era un placer inigualable.

Báteman se convirtió en un mito para el país porque le dio una dimensión humana a la revolución. Por el estilo que creó, la guerrilla por primera vez tuvo rostros específicos y la gente vio a unos hombres comunes y corrientes que se parecían a cualquier parroquiano. Con Báteman la consigna de "la revolución es una fiesta" cobró sentido: trabajar por los cambios gozando, trabajar por la alegría de la gente... ese fue un gran vuelco en toda esa concepción trascendental, triste y sacrificada de la historia que predominaba en la izquierda.

A Báteman lo salvó su frescura y el cariño de la gente. Anduvo por este país en las peores crisis pasando por las narices de las fuerzas de seguridad. La gente no se entretenía en verlo; siempre cruzaba por los retenes haciendo un chiste. Además despertaba tanta simpatía que cada que había algún peligro la gente lo alertaba.

Ese hombre tenía una gran resistencia. Recuerdo una vez que estábamos en Melgar y me desafió en la piscina.

—A ver ¿Cuántas piscinas eres capaz de hacer?

—¡Nooo! Me dejás regada, pero apuesto que no me seguís en ejercicios de flexibilidad.

Intentó flexionar sus enormes extremidades, y bueno, hizo lo que pudo y salió diciendo ¡ahhh! Esa noche me tocó llevarle aspirinas porque no podía del dolor en la espalda.

Al inicio creí que la organización no sobreviviría tras su muerte. Aunque había compañeros muy capaces, Báteman tenía una distancia enorme sobre el resto de la dirección. Pero cuando hubo que pensar en serio que Báteman había desaparecido, lo único que nos quedó claro es que la organización no podía desaparecer. Que la pérdida de Báteman era irreparable pero había otros hombres, y que debíamos acompañarlos en los nuevos caminos.

Báteman siempre habló de paz pero no alcanzó a vivir ni siquiera la pasajera tregua del gobierno de Belisario. Yo me pregunto qué estaría haciendo Báteman, qué contenidos habría dado a la propuesta de Alianza Democrática, si aún estuviera con nosotros. Él sigue siendo un puntal de referencia, un hombre que interpretó al país, que habló un

lenguaje nuevo, que utilizó la audacia para acciones que acercaban la guerrilla a la gente común y corriente.

Con esas grandes ausencias asistí entre jubilosa y llena de temores a la firma de la tregua. En la tarde, cuando finalizó la fiesta, se apareció una mujer que nos leyó las cartas. A mí me predijo un hecho trágico:

—Usted va a ser conocida, va a aparecer en la prensa, en fotos. Cuídese porque está en peligro, a ustedes les van hacer un atentado y le van a herir las piernas. Hay mucha sangre. Pobrecitos, es algo terrible. Tiene que cuidarse, hay mucho dolor. Pero no se preocupe, nadie se va a morir, aunque van a estar mal por un tiempo...

Me impresionó tanto que corrí a contarle a Fayad.

—Muy bueno para que no bajen la guardia, ya saben lo que les va a pasar —me respondió.

Con esa advertencia partí para los campamentos que el M-19 estableció en los barrios populares de Cali, con Afranio, Alfonso Jacquin, Laureano El Mocho y Eduardo Chávez, entre otros.

Y el amor me rondó otra vez; inicié una relación con Carlos Lucio. Al poco tiempo me propuso que tuviéramos un hijo.

—¡No! Yo ya tengo un hijo —le dije.

—Bueno, pero yo no tengo un hijo, no seas egoísta, yo quiero tener un hijo y esa es razón suficiente —me dijo.

Otra vez me dejé seducir, un segundo hijo era como una revancha en la posibilidad de ser madre. Empecé a creer realmente en que un hijo de la paz podía tenerlo conmigo. Otra vez pienso que amor e hijos pueden ser la misma cosa. Yo permanecía en Cali y Carlos en Bogotá. Tuvimos una única relación precisamente el 19 de abril, cuando él viajó a Cali para hacer un discurso en la plaza pública y quedé embarazada.

En Cali yo me olvidé del cuento de la bruja y me dediqué al trabajo comunitario hasta que una tarde me buscó un periodista.

—Le voy a contar algo que no voy a sostener ante nadie. Un capitán, jefe de inteligencia de la Brigada, dijo que el enano seguía creciendo y había que acabarlo. Yo creo que están preparando algo contra ustedes.

El proceso de paz andaba complicado. Habían sucedido muchas cosas: enfrentamientos militares, presiones, incumplimientos; a Antonio Navarro, que era el principal vocero, trató de desaparecerlo una patrulla cuando viajaba hacia el Cauca. Se salvó por la bulla que hicieron los periodistas.

El 23 de mayo del 85, la mañana en que aparece Navarro, un grupo llamado "Democracia" dinamitó un carro de las Fuerzas Armadas. Navarro se pronunció públicamente contra el atentado. Salimos a desayunar como a las once de la mañana. En la calle vimos un tipo parado en una clara posición de vigilancia. Antonio y yo nos miramos y hacemos juh, como quien dice vea este tira como está de mal parqueado. No nos extrañamos porque en esos días habíamos visto gente rara en los alrededores y aún en la oficina.

Entramos al restaurante y nos encontramos con Alberto Caycedo, Eduardo Chávez y El Costeño. Al momento llegó Carlos. Mientras desayunábamos, un tipo raro se acerca hasta la mesa y saluda a Antonio.

—¿Usted es Antonio Navarro?

—Sí.

—Mucho gusto en conocerlo, yo soy un sindicalista...

Conversa un segundo y sale. Eduardo Chávez está sentado en la cabecera de la mesa, tiene todo el panorama y ve en la parte delantera del local a Espinoza, un exmilitante del Eme que en esos días había ido a la sede con una mujer a pedir reingreso a la organización.

—Espérenme un momentico que este hijueputa tira debe andar en algo —dice Eduardo mientras camina a la puerta.

—¿Que está haciendo aquí? —le preguntó al tipo

—Estoy pasiendo.

—¿Está solo?

—No, con unos amigos.

—¡Hijueputa! No vas a hacer nada, no la vas a cagar que te tenemos pillado —le dice frentiándolo, pero haciendo una advertencia general.

Eduardo regresó a la mesa y cuando se estaba sentando, gritó.

—¡Cuidado!

Espinoza se sintió pillado y decidió atacar de una. Le quitó el seguro a la granada y la tiró. ¡Pum! Son fracciones de segundo. Navarro y Carlos quedaron tendidos en el piso en medio de un baño de sangre. Yo alcancé a salir a la puerta y vi la última escena: Unos hombres corriendo que se montan en un jeep, el chofer de un taxi que se queda mirándonos con un arma en la mano, no sabe si dispararnos, si irse, duda... hasta que por fin arranca.

Eduardo Chávez, que a pesar de las heridas podía caminar, se paró en la puerta y empezó a gritar.

—Asesinos, mataron a Navarro, mataron a Antonio.

Después del espasmo inicial sentí que salía sangre a borbotones de mis piernas. Camine hasta el quicio de la puerta y me senté porque me iba a desmayar. Eduardo y El Costeño sacaron a Antonio y a Carlos, y en el momento llegó una ambulancia del seguro social que se encontraba cerca del lugar.

Cuando cerraron las puertas de la ambulancia sentí el olor denso de la sangre. Un panorama desolador: Carlos con una esquirla en el hígado y Antonio con la carótida herida y una pierna destrozada, botaba sangre a chorros y lanzaba quejidos de animal herido. Le quité el mocasín que le colgaba del pie y con él se desprendió parte del talón. El dolor espantoso de mis piernas me hizo recordar la premonición de la bruja de Corinto. ¡Claro! Tengo sangre en el pecho pero solo me duelen las piernas. Pero el recuerdo no me azara sino que me consuela: La bruja dijo que nadie iba a morir, aunque pareciera increíble Antonio no se moriría.

Por la mala fortuna nos llevaron al mismo hospital donde estaban los heridos del atentado contra el ejército. La situación se complicó porque prácticamente nos tomaron como prisioneros para cobrarnos el atentado. Algunos médicos salieron en nuestra defensa, pero por ejemplo a Eduardo Chávez, que los enfrentó, le dieron culata.

—Que no entre ejército aquí, no necesito soldados en el quirófano — gritó uno de los médicos cuando me entraron a la sala de cirugía.

Desde el primer momento mi obsesión fue pelear por la vida de mi niño; le advertí a todos los médicos de mi embarazo para que no me hicieran exámenes que lo afectaran.

Después vino el intento de rematar a Navarro. Chávez descubrió que una de las mujeres que el DAS asignó para nuestra vigilancia, era la mujer con la que Espinoza iba a la sede y armó un escándalo tremendo. La Procuraduría tomó medidas de seguridad para proteger a Carlos y Antonio. A Chávez y a mí nos metió en un avión y nos trasladó a Bogotá. Un mes después, cuando Antonio tuvo un poco de fuerza, nos trasladaron a México.

El proceso de paz se desmoronó. Yo creo que había igual nivel de desconfianza; ni la guerrilla quería desarmarse totalmente porque no confiaba en el ejército, ni el ejército dejó su accionar. El Eme todavía creía en la insurrección popular y los campamentos eran una preparación. Había una vocación de paz como estrategia, pero no se creía que hubiera llegado el momento exacto, mediaba otra etapa de guerra. Se hizo el primer intento sin confiar el uno en el otro y sin desarmar los espíritus. Ya no estaba Báteman, un hombre mucho más práctico en eso de concertar, de ceder, de romper los esquemas, de facilitar las cosas.

En México seguí la batalla por tener ese hijo. Algunos médicos me recomendaron que no lo tuviera.

—Tiene los efectos de una onda expansiva y en ese momento al niño se le estaba formando el sistema nervioso, el feto puede tener lesiones. Usted no debe continuar su embarazo —me decían.

El nacimiento del bebé empezó a definirse como un partido: el uno a uno, dos uno, opinaban genetistas, ginecólogos, médicos generales... Cuando salí de México hacia Cuba ganaba la posición de que podía nacer sin mucho riesgo, pero de todas maneras, como hasta el quinto mes de embarazo no me hice a la idea de que realmente iba a tener un hijo, no quería hacerme ilusiones hasta no tener resuelta la situación. Es un virólogo cubano el que define que el niño viene bien, que no hay ningún problema.

A partir del quinto mes me declaré en estado de preñez, empecé a comunicarme y a tener una linda relación con el bebé. Además, las condiciones eran las mejores: Había un entorno armónico, sin ninguna presión psicológica de persecución, de enfrentamiento, de muerte; unas condiciones de atención médica y salud como no había tenido en mi vida. No hay dificultades, el mar se extendía a mi vista todos los días,

una gente linda y solidaria; las condiciones perfectas para esperar un hijo.

Durante ese embarazo estuvo presente la nostalgia por lo que pasaba en el país; llegaban, una tras otra, noticias desalentadoras. En agosto 28 murió Iván. Él sucedió a Báteman en la dirección pero una reunión nacional lo relegó del mando unos meses después. El ejército lo sorprendió en una casa donde estaba encaletado en un barrio de Cali, y aunque tuvo posibilidades de saltar por la tapia de atrás antes de que terminaran de cerrar el cerco, decidió quedarse combatiendo. Siempre me he preguntado por qué Iván enfrentó la muerte y no huyó. Tal vez su reto era ese, una muerte en combate, una muerte ejemplificante; un no pasar a segundo, tercero, cuarto y quinto plano como antesalas del olvido. Sabía que se estaba suicidando y optó por una muerte digna.

Creo que hay un momento en que los hombres se cansan de lo que están haciendo y asumen los riesgos sabiendo que les puede costar la vida, y asumir ese reto es una forma de suicidarse. Creo que Toledo, Iván, Álvaro, Boris, Almarales y Lucho, por distintas razones llegaron a un momento en que se les planteó un reto que no eludieron.

El reto de Toledo fue la paz. Se cansó de la guerra porque su esencia era de humanista. Y aunque no existían condiciones adecuadas para incorporarse a la vida civil, se lanzó a ese desafío, sabiendo que le podía costar la vida. Era uno de los hombres más buscados de todo el país, por el papel que había jugado a lo largo de la historia del M-19, y sabía que le sobraban los enemigos, pero había agotado la posibilidad de la guerra. Toledo quiso mostrar que el retorno a la civilidad era posible. Lo mataron indefenso cuando transitaba por una calle de Bucaramanaga.

Cuando tenía siete meses de embarazo se sucede la toma del Palacio de Justicia. El 6 de noviembre de 1985 el "Comando Iván Marino Ospina" se tomó la sede del Consejo de Estado y de la Corte Suprema de Justicia. Pretendían iniciar un juicio al presidente Belisario Betancur por los incumplimientos de los pactos de paz. La reacción de los militares no se hizo esperar, la operación terminó en una completa tragedia. No valió el llamado del presidente de la corte, Alfonso Reyes Echandía, para que cesara el fuego. En un infierno de 26 horas murieron más de un centenar de personas. En La Habana vimos las imágenes del palacio ardiendo. Sentíamos dolor porque ahí estaban los compañeros pero era además por el país. Por los magistrados, había gente muy cercana; por el soldado que salió del palacio y dijo "yo no sé lo que ahí pasó". Un muchacho de 18 años horrorizado por la guerra. Veíamos arder el país completo, ahí se estaba sucediendo un holocausto para Colombia. Yo intentaba justificar la acción, pero no podía decirme mentiras y entonces preferí no hablar. Estaban vinculadas personas a las que amé tanto, como Álvaro Fayad, y afectos tan grandes como Elvencio Ruiz, Alfonso Jacquín, Andrés Almarales, Lucho Otero. Poderlos entender, pensarlos como hombres complejos

con sus errores y sus aciertos, no fue fácil. No fue fácil decir: miren, el palacio de justicia fue un despropósito, un triunfalismo desmedido, un momento de no entender el país, de sobredimensionar a las fuerzas democráticas que nos iban a apoyar. Solo me atreví a decir: el país nos agradecería más un análisis diciendo cometimos un error, que estos análisis donde solamente el enemigo tiene la culpa.

Los que estábamos en La Habana nos juntamos y nos fuimos al mar para no decirnos una palabra. Era mejor el silencio. Fuimos al mar porque alguna vez Álvaro Fayad había dicho que el mar lavaba el alma, pero ese día parecía que toda el agua no era suficiente.

El Eme empezó a perder credibilidad política y a perder la confianza que nos habían tenido hasta entonces. Reconstruirse después del Palacio fue muy difícil. Fayad lo intentó, ese fue su reto y le costó la vida. Ahí quemamos muchas posibilidades. Aún no es fácil hablar de Palacio. Era un proyecto que no medía la Colombia que estábamos viviendo, un proyecto para pasar a la historia que no midió las consecuencias, un proyecto heroico que le costó mucho al país. Habíamos perdido el pulso de la nación. Para ese entonces un fracaso del paro cívico nacional nos debió dar la señal de que nuestros proyectos no correspondían a la dinámica interna del país, que solo nos acompañaba un porcentaje reducido del pueblo colombiano. Pensábamos que estábamos a un paso de la guerra generalizada, de la insurrección popular, y eso afectaba nuestros análisis.

Hay unos tristes retos y hay retos vitales. Fayad tenía la opción de salir del país y sin embargo se quedó aquí haciendo los contactos necesarios para recuperar credibilidad. Fayad sabe que se está arriesgando, que lo pueden matar, y no es que se quiera morir, es que cree que su vida debe ser consecuente con sus convicciones. Uno es guerrillero para lograr cambios para los demás, para luchar por un pueblo, pero también para pasar a la historia, para buscar la trascendencia y no morirse del todo. A otros les da por ser santos, a nosotros nos dio por ser héroes. ¿Por qué vamos a negar esa ambición subjetiva? Para nosotros fue el heroísmo, para otros actualmente es el poder. Para unos la gloria es muy abstracta, para otros es más concreta, tiene que ver con el billete, con el reconocimiento social, con el estatus.

En el parto, mi mejor compañía fue un médico nicaragüense que me acompañó en el momento en que estaba a punto de perder los estribos por el dolor.

—¿Cuánto tengo de dilatación? —me hace el último tacto.

—Todavía falta, tiene cinco de dilatación —me dice.

—Yo sé que el niño viene pequeño, estoy que no resisto más el dolor, usted sabe que la gente que ha sido sometida a la tortura conoce los límites del dolor y yo sé que aguanto hasta un punto, y de ahí para adelante no respondo.

No quería descomponerme, un shock no ayudaría para nada al bebé. En los momentos en que ya no podía controlar el dolor de las contracciones, recordaba el dolor que me producían las heridas cuando el atentado.

—Listo —me dice con un tono comprensivo —vamos a hacer un último intento que te va a doler mucho pero va a permitir que nazca.

Me hizo dilatación con sus manos en el cuello del útero, sentí que me partía en dos, pero a los pocos minutos asomó la cabeza del niño. Ese muchachito fue revisado minuciosamente por el alto riesgo a que estaba sometido; pero nació lleno de vitalidad. Fue un 17 de enero día del robo de la espada, de la muerte de Bolívar y del General Rojas Pinilla, lo bautizamos Simón José Antonio.

## 5.

En 1987 cumplía tareas de representación diplomática del Eme en Libia cuando se me ancló una angustia difusa, pensaba que algo le había pasado a mi mamá. Como no podíamos comunicarnos con el país por razones de seguridad duré con esa presión un tiempo hasta que por fin le dije a Carlos:

—Llamá como podás, para hacer puente, para que de La Habana llamen al país y pregunten por mi mamá, tengo un mal presentimiento.

Cuando él llamó a La Habana hacía un mes tenían la noticia que no habían querido mandar por valija diplomática, porque era muy dura, querían enviar a alguien a que me la comunicara. Mi hijo mayor, Juan Diego, había muerto.

Yo estaba preparada para cualquier tipo de pérdida, ya habían muerto los seres que más quería, pero no era justo que yo que había retado tantas veces la muerte, que la asumí como una posibilidad inminente, estuviera viva y que un ser que no tenía nada que ver con la muerte, un muchacho de 14 años, la sufriera. Yo no estaba preparada para la muerte de mi hijo, y menos para una muerte súbita. El murió de un aneurisma cerebral, de manera repentina, mientras jugaba un partido de fútbol.

Me rebelé contra todo: Contra la vida, contra la muerte, contra dios si existe. El dolor removió todas las seguridades de mi vida, me cuestionó mi discurso de trabajar por miles de niños del país, mientras no estuve cerca de mi hijo para decirle cuánto lo amaba. Con él siempre estuve esperando un reencuentro que no llegó; un mañana que no llegó. Él no tuvo la posibilidad de saber por qué estaba lejos su madre. "Tú me dices que estás cerca pero cuando lloro por las noches y te necesito no estás, tú me dices que estás conmigo pero cuando tengo angustia no estás". Eso es lo que vivieron nuestros hijos. Queríamos cambiar el mundo y no logramos tocar la realidad que estaba cerca, ¿qué hicimos para cambiar lo que teníamos en frente? Eso cuestionó mi decisión de no haber ejercido como madre.

En la muerte de mi hijo se sintetizaron los dolores de la muerte de todos los compañeros, se me acabaron las ganas de vivir. Por primera vez pisé los umbrales de la locura, es tan fácil perderse ahí, es un vacío, una suspensión de las cosas. Me sentía completamente sola en ese país extraño; hasta mi compañero salió corriendo, no aguantó mi dolor. Yo daba una imagen de aparente fortaleza, pero rumiaba mi dolor en la soledad, nunca en la vida me sentí tan sola. Me quedaba días completos mirando el techo de la habitación con ganas de morirme, pensando en el suicidio; pero hasta para morir se necesitan fuerzas y yo no las tenía.

En las noches salía a la terraza y miraba la bóveda celeste llena de estrellas, miraba ese país hecho a la imagen de Scherezada: de carpas que albergan tesoros prodigiosos, de hombres y mujeres hermosas. En ese desierto inmenso y fascinante me sentía tan lejos de mi mundo que decidí regresar a costa de lo que fuera. No soportaba tanto dolor, quería buscar la vida o la muerte pero en mi país. No tenía profundas divergencias con mi organización, simplemente me sentía como un fantasma. Quería encontrar mis propios caminos. Regresé al país, terminé la relación afectiva con el que era mi compañero, y en la búsqueda me fui alejando de la política, y me gustó la lejanía. Es rico pensar sin el agite de la conspiración, el sentido o el sinsentido de lo que se hizo; mirar los errores y los aciertos.

Volví distinta. Muchos años atrás había dejado mi proyecto personal para dedicarme a la revolución y en esa entrega encontré mucha realización y felicidad. Vivíamos en un año cosas que un hombre o una mujer común y corriente vive en 10 ó 12 años, éramos unos acelerados adictos a la adrenalina. El vértigo producía como contrapeso una vitalidad, una alegría de vivir, una intensidad poco común. En cualquier celebración de cumpleaños o de año nuevo siempre la frase recurrente era ¡estamos vivos! Esa frase la repetimos todavía Ester, compañera de muchos años de andanzas, y yo cuando nos encontramos: Estar vivas en este país y a estas alturas es un milagro que regocija.

Cuando decidí visitar la tumba de mi hijo sentí que pisaba el fondo, pero sabía que sólo pisando el fondo podría volver a subir. En ese entonces contaba solo con dos amigos en esta ciudad de seis millones de habitantes. La otra gente no me quería recibir en su casa porque veían la muerte como una larga sombra que me seguía.

Los compañeros de la organización me decían aquí está tu lugar, pero yo no quería regresar a la clandestinidad sin el convencimiento de que esa era mi opción de vida, no podía regresar sólo por desesperación. Con quien más hablé en ese tiempo fue con Afranio Parra, un hombre que dedicó toda su vida a la revolución y al que me unieron profundos afectos que ni la distancia, ni el tiempo, ni aún su muerte han logrado deshacer.

Nadie me daba trabajo porque no tenía currículum ni recomendaciones. Además está toda la angustia que uno no sabe

ubicar, de incomunicación con el resto de gente, de soledad. Es que no había construido lazos con nadie, y de pronto necesitaba que esos lazos existieran.

Como no era sólo mi situación sino la de los muchachos que habían trabajado conmigo, nos encontrábamos y nos decíamos: Nosotros podemos salir de esta olla. Planeábamos acciones para conseguir dinero e iniciar alguna empresa, pero luego nos sentábamos a pensar: nunca hemos hecho operativos para nosotros sino para la revolución, vamos a convertirnos en delincuentes... Y finalmente nos resistimos a esa tentación.

Pero no es fácil. Para los muchachos que han sido guerrilleros pensar en dejar el arma para pasar a ser nadie en esta sociedad es como tirarse al vacío. Dejar el arma es dejar un mundo que se ha construido con tenacidad, es renunciar a unas creencias y convicciones profundas que le dan sentido a la existencia. Con la entrega de armas unos cuantos cuadros de la organización con preparación para asumir la vida pública lograron instalarse, pero la inmensa mayoría quedó a la deriva, sin opciones económicas y humanas claras. Por eso ha sucedido que muchos desmovilizados cogen de nuevo los fierros ya no para luchar por un ideal, que es cada vez más esquivo, sino para salvarse ellos mismos del desamparo y la pobreza.

Además esa relación del hombre con el arma se convierte en un problema de identidad. A uno al principio las armas lo asustan, son un encarte, después se asumen como una continuidad del cuerpo. La relación se va haciendo mucho más fuerte cuando ya el paso por un retén implica que vos sin el arma vas a ser víctima de una desaparición o de una detención con tortura. Es en el año 78 cuando, en mi caso, el arma se hace indispensable, incluida la pastilla de cianuro. Ya no tenía alternativas, si me pillaban me daban.

Toda una generación decidió tomar las armas, para luchar por la justicia y la libertad en este país donde unos pocos han mantenido su predominio por medio de la fuerza y el horror. Pero llegamos al fetiche de las armas. En un mundo que tiene tanto qué ver con la vida y con la muerte, ese instrumento que te garantiza la supervivencia se convierte en compañía irremplazable. Si te quitan el arma es como si te quitaran una parte del cuerpo.

En este país el arma se volvió para todo el mundo una necesidad, hace parte de nuestra cultura. Un hombre en este momento vale más si tiene un arma al cinto, porque el arma da reconocimiento social, es una posibilidad de ser alguien y de ejercer poder sobre otros. Lo ves en las calles cuando alguien para decirte: Señor, usted está mal parqueado, te pone un arma en la cabeza. Es muy triste que en una población, el respeto esté mediado por la presión de las armas. Recuerdo que cuando salimos al diálogo en el año 84, la gente nos decía: tengo este problema, mi marido me pega y yo quiero que me ayuden a solucionarlo, porque él a ustedes sí les cree porque están armados.

Para firmar la paz en El Salvador se necesitaron 85.000 muertos, 85.000 dolores de madres, de huérfanos... para que se reconociera el derecho de un sector de la población a existir. ¡Qué cabezas tan cerradas! Eso es lo que uno se pregunta, ahí está el despropósito de la guerra. En Colombia nos hundimos en la violencia, llegamos a la subvaloración de la vida, cada quien se sintió con el derecho de matar al otro, por conservar o por cambiar, por atacar o por defenderse. Por guerrillero, por paramilitar, por soldado, por hijo, por madre... Hasta que en ese laberinto las cosas perdieron sentido. Y nos pesa tanto esa historia. Yo tengo una particular relación con la muerte, siento que la vida es un trabajo tan grande de la naturaleza, del ser humano, es un trabajo forjado tan minuciosamente, que la muerte de cualquier ser humano es un desastre, arrancar una vida de tajo es un despropósito. En lo que respecta a mí, me siento muy contenta de estar viva, pero si me pusieran a optar, la muerte me parecería un descanso. Estoy dispuesta a morirme en cualquier momento.

El día que murió Afranio Parra iba a buscarlo como llevada por un presentimiento. Me acompañaba una sensación muy fuerte de muerte, incluso pensé: este es el sitio preciso para que me den un tiro por la espalda. En realidad no le tenía temor a la muerte, pero sentía que no podía dejar inconclusa la tarea de contar esta historia. De ahí en adelante empecé a ponerme pequeños plazos y pequeñas metas que me permitieron salir lentamente del letargo. Fijar la vida a largo plazo para nosotros es difícil, porque somos gente sin futuro, aprendimos a vivir al menudeo. Cuando un día nos dijeron vencer o morir, supimos que la muerte podía llegar en cualquier momento. Por eso no planificamos nuestra vida personal ni a mediano ni a largo plazo. Volverla a planificar en torno a un proyecto distinto a la política y al triunfo de la revolución, era algo muy difícil. Tenía que hacerlo primero a meses, luego a un año, luego a dos años...

Empecé con pequeños plazos de vida. El desafío era encontrar un oficio y una pasión que llenara los vacíos de la política y recuperar a mi hijo pequeño. Así fui encontrando la risa, el ánimo. Es una gran pelea por no apagarse, morirse es distinto, pero apagarse en vida es muy triste. No concibo una existencia quieta, uno vive para algo y tiene que hacerlo.

Me reencontré con la gente del Eme en el entierro de Carlos Pizarro. Unos meses atrás se había firmado la paz con el gobierno. Ese reconciliación del Eme con el país fue posible gracias a hombres como Pizarro que nunca perdieron su sensibilidad y le apostaron a la paz porque descubrieron el sinsentido de la violencia. A Pizarro le llegó su instante y tuvo la capacidad de interpretar al país, murió en su mejor momento. Mire cómo son las cosas, él, que fue un hombre de la guerra, encontró su plenitud en la brega por construir la paz. A él tampoco la muerte lo tomó por sorpresa, sabía qué riesgos tenía y los asumió.

Cuando iba para Barranquilla, un joven lo ametralló en el avión, en pleno vuelo.

Fui a su entierro porque quería estar con mis hermanos en ese momento. En la larga marcha saludaba a los unos y a los otros, caminaba en medio de la gente, pero no tenía con quién compartir el dolor. De pronto llegó Jaime Navarro, me abrazó y no se separó de mí en todo el recorrido.

—Hermana, ¡encontrarla! Me sentía tan solo a pesar de que estaba con los míos.

Cuando subimos con el féretro a la Quinta de Bolívar, después de diez horas de caminar lentamente bajo la lluvia, Jaime me levantó con sus brazos.

—Quiero que usted mire esto, porque usted estuvo el día del robo de la espada y está hoy, y puede comparar, puede medir lo que está sucediendo.

Bajo el techo multicolor de los paraguas vi la multitud indescifrable. Rostros mojados por la llovizna y las lágrimas. Un estruendo de consignas que sobrecogía. Habían pasado dieciséis años de mucha vida, mucha guerra, mucho dolor. Tal vez todos estaban tan solos como Jaime y yo.